

El bautizo de la luciérnaga

(Carmen de Alonso)

Allá afuera está la noche.
En la hojarasca del huerto
sus casaquitas esconden
unos grillos desvelados
y las luciérnagas prenden
su ronda de chisperío.

Asomadito tras la cordillera, el Sol se despedía de los prados y de aquel comienzo de bosque donde iba a celebrarse el bautizo de la Luciérnaga. Con su cara tan redonda y tan colorada, parecía que a cada instante iba a lamentarse: ¡qué lástima que deba irme... y con lo bonita que irá a estar la fiesta! Pero, mi hijita, queriendo o no queriendo, el señor Sol tenía no más que irse hacia otros lados de la tierra donde aún había niños, aves y flores dormiditos, y tenía que llegar allí despacio, como de puntillas, y cosquillearles las caritas a esos niños, y resbalar su tibieza por los nidos e ir entreabriendo con sus suaves dedos las llores.

Y en tanto a regañadientes se iba el señor Sol, corta que te corta con sus alas los últimos rayos, pasaban y pasaban las Mariposas y unos Abejorros bulliciosos. Iban a engalanarse para la fiesta del bautizo.

—Rrrrr..., rrrr..., rrrr..., rrrr, vamos de prisa —decían los Abejorros. Y un poco más allá, entre las raíces de un algarrobo, unas Hormigas iban y venían también afanadísimas, mientras arriba, escondidas en lo alto de las ramas llenitas de flores de oro, conversaban distraídamente unas Chicharras.

—¡Qué derroche, vecina!

—Ni bautizo de príncipe —rezongó la señora Chicharra más vieja, con su áspera voz.

—Desde aquí podremos mirar perfectamente la fiesta.

—¡Cht..., cht..., cht...!

Y todas las Chicharras se volvieron a mirar hacia el caminito que quedaba debajo del algarrobo: muy adornada, paseando con orgullo sus grandes ojos, descendía de su castillo doña Araña.

—Va a ser la madrina —explicó una Chicharra joven.

Tanto cuchicheo molestó a un Caracol que meditaba pegado a una rama tierna y lo obligó a estirar sus graciosos cachitos y curiosear un poco. Volvió después a quedarse quietecito, despreocupado de cuanto pasaba a su alrededor.

Doña Araña bajó al camino. Tras ella, ¡ah, si hubieses podido ver tú!, iban las criadas del castillo, las hilanderas, llevando montañas de encajes maravillosos para la recién nacida. Días y noches se tejió en el castillo de doña Araña para cruzar aquellos hilos tan finos, tan finos, que parecía iban a deshacerse al solo contacto del aire.

—¡Qué suerte para la hija de las Luciérnagas! —siguió comentando otra de las Chicharras, con su buen poco de envidia.

—¡Huy! han elegido bien los padrinos. Dicen...

Y la conversación fue cortada nuevamente por unas Abejas que pasaban, ¡sss..., sss..., sss!, con sus polleritas de dorado terciopelo, volando, volando y sin siquiera dignarse mirar a las Chicharras. Adelante iba la reina, y detrasito, no menos de un ciento de obreras, que llevaban cestas diminutas en las patitas traseras, y en las cestas, miel, néctar y polen, que es un polvito de oro perfumado que las Abejas sacan de las flores.

Las Chicharras, apretadas en el algarrobo, no salían aún de su asombro cuando, fíjate tú, vieron pasar un ejército de Mariposas semejantes a flores con alas, rojas, amarillas, blancas, azules...

Y eso no terminó allí. El Sol se fue hundiendo..., hundiendo detrás de los cerros de la costa, hasta no quedar de él nada, absolutamente nada. Las Hormigas dieron un último vistazo a las larguísimas galerías cruzadas bajo la tierra donde hundía sus raíces el algarrobo, y en filitas muy ordenadas se encaminaron hacia ese comienzo de bosque donde, ya he dicho, iba a celebrarse el bautizo de la Luciérnaga.

Había allí una ancha y húmeda franja de musgo suave, de un verde maravilloso, y encima de ella habían ya las Luciérnagas esparcido pétalos de malvas, de retamo, de jazmín, llevados desde los jardines del pueblo. Cabezuelas de hierbabuena, redondas como bolitas pintadas de morado, trasminaban asimismo el prado. Habíanlas enviado, en frescas bandejitas de barro, unas Avispas que vivían allá en la juntura de dos rocas, cerca del río.

Empezaba a llenarse de sombras aquel comienzo de bosque.

Apareció mamá Luciérnaga con su suave traje pardo y con sus dos maravillosos cinturones de luz que iban abriendo caminitos blancos, azulosos, por donde pasaba. Tenía igualmente el vestido de mamá Luciérnaga, a los costados, unas vistosas y menudas lunas rojas. Tras ella salió papá Luciérnaga, muy seriote, mirando y revisando que nada faltase.

—¡Chirrí..., chirríiii...!

—¿Quién es? —preguntó papá Luciérnaga, muy poco amistoso.

—Son los músicos que llegan —explicó con su voz apagadita mamá Luciérnaga.

Y fueron saliendo uno, dos, tres..., cinco..., diez..., yo no sé cuántos grillos, muy tiesos y graves bajo sus negras levitas.

—Por aquí, por aquí, señores —indicó el dueño de casa—. Hagan ustedes el favor..., en este saloncito —y mostraba un extremo sombrío del prado.

—Chirríi..., chirríi... —y los señores Grillos fueron a esconderse entre unas hojas secas que allí había.

Y no bien terminaban de instalarse los músicos, cuando, hijita de mi alma, apareció la bandada de Mariposas y, como quien dice, pisándoles los talones, doña Araña, la madrina, con su larga fila de hilanderas cargadas de regalos.

Mamá Luciérnaga salió a recibirlas.

—Gracias, gracias, amigas mías, por haber venido —decía a las Mariposas, que la rodeaban batiendo apenas las alas—. Yo sé que para ustedes es un sacrificio salir de noche. Y usted, comadre Araña, ¡tan hermosa con esos lujos de reina!

Las Mariposas se repartieron sobre la alfombra verde, jugosa, del musgo. Con las alas tendidas, parecían otras tantas flores de esmalte.

Doña Araña pidió de inmediato conocer a la ahijada y pasó hacia el interior de la casa.

—Rrrrrr..., sssss..., rrrrrr..., sssss... —eran los Abejorros y las Abejas que llegaban a la fiesta, con su preciosa carga de perfumados presentes.

Y aquí nadie, fíjate tú, iba a ofenderse ni a atacarse. Serían todos como buenos hermanos. Ni doña Araña miraría con golosos ojos a las Mariposas, ni las Abejas dejarían en ningún momento de ser unas invitadas muy cumpliditas.

Pasaron algunos minutos y lentamente, muy lentamente, descendieron de unos altos tallos los Caracoles. En el sendero se toparon con las Hormigas, pero como éstas, tú sabes, caminan tan ligerito, luego los dejaron atrás. Pobres Caracolitos, con sus casitas a cuestras, apenas avanzaban por el camino. La tierra suelta y reseca que les atajaba el paso iba adornándose con unos hilos de plata...

—Esos pobres van a llegar después de los postres —comentaron las intrusas Chicharras.

—Debían haber partido ayer para llegar hoy —añadió la Chicharra más vieja, que era la más ofendida porque no las habían invitado.

—Miren..., mireeeen, ¡qué ridículos! —y todas las Chicharras volvieron a un tiempo los ojos salientes hacia donde señalaba la Chicharra vieja.

Y vas a ver tú el motivo de tantísimo alboroto: eran unos desgarrados Palotes qué, entre saltos y saltos, acudían a la fiesta. ¿Tú te acuerdas de los Palotes? ¿No? Son esos insectos con facha de palitos secos que tú en vano tratas de apresar en tus manitas, porque cuando ya tú crees que vas a alcanzarlos, ¡zas!, estiran las alas y esas patas tan largas y van a caer lejos, por allá lejos, que ni los divisas.

Bueno, pero sigamos el cuento. ¿Dónde íbamos? Ah, sí, en que habían llegado a la fiesta del bautizo las Arañas, las Abejas, los Grillos..., las Mariposas..., las Avispas; de veras, también las Hormigas, que ya entraban en la casa, y de repente hasta los Palotes con sus trancos

larguísimos. Sólo los pobres Caracoles seguían camina que te camina sin adelantar mucho. Parecía que estaban todos los invitados, cuando, ¡ts..., ts..., ts...!, cayó sobre el prado una nube de Pololos con sus tiosos chaquetones de raso, negros, verdes, doraditos...

Papá Luciérnaga repartía palabras amables por aquí y por allá. Las Abejas giraban en torno a las cabezuelas de la hierbabuena, y un poco más distante, los músicos—Grillos frotaban sus alas comenzando una serenata.

Había cerrado la noche sobre el prado del cuento. Las Mariposas estaban fatigadas, soñolientas.

Por suerte apareció doña Araña llevando en sus brazos (debería decirse en sus patitas) a la pequeña Luciérnaga. ¡Y qué linda era! Mamá Luciérnaga tendió un claro pétalo de rosa sobre el musgo y allí la dejaron. La recién nacida tenía por almohada un jazmín y dormitaba tranquila. Entonces, como tú comprenderás, comenzó el obligado desfile de los convidados.

—Es una preciosura —dijeron los Abejorros.

—¡Una monada! —opinó el padrino, que era un Palote joven muy poco dado a las alabanzas.

—¡Cómo brilla! —exclamaban las hilanderas de doña Araña.

—Perfecta, perfecta —repetían las Hormigas, sin cansarse de admirarla.

Mamá Luciérnaga, como buena mamita, sonreía feliz.

¡Bien decía ella que su hija era la más hermosa del mundo entero!

Los señores Grillos tocaban y tocaban desde su escondite de hojas secas. Un grupo de Luciérnagas danzaba. En la oscuridad de la noche, eran como una ronda de estrellas sobre el prado. Todos miraban encantados. Hasta las mismas Chicharras, desde su encumbrada rama de algarrobo, seguían en silencio la graciosa danza de las Luciérnagas.

Detrás de la montaña fue levantándose un resplandor suave.

—¡La Luna..., la Luna! —aplaudió doña Araña.

—¡La Lunaaaaa! —repetieron asombradas las Mariposas y las Abejas.

—¿No conocían ustedes la Luna? —interrogó muy admirado un Pololo que lucía una almidonada casaquita verde.

—Noooo..., y ¡qué maravilla! Nosotras sólo conocíamos el Sol.

A todo esto, entre mira para acá y mira para allá, nadie se fijó en que mamá Luciérnaga y doña Araña, muy sigilosas, se habían llevado hacia ya rato a la pequeña Luciérnaga.

Ahorita la traían de nuevo y volvían a depositarla sobre el pétalo de rosa.

Papá Luciérnaga conversaba animadamente con el padrino, don Palote.

—Parece que ya la bautizaron... —manifestó la Chicharra vieja, con cierto modito despechado.

—Ah, de veras. ¡Qué lástima!

Mamá Luciérnaga llamó discretamente a su marido, le dijo algo al oído y después fueron repitiendo con muchísima gentileza a sus invitados:

—Ahora a cenar, señoras, señores..., a cenar..., a cenar.

Papá Luciérnaga ofreció su brazo a doña Araña, y don Palote, de un tranco largo, fue a ofrecer el suyo a mamá Luciérnaga. Los demás convidados aplaudían así..., así..., y en parejas se repartieron por el musgo, donde realizaba sus tallos claros el trébol.

Unas Moscas, por primera vez limpias en su vida, servían, en húmedas bandejas de greda y arena, trocitos de miel, fragantes jugos de flores, granos de azúcar, pequeños frutos silvestres... Las hilanderas de doña Araña y las obreras de doña Hormiga, muy compuestitas, iban y venían, ayudando en el servicio a las Moscas.

Las Chicharras del algarrobo varias veces estuvieron a punto de caer medio a medio de la fiesta, en su afán de no perder un detalle.

Todos comían y conversaban animadamente, y era de verlos, mi hijita, tan unidos, tan confiaditos, codo a codo los mismos enemigos de siempre.

Pero... como está de Dios que no haya dicha duradera, ocurrió que en lo mejor de la cena y mientras los Grillos llenaban el aire con melodioso concierto, como un terremoto, peor que un mal viento, por sobre el suave musgo salpicado de tréboles, pasó a todo correr un animal enorme, feroz, que arrasó con cena e invitados.

—Un Elefante..., un Elef... —alcanzó a gritar papá Luciérnaga, y se sintió lanzado lejos, sobre el duro camino.

Nadie tuvo tiempo de arrancar, debido a lo imprevisto del ataque. Las Mariposas fueron las primeras en sacudir su aturdimiento y, con sus pobres alas trizadas, emprendieron el regreso. Igual cosa hicieron las pocas Abejas que quedaron vivas..., y los Palotes..., y las Avispas..., y los Pololos, con sus graciosas chaquetitas desgarradas. Doña Araña, que no había recibido sino un sacudón, fue a atender a la pequeña Luciérnaga.

Mamá Luciérnaga con su carita llena de tierra y lágrimas contemplaba los destrozos.

Desde lejos, los Caracolitos, en su marcha lenta, olfatearon el peligro y desanduvieron el camino plateado de hilos de baba, en busca de su alto refugio de tallos.

Las Chicharras, en la fuerte rama florecida de oro del algarrobo, sentían también los grandes ojos húmedos...

—Dios sabe lo que hace. De buena nos libramos —comentó la más joven.

—Pobres..., pobres, era apenas un Gato y lo tomaron por Elefante —terminó la Chicharra vieja, meneando con pena la cabeza.

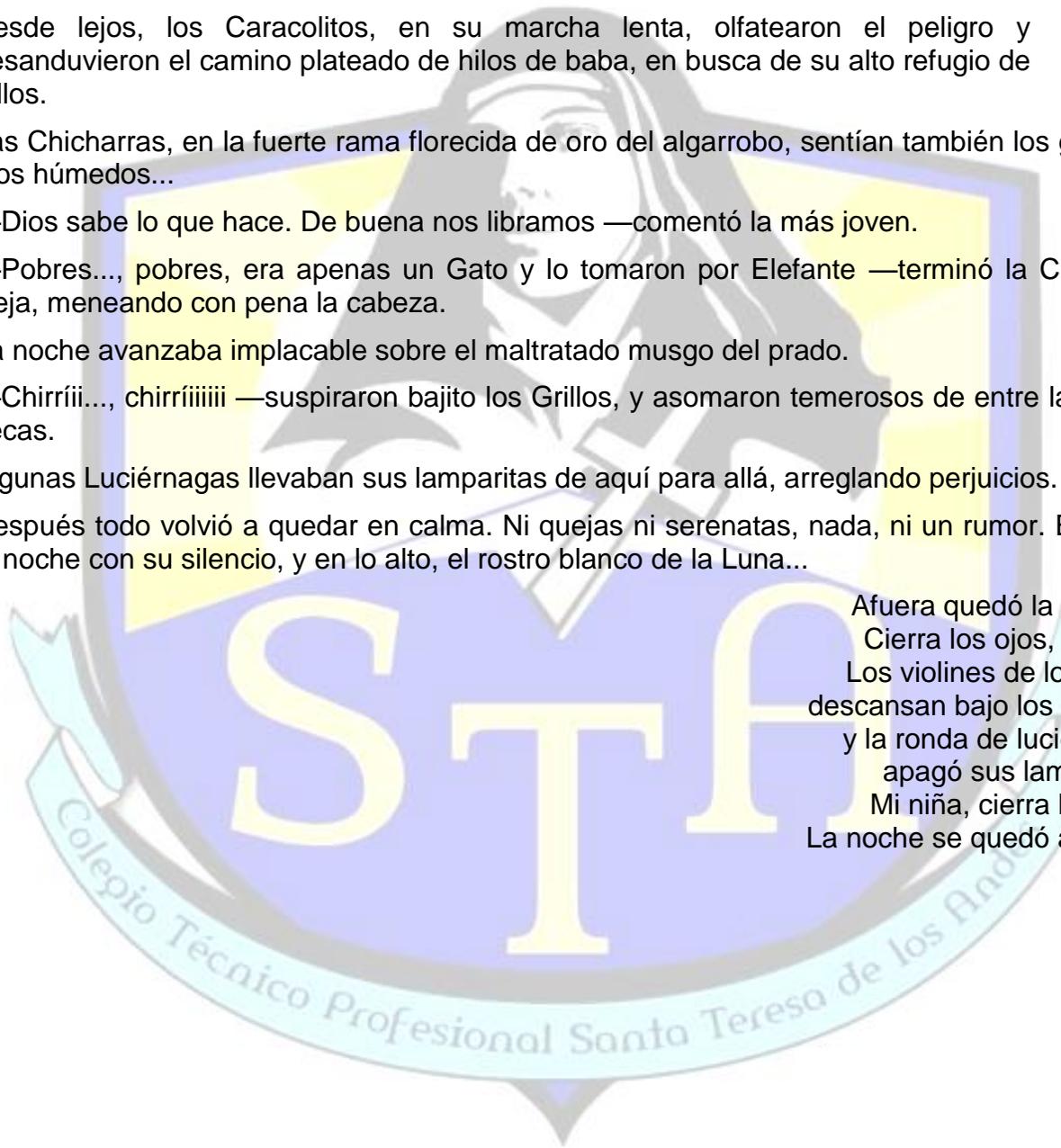
La noche avanzaba implacable sobre el maltratado musgo del prado.

—Chirriiii..., chirriiiiiii —suspiraron bajito los Grillos, y asomaron temerosos de entre las hojas secas.

Algunas Luciérnagas llevaban sus lamparitas de aquí para allá, arreglando perjuicios.

Después todo volvió a quedar en calma. Ni quejas ni serenatas, nada, ni un rumor. Era sólo la noche con su silencio, y en lo alto, el rostro blanco de la Luna...

Afuera quedó la noche...
Cierra los ojos, mi niña.
Los violines de los grillos
descansan bajo los tréboles
y la ronda de luciérnagas
apagó sus lamparitas.
Mi niña, cierra los ojos.
La noche se quedó afuera...



Don Florín del Campo
(Carmen de Alonso)

Albahaca y hierbabuena,
el cuento ya va a empezar...
retamo, cedrón y menta,
mi niña lo va a escuchar...

Érase que se era un Zorro muy flojo y muy pillo que se pasaba los días sentado al sol, pensando maldades y más maldades.

Don Florín del Campo, que así se llamaba el Zorro de este cuento, era el terror de los gallineros. Todas las tardes, de oscurecida, íbase de correrías. Nadie, nadie, al verlo así tan orondo y limpiecito, tan tranquilo y respetuoso, saludando para lado y lado como el más cumplido caballero, podía pensar que llevase torcidas intenciones. Lo cierto del caso era que cada mañana don Florín se desayunaba con pollitos tiernos al horno o con alguna espléndida gallina. Pasaban así los meses y los meses y los vecinos de este Zorro pillo seguían buscando desesperadamente al que limpiaba de aves sus corrales y gallineros, sin sospechar jamás que el ladrón fuese don Florín. Aburridos, en fin, se reunieron todos en la plaza del pueblo y pensaron y pensaron, tratando de hallar la forma de acabar con los robos, hasta que, después de muchas cavilaciones, uno de los vecinos decidió que se cerraran corrales y gallineros con paredes y alambrados muy altos, muy altos, así de altos...

Y entonces, ¿ves tú?, comenzaron los sufrimientos para don Florín. No podía saltar las paredes de los corrales ni treparse por los alambrados llenos de púas clavadoras.

—¡Ay, qué malos son los hombres! —quejábase entre amargos suspiros don Florín—. ¿Qué va a ser ahora de mí? ¿Tendré que trabajar para poder comer? Ah, no, no, eso sí que no; ¡nunca!

Y diose, entonces, a buscar un modo de seguir regalando su paladar con Palomas, Pavos y Gallinas, sin necesidad de afanarse mucho.

Sin embargo, corrían y corrían los días y al pobre don Florín nada se le ocurría para salir de sus apuros. Comenzó poco a poco a adelgazarse, y los vecinos, que ni siquiera sospechaban la causa, dolíanse al saludarlo:

—Vaya, vaya, don Florín, qué delgado está usted poniéndose.

—¿Se siente usted mal?

Y don Florín mordíase los mostachos de rabia, unos enormes y tiesos mostachos de zorro malo, y respondía:

—Sí, vecino, algo mal me siento.

Y, bajito, muy bajito, agregaba rezongando: "Ya verás; hombre pícaro, ya verás cómo vuelvo a robarme tus Pollos y... a engordar... y a estar contento como antes".

Y.., diciendo y haciendo, don Florín se encaminó una tarde a casa de su compadre León.

—Muy buenas tardes, compadrito.

—Muy buenas, compadre Zorro. ¿Qué vientos me lo traen para acá? Vamos, pase para adentro. Aquí..., aquí siéntese usted.

—Gracias, compadrito...

Y comenzó nerviosamente don Florín a dar vueltas y más vueltas al sombrero entre sus peludas patas sin saber cómo empezar a hablar del asunto que allí le llevaba.

—Le diré, compadrito...

Don León, notando los apuros de don Florín, se decidió a ayudarlo:

—Vaya, compadrito, y ¿qué me cuenta usted?

—Ah, compadrito León, tengo una gran idea..., a ver si la aprovechamos entre usted y yo...

—Diga no más, compadre —agregó el León, mientras acercaba un asiento al de don Florín.

—Los tiempos están muy malos..., muuuuy malos...

—Si lo sabré yo —dijo el dueño de casa, moviendo pensativamente su cabezota de larga melena.

—Bueno, compadre —continuó el Zorro—, se me ocurre que podíamos dar un baile, un gran baile, y convidar a él a cuanto habitante del aire o de los gallineros conozcamos usted o yo. ¿Qué le parece?

—La idea es magnífica, compadrito; pero... ¿cree usted que iría alguno por muy confiado que fuese? —preguntó don León, con los ojos relampagueantes de interés.

—Bah..., poco conoce usted a las aves, compadre. Cuando yo se lo digo, por algo será. Las entusiasmaremos contándoles de un espléndido banquete, pero banquete va a ser el nuestro. ¡Adiós hambre y penurias, compadrito! Lo tengo pensado. Llevaré mi guitarra, y cuando, en lo mejor del baile, yo empiece a cantar: "A la más gordita, compadrito león...", usted salta sobre los mejores invitados y en un abrir y cerrar de ojos alista nuestra comilona.

—Muy bien..., muy bien, espléndido —celebró el León, relamiéndose por anticipado—; tiene usted ocurrencias geniales, compadre Zorro. ¿Y para cuándo sería el baile?

—¿Qué le parece para el próximo sábado?

—Mejor que mejor, cuente usted en todo conmigo —palmoteó entusiasmado el León.

De este modo, volvióse muy satisfecho don Florín a su casa y comenzó de inmediato a escribir las invitaciones. ¡Que nadie se disgustase por una desatención suya! ¡Faltaba más! Para cada pájaro o ave de corral había una cartita muy amable e inocente, rogándole no dejara de asistir a la fiesta. Y así, con gran alborozo y preparativos, llegó el día del baile.

Don Florín, elegantísimo, recibía en la puerta a los invitados, y dentro, don León se encargaba de atenderlos.

Llegó primero muy oronda la señora Gallina, con toda su numerosa familia. Después, una bandada de Loicas con sus flamantes blusitas rojas. En seguida, unos Pavos gordos, muy estirados, que eran toda la ambición de don Florín; unos Tordos de rigurosa etiqueta...; unos Patos albos, graciosísimos. Hizo luego su entrada un grupo de Garcetas con sus airosos trajes blancos... Más tarde, metiendo mucho alboroto, unos Zorzales charlatanes... Detrasito de ellos, deslumbradas y tímidas, unas Perdices campesinas luciendo sus recatadas polleritas pardas. Llegaron asimismo unos aristocráticos Gansos..., unos modestos Chercancitos, y, algo atrasados, por venir de los cerros vecinos y por haber tenido que afinar sus flautas y diminutos violines, una nube, una verdadera nube de Jilgueros, Yales y Triles... En fin, imagina tú, la casa de don Florín era como una caja grande, muy grande, llenita de trinos, de músicas.

—Trtrtr—trtrtr..., cuaaac—cuac..., srsrsrsrsr...

Sólo un Águila permaneció acurrucada y callada en un rincón. Habíase entrado al baile a escondidas, por una ventana alta, por la única ventana que estaba abierta.

"Mal fin le anticipo yo a esta fiesta —comentaba desde su escondite—. A mí no me inspira la más mínima confianza esta pareja de pillos."

El León, mientras tanto, iba y venía, majestuosamente, entre sus apetitosos invitados, y don Zorro se deshacía diciéndoles zalamerías:

—¡Qué preciosas están sus hijas, señora Gallina!

—Favor que usted les hace, don Florín.

—¡Maravillosas, maravillosas! —El cumplido era ahora para unas Garcetas que bailaban un vals.

—Música igual que ésta, ni en los cielos —celebraba con voz melosa a la banda de Jilgueros, Yales y Triles.

—Pero ¡qué teoría tan interesante! —y volvíase, astuto, hacia un Tordo que discutía acaloradamente con un Zorzal.

Desde su rincón oscuro, doña Águila no perdía de vista a don Zorro. En esos precisos instantes cesó la música y los Jilgueros dejaron a un lado arcos y violines. Las Garcetas, entusiasmadas, pedían repetición. Doña Pava, de gran charla con don Pato, plegó su elegante abanico y también solicitó:

—Sí sí , síiiiiiií....., ¡más música!

Y don León, que no esperaba ocasión más propicia y que ya en verdad comenzaba a impacientarse, dejó oír su ronca voz:

—Sí..., sí: podía tal vez cantarnos algo don Zorro.

—Muy cierto; que cante don Zorro; ¡que canteeee! —gritaron todos los inocentes convidados.

Y entonces don Florín, con muchos remilgos, tomó su guitarra e hizo los rasgueos de rigor. Tosió luego un poco para ensayar la garganta, y rompió a cantar.

No llevaría dos estrofas cantadas y el baile hallábase ya en lo mejor, cuando comenzó a entonar los versos convenidos:

A la más gordita, compadrito León,
a la más gordita, compadrito León,
a la más gordita, compadrito León...

Y el León se lanzó sobre los desprevenidos invitados, zarpazos por aquí, zarpazos por allá, con tal rapidez que, antes de tres minutos, no quedaba uno solo vivo.

Don Florín dejó su guitarra y, mirando goloso el succulento botín, dijo al León:

—¿Qué tal, compadrito?

—¡Magnífico..., magnífico!

Y tan interesados estaban en el reparto, que ninguno de los dos vio ni sintió a doña Águila que los espiaba desde su rincón.

"Zorro canalla, tú fuiste el de la idea...; pero ya la pagarás, y muy pronto..."

Y batiendo suavemente sus fuertes alas, huyó por la ventana alta, lejos, muy lejos..., a sus montañas.

Transcurrieron dos, tres, cuatro meses desde el día del baile.

Una tarde hallábase don Florín como de costumbre sentado a la puerta de su casa, cuando divisó a doña Águila que parecía muy afanada y nerviosa.

—Gusto de verla, doña Águila.

—Para mí es el placer, don Florín.

—Y ¿qué le pasa que va tan de prisa?

—¡Oh! amigo mío, ¿no sabe usted quién venda flores finas?

—¿Flores finas? —indagó, curioso, don Florín—, y ¿se puede saber para qué desea usted flores finas?

—Para las bodas de mañana, pues.

—¿Para las bodas de mañana? —siguió interrogando más y más interesado don Zorro.

—Vaya, no se haga usted el inocente... Y... con su permiso, sigo mi camino, que estoy apuradísima —mintió con toda habilidad doña Águila.

—No..., no..., no...; tiene usted que contarme eso de la boda, amiga Águila.

—Para otra vez será..., para otra vez será —e hizo ademán de tender las alas para iniciar el vuelo.

Don Zorro, desesperado, suplicó:

—Por favorcito, amiga querida, no sea usted egoísta. Cuente, cuente, y yo le diré en cambio dónde encontrar las más lindas flores de la tierra.

—Si es así... —concedió el ave—, ya es otra cosa. Cómo iba a pensar que a usted, que a usted, don Florín, no le había llegado una de las primeras invitaciones. Dicen que bodas como éstas no ha habido ni habrá...

Don Zorro no cabía en sí de asombro. Caramba, unas bodas y él que no sabía nada.

¡Cuántos guisos exquisitos irían a servirse allí!...

Como siguiendo el pensamiento de don Zorro, con toda maldad, continuó el Águila:

—Para qué le digo nada de la cena que se prepara: tortolitas en salsa..., pavos trufados, pollitos a la cacerola..., higos con miel..., patos rellenos..., gansos asados...

—Basta, basta ya, no siga usted —interrumpió casi con angustia don Florín, mientras se relamía los largos mostachos—. A todo esto, no me ha dicho usted quiénes se casan y dónde.

—¡Bendita cabeza la mía! Debí comenzar por ahí, ¿no le parece? Pues se casa la Reina de las Golondrinas en el cielo.

—¿En el cielo? —repitió el alarmado don Zorro—; qué lástima.

—Lástima, ¿por qué? —indagó doña Águila, poniendo una cara de inocente.

—Porque no podré ir yo.

—Bah, si usted desea ir, yo le conseguiré una invitación.

—No es eso..., no es eso —suspiró de nuevo don Florín.

—¿Tiene usted algún otro inconveniente?

Tenía doña Águila unos ojillos tan buenos de niña inofensiva y parecía interesarse de tal modo por ayudar a don Zorro, que éste ni sospechó sus verdaderas intenciones.

—¿Cómo podría ir yo si no tengo alas para llegar hasta el cielo?

—De veras —contestó el Águila, poniéndose pensativa—. Aunque..., espere, se me viene una idea a la cabeza. ¿Y no podría llevarlo yo? Sé de Cóndores y algunas Águilas amigas que ese día van a transportar a muchos invitados al cielo.

—¿Verdad? ¿Pero sería usted tan buena, amiga Águila? —interrogó, atragantado por el entusiasmo, don Zorro.

—Con toda el alma, don Florín, tratándose de usted. Ahora mismito subo al cielo por una invitación para usted, y mañana, a eso de las cinco, vengo a buscarlo. Me espera usted con su traje más elegante... y se pone flores, muchas flores, todas las flores que encuentre. Será usted allá mi pareja; ¿no le parece, don Florín?

—Por supuesto, por supuesto. ¿Cómo pagar a usted este servicio?

—Bueno, don Zorro, no se hable más de servicios y quedamos en que mañana a las cinco estará usted listo. ¡A las cinco en punto!

Y ahora me voy volando, que me he atrasado mucho y debo aún ir por las flores.

—No la detengo más y gracias. ¡Hasta mañana, doña Águila!

—¡Hasta mañana, don Florín!

Y volvió doña Águila a extender las alas.

Don Zorro se quedó mirándola y agitando en despedida su peluda mano, hasta que la vio perderse tras el manchón de quillayes de un cerro.

Taaan... taaan... taaan... taaan... taaan...

Cuando el campanario de la iglesia del pueblo dio las cinco, hacía ya mucho rato que don Zorro, muy nervioso y engalanado, paseábase de arriba abajo de la calle, en espera de doña Águila.

A cada instante sacaba de uno de los bolsillos de su chaleco gris un grueso reloj de plata y consultaba y volvía a consultar la hora:

"Las cinco... Si se habrá olvidado. Las cinco cinco..., las cinco diez; si me habrá engañado", suspiraba con despecho don Florín.

De pronto, un rumor por momentos más y más claro, más y más cercano, fue dejándose oír, hasta que, por fin, ¡zas!, apareció doña Águila.

Estaba hermosísima con un doble collar de alelíes, muy lustrosas las alas oscuras y limpia, muy limpia la blanca pecherina.

Don Zorro, por su parte, no lo estaba menos, con su flamante traje de color pardo rojizo y en la solapa de cuya chaqueta lucían olorosos unos floridos cogollos de hierbabuena. Llevaba guantes negros y sobre la cabeza una guirnalda de malvas y retamo.

—Ay, don Florín, tendrá usted qué perdonarme, ¿verdad? Imagino lo nervioso que estaría... y con razón.

—Vaya, doña Águila, para no mentir, le diré que creí que usted me había olvidado.

—¡Qué ocurrencias! Pero apurémonos, que estamos muy atrasados.

Y doña Águila tendió, tendió las alas para que su invitado subiese a ellas. Sin embargo, don Zorro tuvo aún un poquitín de desconfianza, de algo muy parecido al miedo, y dijo, sin poder contenerse:

—Doña Águila..., amiga Águila, ¿y será usted capaz de llevarme hasta el cielo?

La aludida se echó a reír.

—Buena cosa, don Florín, usted lo verá. Lo único que puedo decirle es que si nos apuramos, alcanzaremos al Cóndor que lleva a su compadre León.

—¿De veras? ¿También él está invitado? —exclamó don Zorro, entusiasmándose de nuevo—. Entonces, amiga Águila, no la detengo a usted más.

Y decidido, confiado, se arregló sobre las fuertes alas del Águila.

—¿Podemos ya partir, don Florín?

—Cuando usted guste, amiga mía.

Con un esfuerzo, suavemente, fue el ave elevándose del suelo y ganando poco a poco en altura.

Don Zorro, muy apegadito a ella, se distraía de sus temores pensando en esos riquísimos guisos de que le había hablado doña Águila.

"Tortolitas en salsa..., uvas con miel..., asado de gansos..."

Pasaron las copas de unos naranjos y alcanzaron luego las más altas ramitas de unos álamos.

—¿Ve usted el pueblo, don Florín?

—Si lo veo, doña Águila.

Llegaron hasta lo alto del campanario de la iglesia. Don Zorro comenzó a sentir un poquito de desasosiego, de inquietud. ¿Para qué aceptaría la invitación de doña Águila? Daría cualquier cosa por hallarse sentado en firme, a la puerta de su casa.

—¿Ve usted el pueblo, don Florín?

—Aún lo veo, doña Águila.

Se alejaron del campanario, lo perdieron de vista. Subían, subían; así, ¿ves tú?

Don Zorro disimulaba sus temores. Doña Águila iba en silencio y sólo hablaba para preguntar:

—¿Ve usted aún el pueblo, don Florín?

—Muy poco..., mu y poco..., casi no lo veo...

Siguieron subiendo, y tanto, tanto, que don Zorro no veía ya nada, sino montañas y cielo.

Estaba realmente arrepentido de haber aceptado la invitación de doña Águila. Más que temor, sentía susto, un susto muy grande que le retorció el corazón.

—¿Falta mucho para llegar al cielo, doña Águila?

—Va faltando poco. ¿Ve usted aún el pueblo?

—Noooo..., nada..., nada —suspiró desesperado don Florín—; sólo nubes.

Desapareció como borrado el último picacho de la más alta de las montañas.

Don Florín sintió que un frío de angustia le recorría todo el cuerpo y trató de afirmarse lo mejor que pudo entre las alas del ave.

—¿Falta mucho, señora Águila?

—Poco, muy poco, Zorro pícaro. ¿Te acuerdas del baile ese que diste hará unos tres meses?

—Sí, me acuerdo, señora doña Águila... Pero... ¿falta mucho todavía?

—No te preocupes de llegar ahora al cielo, Zorro bellaco, porque adonde vas a llegar muy pronto, y volando tú solo, va a ser a la tierra. Todos los malos reciben siempre su castigo; ¿no lo sabías?

—Ay, señora linda, amiga buena, perdóneme, se lo suplico —rogaba don Florín, con voz templorosa.

—No hay perdón para usted, señor don Florín. ¿Y todos los Pavos..., las Gallinas..., los Yales..., los Patos..., las Perdices que mataste? Ahorita mismo vas a pagar todo eso.

—Perdón..., perdoncito —lloro don Zorro—. ¡Perdoooooon!

Pero doña Águila no tuvo lástima y sacudió muy fuerte las alas y, entonces, ¿ya no me oyes?, don Florín no pudo sujetarse más y comenzó a caer, a caer ligerito hacia la tierra. El Águila lo siguió un momento, mientras le decía:

—Ahí tienes tu castigo, Zorro malo, Zorro ladrón.

En seguida torció el vuelo a la montaña, hacia su nido.

Don Florín, mientras iba acercándose al suelo con una rapidez asombrosa, repetía ahogado por el llanto:

—Si de ésta escapo y no muero,

nunca más bodas al cielo;

si de ésta escapo y no muero,

nunca más bodas al cielo;

si de ésta escapo...

Cuando, ¡paf!, se estrelló contra una piedra enorme y se mató.

Albahaca y hierbabuena,
el cuento pasó, pasó...;
almohadita de retamos,
mi niña ya se durmió.



El cuento del burrito
(Carmen de Alonso)

Osito de felpa rubia
que el amor de ella prefiere,
osito de felpa rubia,
tu amita dormir no quiere.
Osito de felpa rubia,
tus ojos de cristal cierra.
Osito de felpa rubia,
¿quién sabe
si así ella duerme?

Bueno, mi señorita, ya que usted no desea dormirse, va la mamita, entonces, a contarle un cuento. ¿Quiere? ¿Sí? Lo malo es que ya no sé qué contarte...; pero a lo mejor, pensando, pensando, pillo la hebrita de uno. ¿Probemos? Ya está: Esteritas y esterillas, busca el cuento en las orillas; esteritas y esterillas, buscaló por los rincones; esteritas y esterillas, por los techos de las casas; estera, esterón y estera, camino del esteral. Y estaba el Burrito vueltas para acá, vueltas para allá, revolcándose feliz en unos pastizales que eran una bendición de mullidos, de verdecitos.

Se daba vueltas, sin cuidarse para nada del suave trajecito gris que le había mudado esa mañana su mamita, y se reía con unas carcajadas muy fuertes porque el pasto se le metía por el cuello, por las orejas, le llegaba hasta la guatita, más alba que un copo, y le cosquilleaba sin descanso.

En esto, y sin haber para qué, lo mismito que brotando del suelo, apareció don Zorro, que es, como tú sabes, un pillo y medio, que no puede ver a nadie contento ni en paz, sin meter por ahí una intención torcida o alguna de sus picardías.

Estúvose unos momentos mirando al Burrito, mirando y pensando alguna de las suyas.

—¡Alóoo, amigo! —saludó después de un buen rato, sin aguantarse ya más el deseo de robarle su alegría al Burrito; pero éste, muy afanado en sus vueltas y revueltas, ni siquiera lo oyó.

—¡Alóooooooooo, amigo! —repitió don Zorro, recargando esta vez mucho la voz—. Miro y no creo lo que estoy viendo: usted riéndose de ese modo...

Al fin lo oyó el Burrito y enderezó un poco su cabezota gris con una graciosa manchita blanca sobre la frente, y al ver a don Zorro, le respondió cumplidamente:

—¡Ah!, muy buenos días tenga usted, don Zorro... Jugaba un poco, aprovechando que hoy no habrá clases.

—Sí, es natural..., aunque en verdad "no es natural".

—¿Puede saberse por qué "no es natural", señor don Zorro? —averiguó el Burrito, sorprendido, mientras una arruga de seriedad le cruzaba la frente manchadita de blanco.

—"No es natural" y "no es natural" —recalcaba el muy pícaro del Zorro, sin adelantar más.

El Burrito, que era muy curiosillo, insistió e insistió:

—¿Pero por qué "no es natural", vamos a ver?

Entonces, mi niñita, don Zorro, que ya se tenía preparada una mentira muy gorda, bajó la cabeza, se hizo el muy afligido y le contestó:

—Por más que tú no pienses como yo: "no es natural" que te rías de ese modo cuando acaban de matar a tu padre.

¡Pobre Burrito! ¿Te das cuenta? No alcanzó ni a decir una palabra y comenzaron a rodarle y a rodarle unos lagrimones por su carita plomiza.

—Veo que no sabías nada; lo mató tu padrino, don León —continuó el malvado Zorro.

Entonces..., entonces el Burrito sintió que no podía ya más con su pena:

—Aaaaaaaah..., ahá..., ahá..., ahá..., ahá..., ahá..., ahá... —y comenzó a llorar a gritos, con unos rebuznos que retumbaban por los cerros y que asustaron al mismo don Zorro.

Atraído por el bullicio, disimuladamente, se acercó don León, en el preciso momento en que don Zorro decía al desesperado Burrito:

—Ya te digo: lo mató a traición tu padrino, don León.

El aludido sacudió la melena, que es la seña segura de que estaba enojado, y siguió el camino hacia su casa, en una quebrada de la montaña, mientras se iba pensando cómo vengarse del mentiroso don Zorro.

A todo esto, mi chiquita, el pobre Burrito seguía lamentándose a gritos:

—Aaaaaaaaah..., ahá..., ahá..., ahá...

El llanto resonaba por los campos, se azotaba contra los cerros. Alarmados, llegaron primero al pastizal unas Liebres...; después detuvo su vuelo toda una señora Lechuza, muy amiga de andar averiguando lo ajeno...; en seguidita asomaron sus ojuelos saltones unos Sapos, y más allá, hasta unos Bueyes, que, como tú sabes, son enemigos de preocuparse de nada que no sea arar o comer, echaron sus pasos pesados hacia el lugar de tanto alboroto.

Don Zorro comprendió que la bromita se estaba poniendo fea, porque de seguir el Burrito lamentándose de ese modo, acabarían por llegar quizás si hasta algunos Perros, y entonces..., ¡ah, más valía ni pensarlo!

—No grites así, no grites así —dijo apurado don Zorro; pero el Burrito continuaba llorando a más no poder:

—Aaaaaaaaah..., ahá..., ahá..., aháaa...

—Si no es cierto, si no es cierto; ¿no ves que fue una broma? —explicó, ya bastante asustado, don Zorro.

Entonces el Burrito, con su negra patita, se secó las lágrimas, levantó las orejitas y repuso, bajando en cada "bueno" la voz:

—Bueno..., bueno..., bueno...

Y todo volvió a su calma: regresaron a sus galerías bajo la tierra las Liebres, voló de regreso a su nido doña Lechuza, se perdieron en el pastizal los Sapitos, y los Bueyes, rumiando, rumiando, también recobraron su aire de indiferencia. Sólo don León no estaba para gracias ni perdones y preparaba un escarmiento para el mentiroso.

—Don Zorro ya ha tomado la costumbre de andar con sus bromitas...; ahora vamos a hacerle una nosotros —explicó a doña Leona, que jugueteaba con sus cachorros a la entrada de la madriguera—. Esta noche me haré el muerto, ¿qué te parece?, y entonces tú vas muy desconsolada a darle la noticia y a convidarlo al velorio.

Y dicho y hecho, niñita mía, así lo hicieron. Apenas oscureció, se echó doña Leona un trapo negro sobre la cabeza y fue muy compungida a llamar en la casa de don Zorro.

Paf..., paaaf..., paf..., golpeó con pesadez la pata delantera, vale decir, la mano de doña Leona, en la gran piedra que servía de frente a la casa del bromista de don Zorro.

—¿Alóoo? ¿Quién es? —preguntó desde adentro el dueño de casa.

—¡Ay, ay! Abra, mi señor don Zorro: soy yo, la pobre doña Leona...; ¡ay, ay, ay!, si usted supiera..., ¡ay, ay!, mi pobre marido..., ¡ay!, tan bueno que era...

Ante los gritos cortados de suspiros de doña Leona, don Zorro asomó prudentemente la cabeza.

—Bueno, pero ¿qué ha pasado? Seque usted esas lágrimas, señora, y cuente..., cuente usted.

—Ay, don Zorro..., ay, ay, ay, cómo no he de llorar, si mi pobre marido..., ay, ay, mi pobre marido...

—Pero, doña Leona, cálmese usted, y diga lo que ha pasado.

—Ha pasado..., ha pasado... que mi marido..., que mi marido... ha muerto...

—¿Ha muerto? —preguntó entre alarmado y receloso don Zorro.

Doña Leona, con muchísima habilidad, seguía suspira que te suspira y llora que te llora.

—¡Ha muertoooo!

Don Zorro, que, cómo buen pillo, es muy desconfiado, examinó de arriba abajo a doña Leona. No sabía por qué, pero sentía una duda, y una duda no muy chica:

—Por eso he venido... a buscarlo..., como usted era... su mejor amigo —continuó doña Leona, con una voz cortada por los sollozos.

"¡Su mejor amigo! —se dijo calladito don Zorro—. ¿Si se estará burlando de mí?".

En seguidita entró el muy pícaro en su casa y volvió trayendo su sombrero y su bastón.

—La acompaño, doña Leona.

Bajaron al pastizal, torcieron tras su cerco de piedras, siguieron por un bajo de maitenes (que son unos árboles muy graciosos con unas hojas pequeñitas y brillantes), entraron por la garganta de un cerro hasta llegar a la quebrada donde vivía doña Leona.

Y allí estaba, niñita mía, don León estiradito y quietecito, con la majestuosa melena caída hacia un costado. La puritita verdad que cualquiera se hubiese engañado, creyendo que estaba muerto; "cualquiera", sí, pero don Zorro no, que se sentía desasosegado y no se fiaba ni poco ni mucho de alma viviente.

—Ya ve usted, don Zorro, ya ve, ay..., ay..., ay... —y doña Leona recomenzó sus lamentos con más bríos que antes.

Sin embargo, pese a los lagrimones de doña Leona, don Zorro tenía no sé qué ni por qué unos deseos locos de huir y no de quedarse. Además..., un cierto ruidecillo se le hacía sospechoso. ¿No le estarían haciendo una mala jugada sus amigos? Si hasta parecía que por allí cerca había Perros...

—Mi señora doña Leona —dijo el muy pillo—, harto lamentable es lo ocurrido; pero para mí que su marido no está muerto...; ¿tal vez un ataque?

—Ayayaicito..., ojalá fuera ataque...; pobre mi marido..., pobrecito...

—Cálmese usted, señora, que así no adelanta nada. Como le digo, para mí que don León no está muerto. Yo he visto no le diré diez, sino cien Leones muertos, pero...

Y don Zorro se atusó los bigotes, carraspeó un poco, mientras de antemano saboreaba ya una nueva mentira.

—Como le decía, cien Leones he visto muertos, pero ninguno, ninguno se estuvo así tan quieto, tan tieso, "sin mover las orejas", mi señora doña Leona, porque ésa sí que es la seña segura, la única segura.

Don León escuchaba muy atentamente las astutas reflexiones del Zorro, y cuando oyó la historia de "mover las orejas", se quedó un tanto perplejo: "¿Será cierto que los Leones muertos deben mover las orejas?", y en esto de pensar y repensar casi involuntariamente, por un malísimo descuido, movió las orejas, y entonces, tú te imaginas, ¿verdad?, esto que don Zorro vio y arrancó "patitas para qué te quiero", y esto que lo vieron arrancar, saltaron detrasito de él, a todo escape, uno, dos, tres, cuatro, cinco Perrazos que don León había contratado para dar escarmiento a don Zorro.

Saltaban quebradas, pasaban como flechas por unos desfiladeros angostitos, no más anchos que tres cuartas medidas con tus manitas, desaparecían tras los matorrales, volvían a aparecer por allá lejos, don Zorro adelante y los cinco Perros que ya..., que ya lo alcanzaban.

De repente, ¡zas!, uno de los Perros le clavó los dientes en una pata. Don Zorro sintió fuerte el dolor, pero así y todo siguió corriendo, corriendo.

Por suerte para él, iba faltando poco: ya se divisaba la roca donde tenía su madriguera, y corrió..., corrió..., y los Perros, uno, dos, tres, cuatro, cinco, corrieron..., corrieron también, cuando en una de las vueltas del camino don Zorro se les hizo humo. Olfatearon por aquí, olfatearon por allá, y ¡nada!, señorita, ¡naaada!

A todo esto, don Zorro, que había perdido sombrero, chaqueta y bastón en la huida, se limpiaba la frente sudoroso y trataba de aliviar la pata herida.

Toctoc, toctoc, toctoc..., le hacía el corazón, sacudido por el miedo.

"Bien no me fiaba yo del llanto de doña Leona... —suspiró don Zorro, con rabia y despecho— ; pero, ay, ay, ayayaicito, ya me las pagarán"...

¿Y los Perros?, preguntas tú. Pues, los Perros se cansaron de buscar la guarida de don Zorro y, fastidiados, se alejaron, se alejaron, y enredado en las patitas hasta el cuento se llevaron...

Osito de felpa rubia
a su pecho apegadito,
osito de felpa rubia,
los ojos de cristal no abras.
Osito de felpa rubia,
cht..., quédate así quietito,
osito de felpa rubia,
que tu amita se ha dormido...

LA VISITA DE LA PRIMAVERA F. Alonso

Había una vez una ciudad en donde no conocían las flores. En los floreros ponían alcachofas, puerros y hojas de perejil.

Y nadie sabía distinguir una rosa de una berza.

Todo esto sucedía porque la Primavera nunca había pasado por allí.

Mientras tanto, doña Primavera se aburría en un castillo sin saber qué hacer.

El pobre don Primavera siempre tenía que inventar juegos para entretener a su esposa.

Y no podía hacer otra cosa en todo el día.

Doña Primavera decía suspirando:

-Primavero, ¿qué hago ahora? ¡Me aburro!

Don Primavero sacó una gran bola del mundo y dijo:

-Con lo despistada que eres, seguro que te has olvidado de pasar por alguna ciudad.

Estuvieron repasando la bola durante mucho tiempo.

De pronto, dijo don Primavero:

-¡Aquí hay una ciudad en donde no te conocen!

Doña Primavera se vistió un manto hecho de pétalos de rosa y, en un vuelo, llegó a la ciudad.

Toda la gente salía de sus casas para ver aquel manto tan hermoso.

Y doña Primavera pregonaba su mercancía:

-¡Hay flores para todos! ¡Ha llegado la Primavera!

Doña Primavera tocaba los árboles y éstos inmediatamente florecían. A su paso brotaban los rosales, los geranios y los almendros en flor.

Doña Primavera derramó flores por los campos, por los jardines, por las plazas.

Y todos cantaron y bailaron cogidos de las manos.



ESTRELLAS VOLADORAS

Silvana Carnevali

- ¡Mamá, mamá, corre, ven a la ventana! –gritó María.

- ¿Qué pasa?

- Mira. ¡En el jardín hay estrellitas voladoras!

- ¡Qué bonitas son! –contestó la mamá. Pero no son estrellas: son luciérnagas. Se suelen ver en las noches de verano.

- ¿Son peligrosas las luciérnagas!. ¿Pican? –preguntó María.

- No son nada peligrosas –contestó mamá.

María bajó al jardín. Al poco rato volvió a subir gritando:

- ¡Mamá, mamá!. He cogido una luciérnaga y la he metido en este tarro de cristal. La voy a poner en mi cuarto y así me alumbrará toda la noche.

- ¡Oh, pobre luciérnaga!. ¿Crees de verdad que te va a alumbrar?. ¿No ves que ya no tiene luz?

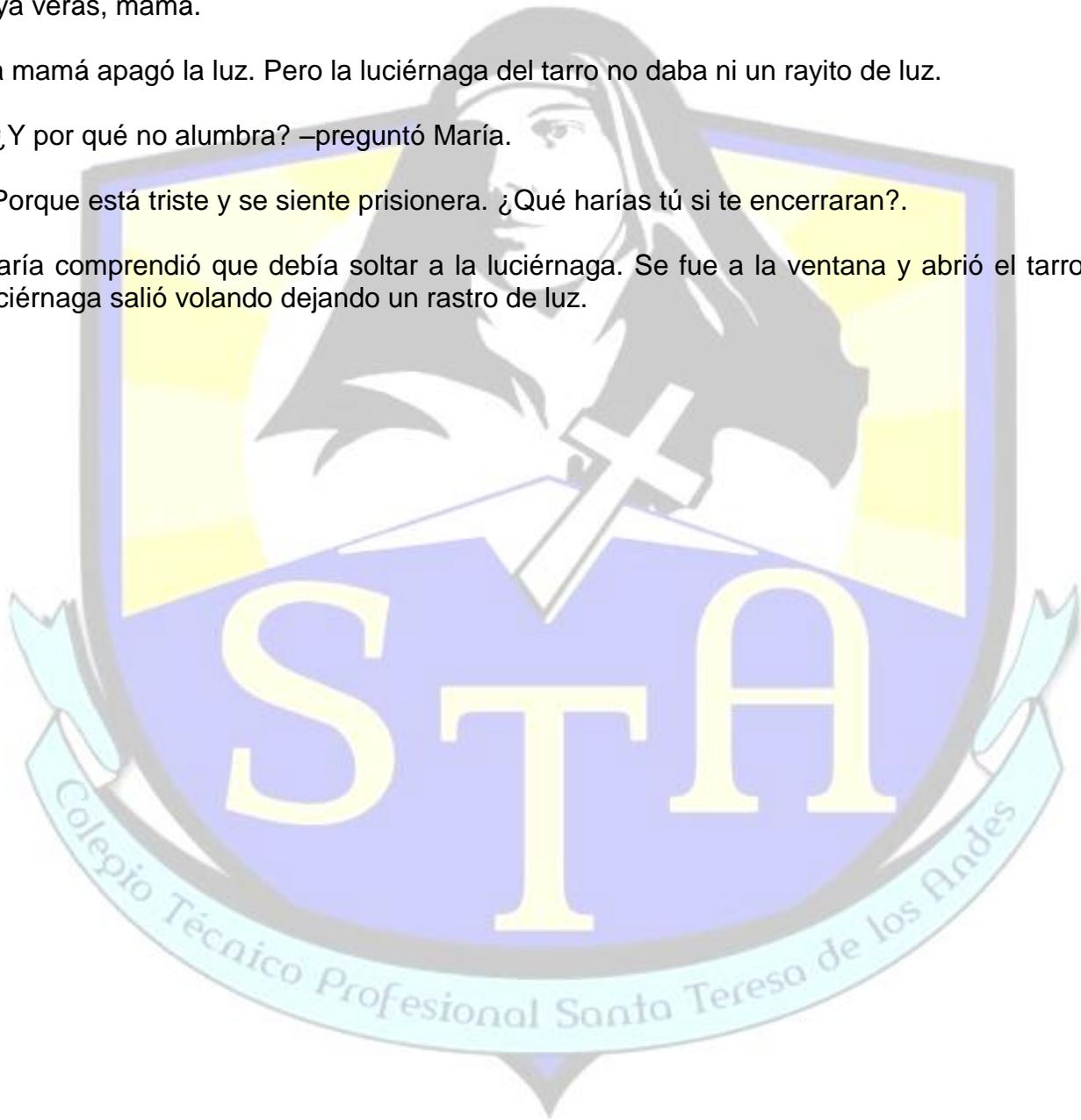
- Porque las luciérnagas tienen luz solamente en la oscuridad –dijo María. Apaguemos la luz y ya verás, mamá.

La mamá apagó la luz. Pero la luciérnaga del tarro no daba ni un rayito de luz.

- ¿Y por qué no alumbrá? –preguntó María.

- Porque está triste y se siente prisionera. ¿Qué harías tú si te encerraran?.

María comprendió que debía soltar a la luciérnaga. Se fue a la ventana y abrió el tarro. La luciérnaga salió volando dejando un rastro de luz.



EL QUESO, LA VIEJA Y EL VIEJO J.A. Sánchez Pérez

Una vieja y un viejo tenían un queso.

Vino un ratón y se comió el queso, que tenía la vieja y el viejo.

Vino un gato y se comió al ratón, que se comió el queso, que tenían la vieja y el viejo.

Vino un perro y mató al gato, que se comió al ratón, que se comió el queso, que tenían la vieja y el viejo.

Vino un palo y le pegó al perro, que mató al gato, que se comió al ratón, que se comió el queso, que tenían la vieja y el viejo.

Vino el fuego y quemó al palo, que pegó al perro, que mató al gato, que se comió al ratón, que se comió el queso, que tenían la vieja y el viejo.

Vino el agua y apagó el fuego, que quemó el palo, que pegó al perro, que mató al gato, que se comió al ratón, que se comió el queso, que tenían la vieja y el viejo.

Vino el buey y se bebió el agua, que apagó el fuego, que quemó el palo, que pegó al perro, que mató al gato, que se comió al ratón, que se comió el queso, que tenían la vieja y el viejo.

El buey se acostó y el cuento se acabó.



CAPERUCITA ROJA

Cuento clásico

-¡Caperucita! -le dice mamá- tu abuela está enferma; esta cesta de comida le tendrías que llevar; cuidado, hija, el bosque es peligroso y te debes apresurar.

Como todavía es muy niña y le encantan las flores y los animalitos, un ramito preparó hasta que atardeció.

El lobo, que era muy pillo, se interesa por la niña y, haciendo cara de bueno, le pregunta a dónde va.

-Voy a ver a mi abuelita que está enfermita en la cama.

-Hazme caso, bonita, sigue por esta vereda que es como hacer una carrera.

El lobo, que conoce el bosque, le indica el camino largo, para llegar él primero por el sendero más corto. Si le miráis a los ojos, le veréis malo y tramposo.

Aquella bestia corre y no espera y llama donde la abuela.

-¿Quién es?, ¿quién anda ahí afuera?

-Soy yo, Caperucita.

-Entra, entra, hijita.

El fiero animal duda un momento, sólo lleva un pensamiento: comerse a la abuela primero y esperar a la niña en la cama disfrazado de viejecita.

Y llega Caperucita, más alegre que unas pascuas, al portal de su abuelita.

-Entra, hijita, la puerta está abierta.

La pobre se acerca a la cama, donde ve a la abuela muy rara.

-¡Vaya ojos y qué orejas!, ¡y estos dientes y tus cejas!

-Basta, voy a comerte también.

-No es normal que tarde tanto -cuenta su madre asustada a un leñador mientras tanto-.

Corren y pronto ven al lobo durmiendo con su pesada barriga.

Echan mano de su hacha y con delicado cuidado abren al lobo la panza, salvando a la nieta y a la abuela.

Hánsel y Grétel eran los hijos de unos leñadores tan pobres que sólo comían pan duro por lo que sus padres querían abandonarlos en el bosque.

Aquella noche, Hánsel esperó a que todos se acostasen y, sin hacer ruido, se levantó; salió al portal y se llenó los bolsillos de piedrecitas.

Por la mañana, se fueron al bosque, pero el niño caminaba el último echando las piedrecitas por el camino y así regresaron, siguiendo el rastro.

Pasados unos días, los padres deciden repetir el abandono; esta vez Hánsel no pudo recoger las piedras y tuvo que echar migas de su mendrugo de pan.

Por la tarde, al no encontrar a sus padres, los niños querían volver a casa, pero les fue imposible porque los pájaros se habían comido las migajas.

Entonces se asustaron de veras y, muertos de miedo, fueron siguiendo un caminito que les condujo hasta una casita que se veía a lo lejos.

Cuando llegaron a ella, descubrieron encantados que no era como las demás casas, sino de galletas y de golosinas.

-¡Qué ricos están!, ¡mm!

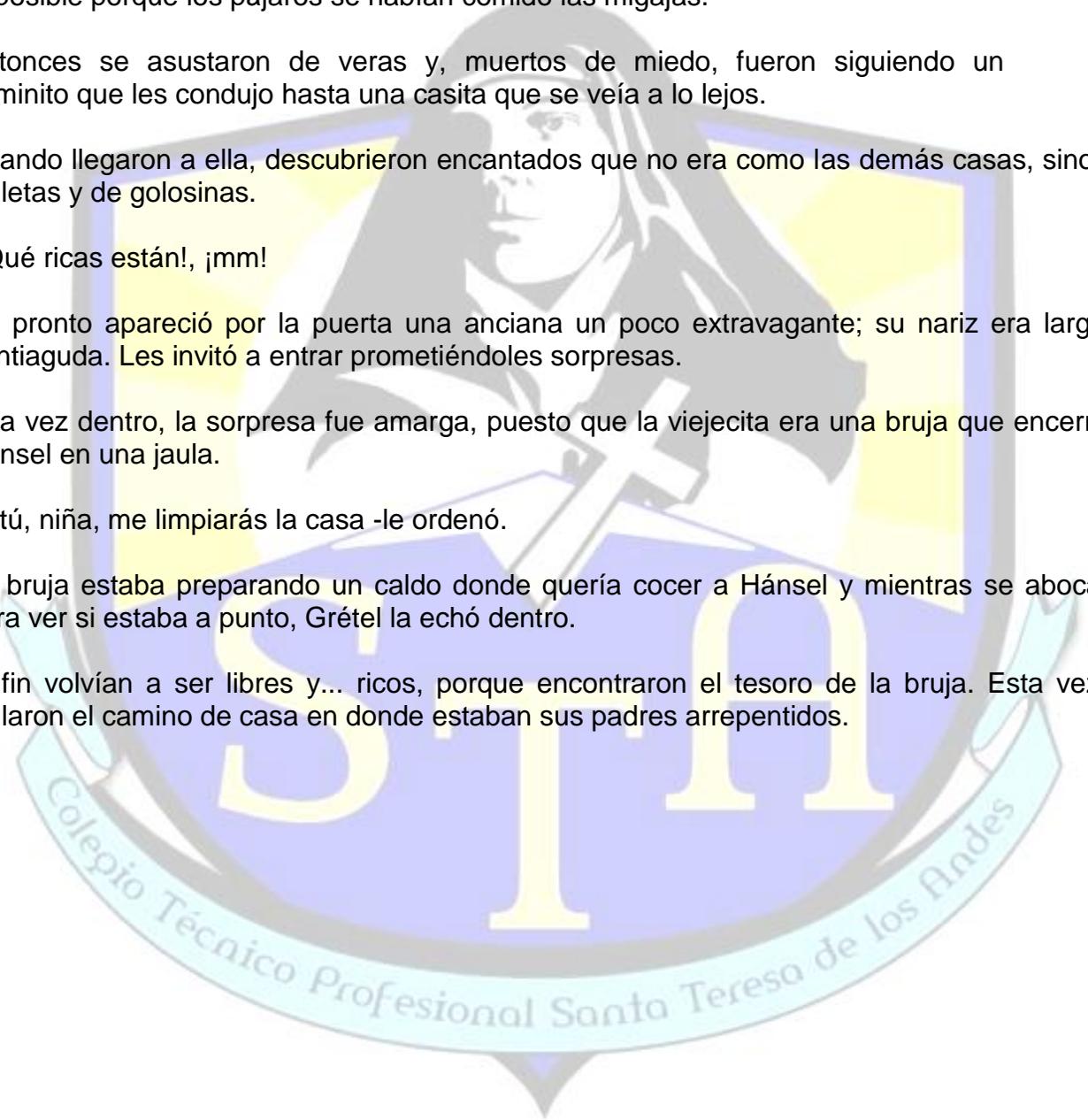
De pronto apareció por la puerta una anciana un poco extravagante; su nariz era larga y puntiaguda. Les invitó a entrar prometiéndoles sorpresas.

Una vez dentro, la sorpresa fue amarga, puesto que la viejecita era una bruja que encerró a Hánsel en una jaula.

-Y tú, niña, me limpiarás la casa -le ordenó.

La bruja estaba preparando un caldo donde quería cocer a Hánsel y mientras se abocaba para ver si estaba a punto, Grétel la echó dentro.

Al fin volvían a ser libres y... ricos, porque encontraron el tesoro de la bruja. Esta vez si hallaron el camino de casa en donde estaban sus padres arrepentidos.



EL GATO CON BOTAS

Cuento clásico

Había una vez un molinero tan pobre que, al morir, sólo dejó en herencia el molino a su hijo mayor y un gato al menor.

El pobre chico estaba muy triste.

-Amo mío, no te pongas así, déjame tus botas y haz lo que te diga, vámonos pues.

-¿De quién son estas tierras y rebaños?

-Del terrible ogro del castillo.

-Desde ahora son del Marqués de Carabás, así lo diréis cuando pase el rey.

Cuando el rey llegó, preguntó a un pastor:

-¿De quién son estos rebaños?

-De Marqués de Carabás.

-¿Y de quién son estas tierras?

- También, señor.

Mientras tanto, el gato hizo que su amo se desnudara y se bañase en el río. Le escondió sus pobres ropas y esperaron la llegada del rey.

-¡Auxilio, Majestad, han robado los vestidos de Carabás!

El rey, al oírle, hizo parar la carroza inmediatamente.

-Soldados, en seguida, ayudad al Marqués de Carabás, -ordenó el rey, mientras descendía de su carroza para saludarle personalmente-.

Entre tanto, el gato preguntaba al ogro:

-¿Sois vos el mago que puede transformarse en cualquier animal?

-¡Sí!

-¡No me lo creo, demostrádmelo!

El ogro cayó en la trampa cuando le dijo:

-¿Podéis convertirnos también en un ratón?

-¡Ja, ja, pues claro!

Al instante el gato se lo comió.

Precisamente entonces llegaron el rey y el Marqués al castillo:

-Entrad, Majestad, a la humilde mansión del Marqués de Carabás.

Gracias a la astucia del gato con botas, su amo, el hijo del molinero, pudo casarse con la hija del Rey y vivir feliz con ella toda su vida.

SONATINA

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrez que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste, la princesa está pálida)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe,
—la princesa está pálida, la princesa está triste—,
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

—«Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—;
en caballo, con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con un beso de amor».

CUENTO PARA MARGARITA

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy a contar
un cuento.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes,
un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?»

Te he buscado y no te hallé;
¿y qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?»

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
«Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad».

Y el rey clama: «¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar».

Y dice ella: «No hubo intento:
yo me fui no sé por qué
por las olas y en el viento
fui a la estrella y la corté».

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora a devolver».

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí».

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mi vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.



CUENTO TONTO DE LA BRUJITA QUE NO PUDO SACAR EL CARNET

Ángela Figuera Aymerich

Era una brujita
tan boba, tan boba,
que no conseguía
manejar la escoba.

Todos le decían:

-Tienes que aprender
o no podrás nunca
sacar el carnet.

Ahora, bien lo sabes,
ya no hay quien circule,
por tierra o por aire,
sin un requisito
tan indispensable.

Si tú no lo tienes,
no podrás volar!
pues ¡menudas multas
ibas a pagar!

¡Ea! no es difícil.

Todo es practicar:

- Bueno... dijo ella
con resignación.

Agarró la escoba
se salió al balcón,
miró a todos lados
y arrancó el motor...

Pero era tan boba,
que, sin ton ni son,
de puro asustada,
dio un acelerón
y salió lanzada
contra un paredón.

Como no quería
darse un coscorrón,
frenó de repente...

y cayó en picado
dentro de una fuente:
se dio un remojón,
se hirió una rodilla,

sus largas narices
se hicieron papilla
y, como la escoba
salió hecha puré,
pues, la pobrecilla,
además de chata
se quedó de a pie.

Ya no intentó nunca
sacar el carnet.
Se quitó de bruja
y se puso a hacer
labores de aguja.

El ratoncito Pérez

Érase una vez Pepito Pérez , que era un pequeño ratoncito de ciudad , vivía con su familia en un agujerito de la pared de un edificio.

El agujero no era muy grande pero era muy cómodo, y allí no les faltaba la comida. Vivían junto a una panadería, por las noches él y su padre iban a coger harina y todo lo que encontraban para comer. Un día Pepito escuchó un gran alboroto en el piso de arriba. Y como ratón curioso que era trepó y trepó por las cañerías hasta llegar a la primera planta. Allí vio un montón de aparatos, sillones, flores, cuadros..., parecía que alguien se iba a instalar allí.

Al día siguiente Pepito volvió a subir a ver qué era todo aquello, y descubrió algo que le gustó muchísimo. En el piso de arriba habían puesto una clínica dental. A partir de entonces todos los días subía a mirar todo lo que hacía el doctor José M^a. Miraba y aprendía, volvía a mirar y apuntaba todo lo que podía en una pequeña libreta de cartón. Después practicaba con su familia lo que sabía. A su madre le limpió muy bien los dientes, a su hermanita le curó un dolor de muelas con un poquito de medicina.

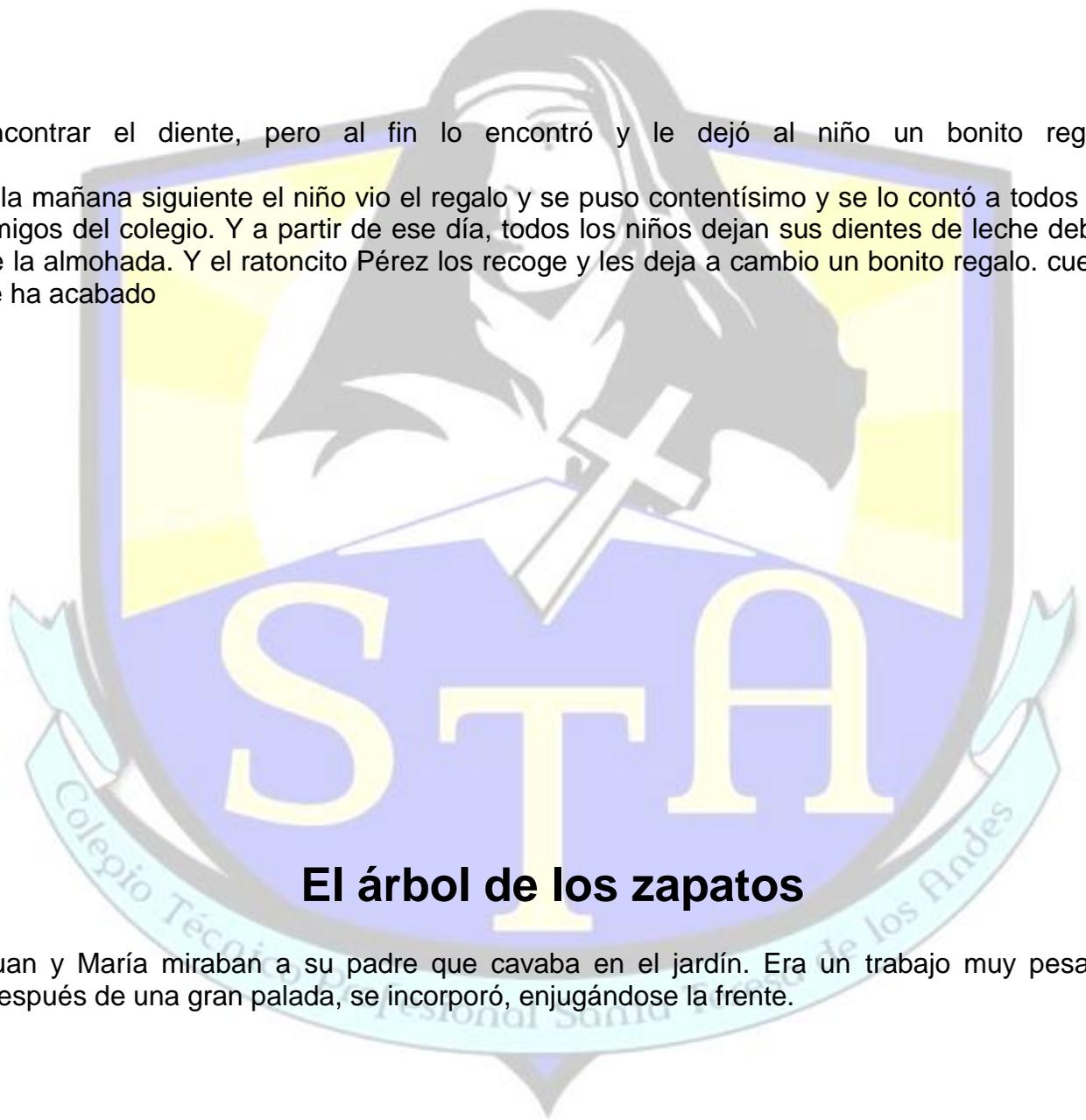
Y así fue como el ratoncito Pérez se fue haciendo famoso. Venían ratones de todas partes para que los curara. Ratones de campo con una bolsita llena de comida para él, ratones de ciudad con sombrero y bastón, ratones pequeños, grandes, gordos, flacos... Todos querían que el ratoncito Pérez les arreglara la boca.

Pero entonces empezaron a venir ratones ancianos con un problema más grande. No tenían dientes y querían comer turrón, nueces, almendras, y todo lo que no podían comer desde que eran jóvenes. El ratoncito Pérez pensó y pensó cómo podía ayudar a estos ratones que confiaban en él. Y, como casi siempre que tenía una duda, subió a la clínica dental a mirar. Allí vio cómo el doctor José M^a le ponía unos dientes estupendos a un anciano. Esos dientes no eran de personas, los hacían en una gran fábrica para los dentistas. Pero esos dientes, eran enormes y no le servían a él para nada.

Entonces, cuando ya se iba a ir a su casa sin encontrar la solución, apareció en la clínica un niño con su mamá. El niño quería que el doctor le quitara un diente de leche para que le saliera rápido el diente fuerte y grande. El doctor se lo quitó y se lo dió de recuerdo. El ratoncito Pérez encontró la solución: "Iré a la casa de ese niño y le compraré el diente", pensó. Lo siguió por toda la ciudad y cuando por fin llegó a la casa, se encontró con un enorme gato y no pudo entrar. El ratoncito Pérez se esperó a que todos se durmieran y entonces entró a la habitación del niño. El niño se había dormido mirando y mirando su diente, y lo había puesto debajo de su almohada. Al pobre ratoncito Pérez le costó mucho

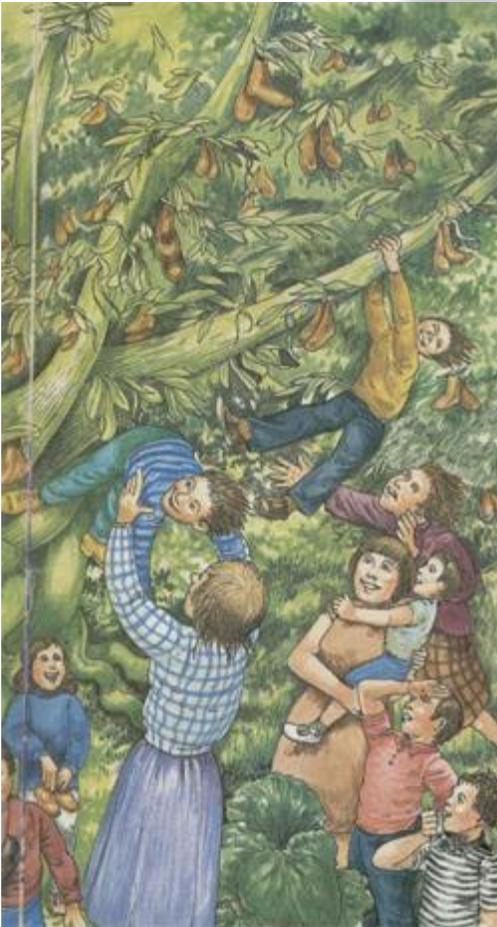
encontrar el diente, pero al fin lo encontró y le dejó al niño un bonito regalo.

A la mañana siguiente el niño vio el regalo y se puso contentísimo y se lo contó a todos sus amigos del colegio. Y a partir de ese día, todos los niños dejan sus dientes de leche debajo de la almohada. Y el ratoncito Pérez los recoge y les deja a cambio un bonito regalo. cuento se ha acabado



El árbol de los zapatos

Juan y María miraban a su padre que cavaba en el jardín. Era un trabajo muy pesado. Después de una gran palada, se incorporó, enjugándose la frente.



-Mira, papá ha encontrado una bota vieja -dijo María.

-¿Qué vas a hacer con ella? -quiso saber Juan.

-Se podría enterrar aquí mismo -sugirió el señor Martín-,
Dicen que si se pone un zapato viejo debajo de un
cerezo crece mucho mejor.

María se rió.

-¿Qué es lo que crecerá? ¿La bota?

-Bueno, si crece, tendremos bota asada para comer.

Y la enterró. Ya entrada la primavera, un viento fuerte
derribó el cerezo y el señor Martín fue a recoger las
ramas caídas. Vio que había una planta nueva en aquel
lugar. Sin embargo, no la arrancó, porque quería ver
qué era. Consultó todos sus libros de jardinería, pero no
encontró nada que se le pareciera.

-Jamás vi una planta como ésta -les dijo a Juan y a
María.

Era una planta bastante interesante, así que la dejaron crecer, a pesar de que acabó por
ahogar los retoños del cerezo caído. Crecía muy bien; a la primavera siguiente, era casi un
arbolito. En otoño, aparecieron unos frutos grisáceos. Eran muy raros: estaban llenos de
bultos y tenían una forma muy curiosa.

-Ese fruto me recuerda algo -dijo la señora Martín. Entonces se dio cuenta de lo que era-.
¡Parecen botas! ¡Sí, son como unos pares de botas colgadas de los talones!

-¡Es verdad! Parecen botas -dijo Juan asombrado, tocando el fruto.

-¿Habéis dicho botas? -preguntó la señora Gómez, asomándose.

-¡Sí, crecen botas!

-Pedrito ya es grande y necesitará botas -dijo la señora Gómez-, ¿Puedo acercarme a
mirarlas?

-Claro que sí. Pase y véalas con sus propios ojos.

La señora Gómez se acercó, con el bebé en brazos. Lo puso junto al árbol, cabeza abajo. Juan y María acercaron un par de frutos a sus pies.

-Aún no están maduras -dijo Juan-Vuelva mañana para ver si han crecido un poco más.

La señora Gómez volvió al día siguiente, con su bebé, pero la fruta era aún demasiado pequeña. Al final de la semana, sin embargo, comenzó a madurar, tomando un brillante color marrón.

Un día descubrieron un par que parecía justo el número de Pedrito. María las bajó y la señora Gómez se las puso a su hijo. Le quedaban muy bien y Pedrito comenzó a caminar por el jardín.

Juan y María se lo contaron a sus padres, y el señor Martín decidió que todos los que necesitaran botas para sus hijos podían venir a recogerlas del árbol.

Pronto todo el pueblo se enteró del asombroso árbol de los zapatos y muchas mujeres vinieron al jardín, con sus niños pequeños. Algunas alzaban a los bebés para poder calzarles los zapatos y ver si les iban bien. Otras los levantaban cabeza abajo para medir la fruta con sus pies. Juan y María recogieron las que sobraban y las colocaron sobre el césped, ordenándolas por pares. Las madres que habían llegado tarde se sentaron con sus niños. Juan y María iban de aquí para allá, probando las botas, hasta que todos los niños tuvieron las suyas. Al final del día, el árbol estaba pelado.

Una de las madres, la señora Blanco, llevó a sus trillizos y consiguió zapatos para los tres. Al llegar a casa, se los mostró a su marido y le dijo:

-Los traje gratis, del árbol del señor Martín. Mira, la cáscara es dura como el cuero, pero por dentro son muy suaves. ¿No es estupendo?

El señor Blanco contempló detenidamente los pies de sus hijos.

-Quítales los zapatos -dijo, al fin-. Tengo una idea y la pondré en práctica en cuanto pueda.

Al año siguiente, el árbol produjo frutos más grandes; pero como a los niños también les habían crecido los pies, todos encontraron zapatos de su número.

Así, año tras año, la fruta en forma de zapato crecía lo mismo que los pies de los niños.

Un buen día apareció un gran cartel en casa del señor Blanco, que ponía, con grandes letras marrones: CALZADOS BLANCO, S.A.

-Andaba el señor Blanco con mucho misterio plantando cosas en su huerto -dijo el señor Martín a su familia-. Por fin lo entiendo. Plantó todos los zapatos que les dimos a sus hijos durante estos años y ahora tiene muchos árboles, el muy zorro.

-Dicen que se hará rico con ellos -exclamó la señora Martín con amargura.

En verdad, parecía que el señor Blanco se iba a hacer muy rico. Ese otoño contrató a tres mujeres para que le recolectaran los zapatos de los árboles y los clasificaran por números. Luego envolvían los zapatos en papel de seda y los guardaban en cajas para enviarlos a la ciudad, donde los venderían a buen precio.

Al mirar por la ventana, el señor Martín vio al señor Blanco que pasaba en un coche elegantísimo.

-Nunca pensé en ganar dinero con mi árbol -le comentó a su mujer.

-No sirves para los negocios, querido -dijo la señora Martín, cariñosamente- De todos modos, me alegro de que todos los niños del pueblo puedan tener zapatos gratis.

Un día, Juan y María paseaban por el campo, junto al huerto del señor Blanco. Este había construido un muro muy alto para que no entrara la gente. Sin embargo, de pronto asomó por encima del muro la cabeza de un niño. Era Pepe, un amigo de Juan y María. Con gran esfuerzo había escalado el muro.

-Hola, Pepe -dijo Juan-, ¿Qué hacías en el jardín del señor Blanco?

El niño, que saltó ante ellos, sonrió.

-Ya veréis... -dijo, recogiendo frutos de zapato hasta que tuvo los brazos llenos- Son del huerto. Los arrojé por encima del muro. Se los llevaré a mi abuelita, que me va a hacer otro pastel de zapato.

-¿Un pastel?-preguntó María- No se me había ocurrido. ¿Y está bueno?

-Verás..., la cáscara es un poco dura. Pero si cocinas lo de dentro, con mucho azúcar, está muy rico. Mi abuelita hace unos pasteles estupendos con los zapatos. Ven a probarlos, si quieres.

Juan y María ayudaron a Pepe a llevar los frutos a su abuela, y todos comieron un trozo de pastel. Era dulce y muy rico, tenía un sabor más fuerte que las manzanas y muy raro. A Juan y a María les gustó muchísimo. Al llegar a casa, recogieron algunas frutas que quedaban en el árbol de los zapatos.

-Las pondremos en el horno -dijo María- El año pasado aprendí a hacer manzanas asadas.

María y Juan asaron los zapatos, rellenándolos con pasas de uva. Cuando sus padres volvieron de trabajar, se los sirvieron, con nata. Al señor y a la señora Martín les gustaron tanto como a los niños. Al terminar, el señor Martín dijo riendo:

-¡Vaya! Tengo una idea magnífica y la pondré en práctica.

Al día siguiente, fue al pueblo en su viejo coche, con el maletero lleno de cajas de frutos de zapato. Se detuvo en la feria y habló con un vendedor. Entonces comenzó a descargar el coche. El vendedor escribió algo en un gran cartel y lo colgó en su puesto.

Pronto se juntó una muchedumbre.

-¡Mirad!

-Frutos de zapato a 5 monedas el kilo.

-Yo pagué 500 monedas por un par para mi hijo -dijo una mujer. Alzó a su niño y les enseñó las frutas que llevaba puestas-. Mirad, por éstas pagué 500 monedas en la zapatería. ¡Y aquí las venden a 5!

-¡Sólo cinco monedas! -gritaba el vendedor-. Hay que pelarlos y comer la pulpa, que es deliciosa. ¡Son muy buenos para hacer pasteles!

-Nunca más volveré a comprarlos en la zapatería -dijo otra mujer.

Al final del día, el vendedor se sentía muy contento. El señor Martín le había regalado los frutos y ahora tenía la cartera llena de dinero.

A la mañana siguiente, el señor Martín volvió al pueblo y leyó en los carteles de las zapaterías: "Zapatos Naturales Blanco - crecen como sus niños". Y debajo habían puesto unos carteles nuevos que decían: "Grandes rebajas! ¡5 monedas el par!"

Después de esto, todo el mundo se puso contento: los niños del pueblo seguían consiguiendo zapatos gratis del árbol de la familia Martín, y a la gente de la ciudad no les importaba pagar 5 monedas por un par en la zapatería. Y todos los que querían podían comer la fruta. El único que no estaba contento era el señor Blanco; aún vendía algunos zapatos, pero ganaba menos dinero que antes.

El señor Martín le preguntó a su mujer:

-¿Crees que estuve mal con el señor Blanco?

-Me parece que no. Después de todo, la fruta es para comerla ¿verdad?

-Y además -añadió María- ¿no fue lo que dijiste al enterrar aquella bota vieja? ¿Te acuerdas? Nos prometiste que cenaríamos botas asadas.

El reino del revés

Me dijeron que en el reino del revés
nada el pájaro y vuela el pez,
que los gatos no hacen miau y dicen yes
porque estudian mucho inglés;
vamos a ver cómo es, el reino del revés,

Me dijeron que en el reino del revés
nadie baila con los pies,
que un ladrón es vigilante y otro es juez
y que dos y dos son tres;
vamos a ver cómo es
el reino del revés,
vamos a ver cómo,
es el reino del revés.

Me dijeron que en el reino del revés
cabe un oso en una nuez,
que usan barbas y bigotes los bebés
y que un año dura un mes;
vamos a ver cómo es el reino del revés,
vamos a ver cómo es

Me dijeron que en el reino del revés
hay un perro pequinés,
que se cae para arriba y una vez
no pudo bajar después;
vamos a ver cómo es
el reino del revés,

vamos a ver cómo es
el reino del revés.

Me dijeron que en el reino del revés
un señor llamado Andrés
tiene 1.530 chimpancés
que si miras no los ves;
vamos a ver cómo es
el reino del revés,

vamos a ver cómo es
el reino del revés.

Me dijeron que en el reino del revés
una araña y un ciempiés,
van montados al palacio del marqués
en caballos de ajedrez;
vamos a ver cómo es

el reino del revés,

vamos a ver cómo es

el reino del revés.

Blancanieves

Había una vez, en pleno invierno, una reina que se dedicaba a la costura sentada cerca de una ventana con marco de ébano negro. Los copos de nieve caían del cielo como plumones. Mirando nevar se pinchó un dedo con su aguja y tres gotas de sangre cayeron en la nieve. Como el efecto que hacía el rojo sobre la blanca nieve era tan bello, la reina se dijo:

-¡Ojalá tuviera una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera de ébano!

Poco después tuvo una niña que era tan blanca como la nieve, tan encarnada como la sangre y cuyos cabellos eran tan negros como el ébano.

Por todo eso fue llamada Blancanieves. Y al nacer la niña, la reina murió.

Un año más tarde el rey tomó otra esposa. Era una mujer bella pero orgullosa y arrogante, y no podía soportar que nadie la superara en belleza. Tenía un espejo maravilloso y cuando se ponía frente a él, mirándose le preguntaba:

¡Espejito, espejito de mi habitación! ¿Quién es la más hermosa de esta región?

Entonces el espejo respondía:

La Reina es la más hermosa de esta región.

Ella quedaba satisfecha pues sabía que su espejo siempre decía la verdad.

Pero Blancanieves crecía y embellecía cada vez más; cuando alcanzó los siete años era tan bella como la clara luz del día y aún más linda que la reina.

Ocurrió que un día cuando le preguntó al espejo:

¡Espejito, espejito de mi habitación! ¿Quién es la más hermosa de esta región?

el espejo respondió:

La Reina es la hermosa de este lugar, pero la linda Blancanieves lo es mucho más.

Entonces la reina tuvo miedo y se puso amarilla y verde de envidia. A partir de ese momento, cuando veía a Blancanieves el corazón le daba un vuelco en el pecho, tal era el odio que sentía por la niña. Y su envidia y su orgullo crecían cada día más, como una mala hierba, de tal modo que no encontraba reposo, ni de día ni de noche.

Entonces hizo llamar a un cazador y le dijo:

-Lleva esa niña al bosque; no quiero que aparezca más ante mis ojos. La matarás y me traerás sus pulmones y su hígado como prueba.

El cazador obedeció y se la llevó, pero cuando quiso atravesar el corazón de Blancanieves, la niña se puso a llorar y exclamó:

-¡Mi buen cazador, no me mates!; correré hacia el bosque espeso y no volveré nunca más.

Como era tan linda el cazador tuvo piedad y dijo:

-¡Corre, pues, mi pobre niña!

Pensaba, sin embargo, que las fieras pronto la devorarían. No obstante, no tener que matarla fue para él como si le quitaran un peso del corazón. Un cerdito venía saltando; el cazador lo mató, extrajo sus pulmones y su hígado y los llevó a la reina como prueba de que había cumplido su misión. El cocinero los cocinó con sal y la mala mujer los comió creyendo comer

los pulmones y el hígado de Blancanieves.

Por su parte, la pobre niña se encontraba en medio de los grandes bosques, abandonada por todos y con tal miedo que todas las hojas de los árboles la asustaban. No tenía idea de cómo arreglárselas y entonces corrió y corrió sobre guijarros filosos y a través de las zarzas. Los animales salvajes se cruzaban con ella pero no le hacían ningún daño. Corrió hasta la caída de la tarde; entonces vio una casita a la que entró para descansar. En la cabañita todo era pequeño, pero tan lindo y limpio como se pueda imaginar. Había una mesita pequeña con un mantel blanco y sobre él siete platitos, cada uno con su pequeña cuchara, más siete cuchillos, siete tenedores y siete vasos, todos pequeños. A lo largo de la pared estaban dispuestas, una junto a la otra, siete camitas cubiertas con sábanas blancas como la nieve. Como tenía mucha hambre y mucha sed, Blancanieves comió trozos de legumbres y de pan de cada platito y bebió una gota de vino de cada vasito. Luego se sintió muy cansada y se quiso acostar en una de las camas. Pero ninguna era de su medida; una era demasiado larga, otra un poco corta, hasta que finalmente la séptima le vino bien. Se acostó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando cayó la noche volvieron los dueños de casa; eran siete enanos que excavaban y extraían metal en las montañas. Encendieron sus siete faro-litos y vieron que alguien había venido, pues las cosas no estaban en el orden en que las habían dejado. El primero dijo:

-¿Quién se sentó en mi sillita?

El segundo:

-¿Quién comió en mi platito?

El tercero:

-¿Quién comió de mi pan?

El cuarto:

-¿Quién comió de mis legumbres?

El quinto:

-¿Quién pinchó con mi tenedor?

El sexto:

-¿Quién cortó con mi cuchillo?

El séptimo:

-¿Quién bebió en mi vaso?

Luego el primero pasó su vista alrededor y vio una pequeña arruga en su cama y dijo:

-¿Quién anduvo en mi lecho?

Los otros acudieron y exclamaron:

-¡Alguien se ha acostado en el mío también! Mirando en el suyo, el séptimo descubrió a Blancanieves, acostada y dormida. Llamó a los otros, que se precipitaron con exclamaciones de asombro. Entonces fueron a buscar sus siete farolitos para alumbrar a Blancanieves.

-¡Oh, mi Dios -exclamaron- qué bella es esta niña!

Y sintieron una alegría tan grande que no la despertaron y la dejaron proseguir su sueño. El séptimo enano se acostó una hora con cada uno de sus compañeros y así pasó la noche.

Al amanecer, Blancanieves despertó y viendo a los siete enanos tuvo miedo. Pero ellos se mostraron amables y le preguntaron.

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Blancanieves -respondió ella.

-¿Cómo llegaste hasta nuestra casa?

Entonces ella les contó que su madrastra había querido matarla pero el cazador había tenido piedad de ella permitiéndole correr durante todo el día hasta encontrar la casita.

Los enanos le dijeron:

-Si quieres hacer la tarea de la casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y tejer y si tienes todo en orden y bien limpio puedes quedarte con nosotros; no te faltará nada.

-Sí -respondió Blancanieves- acepto de todo corazón. Y se quedó con ellos.

Blancanieves tuvo la casa en orden. Por las mañanas los enanos partían hacia las montañas, donde buscaban los minerales y el oro, y regresaban por la noche. Para ese entonces la comida estaba lista.

Durante todo el día la niña permanecía sola; los buenos enanos la previnieron:

-¡Cuídate de tu madrastra; pronto sabrá que estás aquí! ¡No dejes entrar a nadie!

La reina, una vez que comió los que creía que eran los pulmones y el hígado de Blancanieves, se creyó de nuevo la principal y la más bella de todas las mujeres. Se puso ante el espejo y dijo:

¡Espejito, espejito de mi habitación! ¿Quién es la más hermosa de esta región?

Entonces el espejo respondió.

Pero, pasando los bosques,
en la casa de los enanos,

la linda Blancanieves lo es mucho más.

La Reina es la más hermosa de este lugar

La reina quedó aterrorizada pues sabía que el espejo no mentía nunca. Se dio cuenta de que el cazador la había engañado y de que Blancanieves vivía. Reflexionó y buscó un nuevo modo de deshacerse de ella pues hasta que no fuera la más bella de la región la envidia no le daría tregua ni reposo. Cuando finalmente urdió un plan se pintó la cara, se vistió como una vieja buhonera y quedó totalmente irreconocible.

Así disfrazada atravesó las siete montañas y llegó a la casa de los siete enanos, golpeó a la puerta y gritó:

-¡Vendo buena mercadería! ¡Vendo! ¡Vendo!

Blancanieves miró por la ventana y dijo:

-Buen día, buena mujer. ¿Qué vende usted?

-Una excelente mercadería -respondió-; cintas de todos colores.

La vieja sacó una trenzada en seda multicolor, y Blancanieves pensó:

-Bien puedo dejar entrar a esta buena mujer.

Corrió el cerrojo para permitirle el paso y poder comprar esa linda cinta.

-¡Niña -dijo la vieja- qué mal te has puesto esa cinta! Acércate que te la arreglo como se debe.

Blancanieves, que no desconfiaba, se colocó delante de ella para que le arreglara el lazo.

Pero rápidamente la vieja lo oprimió tan fuerte que Blancanieves perdió el aliento y cayó como muerta.

-Y bien -dijo la vieja-, dejaste de ser la más bella. Y se fue.

Poco después, a la noche, los siete enanos regresaron a la casa y se asustaron mucho al ver a Blanca-nieves en el suelo, inmóvil. La levantaron y descubrieron el lazo que la oprimía. Lo cortaron y Blancanieves comenzó a respirar y a reanimarse poco a poco.

Cuando los enanos supieron lo que había pasado dijeron:

-La vieja vendedora no era otra que la malvada reina. ¡Ten mucho cuidado y no dejes entrar a nadie cuando no estamos cerca!

Cuando la reina volvió a su casa se puso frente al espejo y preguntó:

¡Espejito, espejito, de mi habitación! ¿Quién es la más hermosa de esta región?

Entonces, como la vez anterior, respondió:

La Reina es la más hermosa de este lugar,
Pero pasando los bosques,
en la casa de los enanos,
la linda Blancanieves lo es mucho más.

Cuando oyó estas palabras toda la sangre le afluyó al corazón. El terror la invadió, pues era claro que Blancanieves había recobrado la vida.

-Pero ahora -dijo ella- voy a inventar algo que te hará perecer.

Y con la ayuda de sortilegios, en los que era ex-perta, fabricó un peine envenenado. Luego se disfrazó tomando el aspecto de otra vieja. Así vestida atravesó las siete montañas y llegó a la casa de los siete enanos. Golpeó a la puerta y gritó:

-¡Vendo buena mercadería! ¡Vendo! ¡Vendo!

Blancanieves miró desde adentro y dijo:

-Sigue tu camino; no puedo dejar entrar a nadie.

-Al menos podrás mirar -dijo la vieja, sacando el peine envenenado y levantándolo en el aire.

Tanto le gustó a la niña que se dejó seducir y abrió la puerta. Cuando se pusieron de acuerdo sobre la compra la vieja le dijo:

-Ahora te voy a peinar como corresponde.

La pobre Blancanieves, que nunca pensaba mal, dejó hacer a la vieja pero apenas ésta le había puesto el peine en los cabellos el veneno hizo su efecto y la pequeña cayó sin conocimiento.

-¡Oh, prodigio de belleza -dijo la mala mujer-ahora sí que acabé contigo!

Por suerte la noche llegó pronto trayendo a los enanos con ella. Cuando vieron a Blancanieves en el suelo, como muerta, sospecharon enseguida de la madrastra.

Examinaron a la niña y encontraron el peine envenenado. Apenas lo retiraron, Blancanieves volvió en sí y les contó lo que había sucedido. Entonces le advirtieron una vez más que debería cuidarse y no abrir la puerta a nadie.

En cuanto llegó a su casa la reina se colocó frente al espejo y dijo:

¡Espejito, espejito de mi habitación! ¿Quién es la más hermosa de esta región?

Y el espejito, respondió nuevamente:

La Reina es la más hermosa de este lugar.

Pero pasando los bosques,
en la casa de los enanos,

la linda Blancanieves lo es mucho más.

La reina al oír hablar al espejo de ese modo, se estremeció y tembló de cólera.

-Es necesario que Blancanieves muera -exclamó-aunque me cueste la vida a mí misma.

Se dirigió entonces a una habitación escondida y solitaria a la que nadie podía entrar y fabricó una manzana envenenada. Exteriormente parecía buena, blanca y roja y tan bien hecha que tentaba a quien la veía; pero apenas se comía un trocito sobrevénía la muerte.

Cuando la manzana estuvo pronta, se pintó la cara, se disfrazó de campesina y atravesó las siete montañas hasta llegar a la casa de los siete enanos.

Golpeó. Blancanieves sacó la cabeza por la ventana y dijo:

-No puedo dejar entrar a nadie; los enanos me lo han prohibido.

-No es nada -dijo la campesina- me voy a librar de mis manzanas. Toma, te voy a dar una.

-No-dijo Blancanieves -tampoco debo aceptar nada.

-¿Ternes que esté envenenada? -dijo la vieja-; mira, corto la manzana en dos partes; tú comerás la parte roja y yo la blanca.

La manzana estaba tan ingeniosamente hecha que solamente la parte roja contenía veneno. La bella manzana tentaba a Blancanieves y cuando vio a la campesina comer no pudo resistir más, estiró la mano y tomó la mitad envenenada. Apenas tuvo un trozo en la boca, cayó muerta.

Entonces la vieja la examinó con mirada horrible, rió muy fuerte y dijo.

-Blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano. ¡Esta vez los enanos no podrán reanimarte!

Vuelta a su casa interrogó al espejo:

¡Espejito, espejito de mi habitación!

¿Quién es la más hermosa de esta región? Y el espejo finalmente respondió. La Reina es la más hermosa de esta región.

Entonces su corazón envidioso encontró reposo, si es que los corazones envidiosos pueden encontrar alguna vez reposo.

A la noche, al volver a la casa, los enanitos encontraron a Blancanieves tendida en el suelo sin que un solo aliento escapara de su boca: estaba muerta. La levantaron, buscaron alguna cosa envenenada, aflojaron sus lazos, le peinaron los cabellos, la lavaron con agua y con vino pero todo esto no sirvió de nada: la querida niña estaba muerta y siguió estándolo.

La pusieron en una parihuela. se sentaron junto a ella y durante tres días lloraron. Luego quisieron enterrarla pero ella estaba tan fresca como una persona viva y mantenía aún sus mejillas sonrosadas.

Los enanos se dijeron:

-No podemos ponerla bajo la negra tierra. E hicieron un ataúd de vidrio para que se la pudiera ver desde todos los ángulos, la pusieron adentro e inscribieron su nombre en letras de oro proclamando que era hija de un rey. Luego expusieron el ataúd en la montaña. Uno de ellos permanecería siempre a su lado para cuidarla. Los animales también vinieron a llorarla: primero un mochuelo, luego un cuervo y más tarde una palomita.

Blancanieves permaneció mucho tiempo en el ataúd sin descomponerse; al contrario, parecía dormir, ya que siempre estaba blanca como la nieve, roja como la sangre y sus cabellos eran negros como el ébano.

Ocurrió una vez que el hijo de un rey llegó, por azar, al bosque y fue a casa de los enanos a pasar la noche. En la montaña vio el ataúd con la hermosa Blancanieves en su interior y leyó lo que estaba escrito en letras de oro.

Entonces dijo a los enanos:

-Dénme ese ataúd; les daré lo que quieran a cambio.

-No lo daríamos por todo el oro del mundo -respondieron los enanos.

-En ese caso -replicó el príncipe- regálenmelo pues no puedo vivir sin ver a Blancanieves. La

honraré, la estimaré como a lo que más quiero en el mundo.

Al oírlo hablar de este modo los enanos tuvieron piedad de él y le dieron el ataúd. El príncipe lo hizo llevar sobre las espaldas de sus servidores, pero sucedió que éstos tropezaron contra un arbusto y como consecuencia del sacudón el trozo de manzana envenenada que Blancanieves aún conservaba en su garganta fue despedido hacia afuera. Poco después abrió los ojos, levantó la tapa del ataúd y se irguió, resucitada.

-¡Oh, Dios!, ¿dónde estoy? -exclamó.

-Estás a mi lado -le dijo el príncipe lleno de alegría.

Le contó lo que había pasado y le dijo:

-Te amo como a nadie en el mundo; ven conmigo al castillo de mi padre; serás mi mujer.

Entonces Blancanieves comenzó a sentir cariño por él y se preparó la boda con gran pompa y magnificencia.

También fue invitada a la fiesta la madrastra criminal de Blancanieves. Después de vestirse con sus hermosos trajes fue ante el espejo y preguntó:

¡Espejito, espejito de mi habitación! ¿Quién es la más hermosa de esta región?

El espejo respondió:

La Reina es la más hermosa de este lugar. Pero la joven Reina lo es mucho más.

Entonces la mala mujer lanzó un juramento y tuvo tanto, tanto miedo, que no supo qué hacer.

Al principio no quería ir de ningún modo a la boda. Pero no encontró reposo hasta no ver a la joven reina.

Al entrar reconoció a Blancanieves y la angustia y el espanto que le produjo el descubrimiento la dejaron clavada al piso sin poder moverse.

Pero ya habían puesto zapatos de hierro sobre carbones encendidos y luego los colocaron delante de ella con tenazas. Se obligó a la bruja a entrar en esos zapatos incandescentes y a bailar hasta que le llegara la muerte.

Peter Pan

Wendy, Michael y John eran tres hermanos que vivían en las afueras de Londres. Wendy, la mayor, había contagiado a sus hermanitos su admiración por Peter Pan. Todas las noches

les contaba a sus hermanos las aventuras de Peter.

Una noche, cuando ya casi dormían, vieron una lucecita moverse por la habitación.
campanilla

Era Campanilla, el hada que acompaña siempre a Peter Pan, y el mismísimo Peter. Éste les propuso viajar con él y con Campanilla al País de Nunca Jamás, donde vivían los Niños Perdidos...

- Campanilla os ayudará. Basta con que os eche un poco de polvo mágico para que podáis volar.

Cuando ya se encontraban cerca del País de Nunca Jamás, Peter les señaló:

- Es el barco del Capitán Garfio. Tened mucho cuidado con él. Hace tiempo un cocodrilo le devoró la mano y se tragó hasta el reloj. ¡Qué nervioso se pone ahora Garfio cuando oye un tic-tac!

Campanilla se sintió celosa de las atenciones que su amigo tenía para con Wendy, así que, adelantándose, les dijo a los Niños Perdidos que debían disparar una flecha a un gran pájaro que se acercaba con Peter Pan. La pobre Wendy cayó al suelo, pero, por fortuna, la flecha no había penetrado en su cuerpo y enseguida se recuperó del golpe.

Wendy cuidaba de todos aquellos niños sin madre y, también, claro está de sus hermanitos y del propio Peter Pan. Procuraban no tropezarse con los terribles piratas, pero éstos, que ya habían tenido noticias de su llegada al País de Nunca Jamás, organizaron una emboscada y se llevaron prisioneros a Wendy, a Michael y a John.

Para que Peter no pudiera rescatarles, el Capitán Garfio decidió envenenarle, contando para ello con la ayuda de Campanilla, hada quien deseaba vengarse del cariño que Peter sentía hacia Wendy. Garfio aprovechó el momento en que Peter se había dormido para verter en su vaso unas gotas de un poderosísimo veneno.

Cuando Peter Pan se despertó y se disponía a beber el agua, Campanilla, arrepentida de lo que había hecho, se lanzó contra el vaso, aunque no pudo evitar que la salpicaran unas cuantas gotas del veneno, una cantidad suficiente para matar a un ser tan diminuto como ella. Una sola cosa podía salvarla: que todos los niños creyeran en las hadas y en el poder de la fantasía. Y así es como, gracias a los niños, Campanilla se salvó.

Mientras tanto, nuestros amiguitos seguían en poder de los piratas. Ya estaban a punto de ser lanzados por la borda con los brazos atados a la espalda. Parecía que nada podía salvarles, cuando de repente, oyeron una voz:

- ¡Eh, Capitán Garfio, eres un cobarde! ¡A ver si te atreves conmigo!

Era Peter Pan que, alertado por Campanilla, había llegado justo a tiempo de evitarles a sus amigos una muerte cierta. Comenzaron a luchar. De pronto, un tic-tac muy conocido por Garfio hizo que éste se estremeciera de horror. El cocodrilo estaba allí y, del susto, el Capitán Garfio dio un traspie y cayó al mar. Es muy posible que todavía hoy, si viajáis por el mar, podáis ver al Capitán Garfio nadando desesperadamente, perseguido por el infatigable cocodrilo.

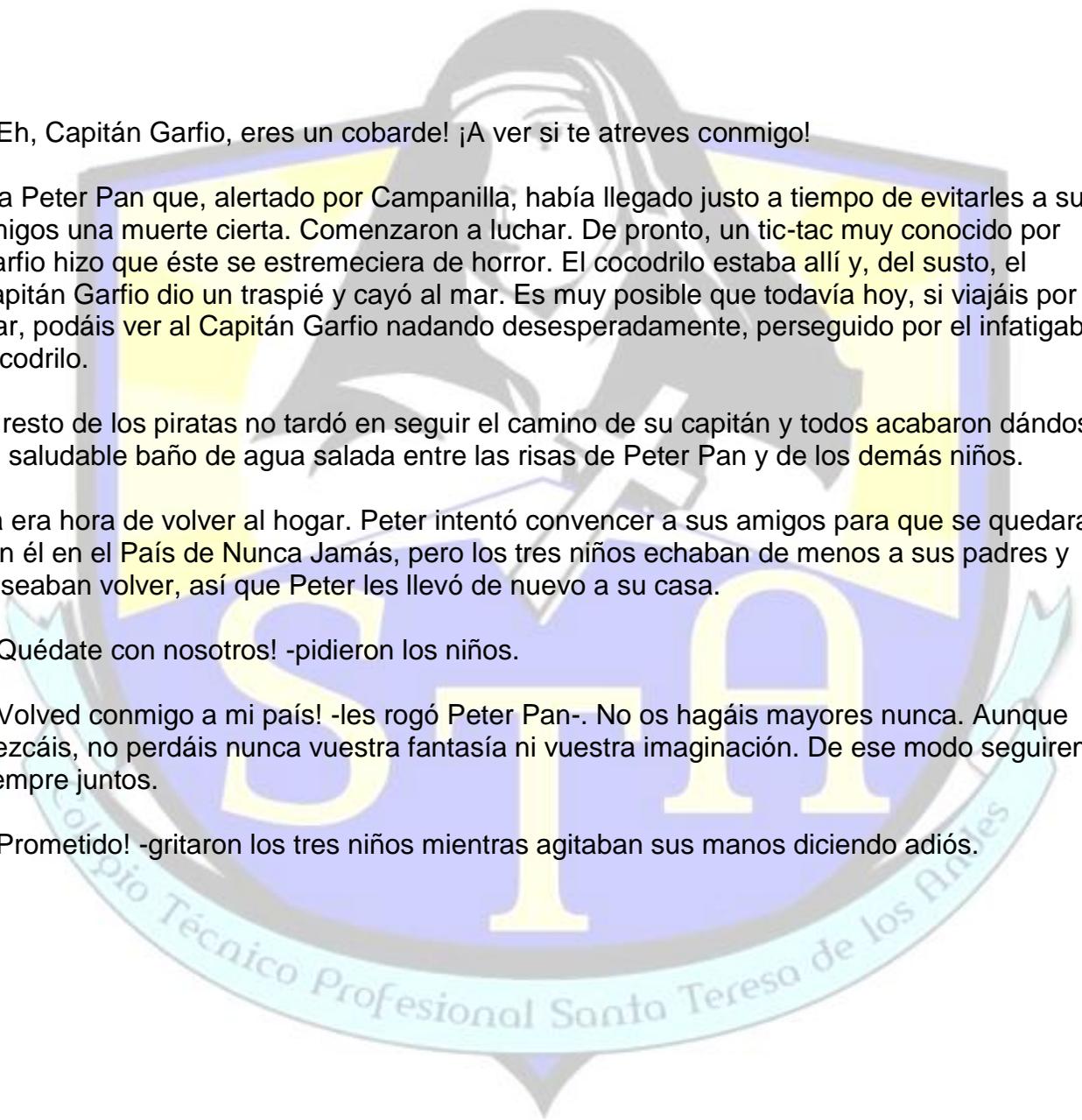
El resto de los piratas no tardó en seguir el camino de su capitán y todos acabaron dándose un saludable baño de agua salada entre las risas de Peter Pan y de los demás niños.

Ya era hora de volver al hogar. Peter intentó convencer a sus amigos para que se quedaran con él en el País de Nunca Jamás, pero los tres niños echaban de menos a sus padres y deseaban volver, así que Peter les llevó de nuevo a su casa.

- ¡Quédate con nosotros! -pidieron los niños.

- ¡Volved conmigo a mi país! -les rogó Peter Pan-. No os hagáis mayores nunca. Aunque crezcáis, no perdáis nunca vuestra fantasía ni vuestra imaginación. De ese modo seguiremos siempre juntos.

- ¡Prometido! -gritaron los tres niños mientras agitaban sus manos diciendo adiós.





El sastrecillo valiente

No hace mucho tiempo que existía un humilde sastrecillo que se ganaba la vida trabajando con sus hilos y su costura, sentado sobre su mesa, junto a la ventana; risueño y de buen humor, se había puesto a coser a todo trapo. En esto pasó por la calle una campesina que gritaba:

—¡Rica mermeladaaaa... Barataaaa! ¡Rica mermeladaaa, barataaa.

Este pregón sonó a gloria en sus oídos. Asomando el sastrecito su fina cabeza por la ventana, llamó:

—¡Eh, mi amiga! ¡Sube, que aquí te aliviaremos de tu mercancía!

Subió la campesina los tres tramos de escalera con su pesada cesta a cuestas, y el sastrecito le hizo abrir todos y cada uno de sus pomos. Los inspeccionó uno por uno acercándoles la nariz y, por fin, dijo:

—Esta mermelada no me parece mala; así que pásame cuatro onzas, muchacha, y si te pasas del cuarto de libra, no vamos a pelearnos por eso.

La mujer, que esperaba una mejor venta, se marchó malhumorada y refunfuñando:

—¡Vaya! —exclamo el sastrecito, frotándose las manos—. ¡Que Dios me bendiga esta mermelada y me de salud y fuerza!

Y, sacando el pan del armario, cortó una gran rebanada y la untó a su gusto. «Parece que no sabrá mal», se dijo. «Pero antes de probarla, terminaré esta chaqueta.»

Dejó el pan sobre la mesa y reanudó la costura; y tan contento estaba, que las puntadas le salían cada vez mas largas.

Mientras tanto, el dulce aroma que se desprendía del pan subía hasta donde estaban las moscas sentadas en gran número y éstas, sintiéndose atraídas por el olor, bajaron en verdaderas legiones.

—¡Eh, quién las invitó a ustedes! —dijo el sastrecito, tratando de espantar a tan indeseables huéspedes. Pero las moscas, que no entendían su idioma, lejos de hacerle caso, volvían a la carga en bandadas cada vez más numerosas.

Por fin el sastrecito perdió la paciencia, sacó un pedazo de paño del hueco que había bajo su mesa, y exclamando: «¡Esperen, que yo mismo voy a servirles!», descargó sin misericordia un gran golpe sobre ellas, y otro y otro. Al retirar el paño y contarlas, vio que por lo menos había aniquilado a veinte.

«¡De lo que soy capaz!», se dijo, admirado de su propia audacia. «La ciudad entera tendrá que enterarse de esto» y, de prisa y corriendo, el sastrecito se cortó un cinturón a su medida, lo cosió y luego le bordó en grandes letras el siguiente letrero: SIETE DE UN GOLPE.

«¡Qué digo la ciudad!», añadió. «¡El mundo entero se enterará de esto!»

Y de puro contento, el corazón le temblaba como el rabo al corderito.

Luego se ciñó el cinturón y se dispuso a salir por el mundo, convencido de que su taller era demasiado pequeño para su valentía. Antes de marcharse, estuvo rebuscando por toda la casa a ver si encontraba algo que le sirviera para el viaje; pero sólo encontró un queso viejo que se guardó en el bolsillo. Frente a la puerta vio un pájaro que se había enredado en un matorral, y también se lo guardó en el bolsillo para que acompañara al queso. Luego se puso animosamente en camino, y como era ágil y ligero de pies, no se cansaba nunca.

El camino lo llevó por una montaña arriba. Cuando llegó a lo más alto, se encontró con un gigante que estaba allí sentado, mirando pacíficamente el paisaje. El sastrecito se le acercó animoso y le dijo:

—¡Buenos días, camarada! ¿Qué, contemplando el ancho mundo? Por él me voy yo,

precisamente, a correr fortuna. ¿Te decides a venir conmigo?

El gigante lo miró con desprecio y dijo:

—¡Quítate de mi vista, monigote, miserable criatura!

—¿Ah, sí? —contestó el sastrecito, y, desabrochándose la chaqueta, le enseñó el cinturón—
¡Aquí puedes leer qué clase de hombre soy!

El gigante leyó: SIETE DE UN GOLPE, y pensando que se tratara de hombres derribados por el sastre, empezó a tenerle un poco de respeto. De todos modos decidió ponerlo a prueba. Agarró una piedra y la exprimió hasta sacarle unas gotas de agua.

—¡A ver si lo haces —dijo—, ya que eres tan fuerte!

—¿Nada más que eso? —contestó el sastrecito—. ¡Es un juego de niños!

Y metiendo la mano en el bolsillo sacó el queso y lo apretó hasta sacarle todo el jugo.

—¿Qué me dices? Un poquito mejor, ¿no te parece?

El gigante no supo qué contestar, y apenas podía creer que hiciera tal cosa aquel hombrecito. Tomando entonces otra piedra, la arrojó tan alto que la vista apenas podía seguirla.

—Anda, pedazo de hombre, a ver si haces algo parecido.

—Un buen tiro —dijo el sastre—, aunque la piedra volvió a caer a tierra. Ahora verás —y sacando al pájaro del bolsillo, lo arrojó al aire. El pájaro, encantado con su libertad, alzó rápido el vuelo y se perdió de vista.

—¿Qué te pareció este tiro, camarada? —preguntó el sastrecito.

—Tirar, sabes —admitió el gigante—. Ahora veremos si puedes soportar alguna carga digna de este nombre—y llevando al sastrecito hasta un inmenso roble que estaba derribado en el suelo, le dijo—: Ya que te las das de forzado, ayúdame a sacar este árbol del bosque.

—Con gusto —respondió el sastrecito—. Tú cárgate el tronco al hombro y yo me encargaré del ramaje, que es lo más pesado .

En cuanto estuvo el tronco en su puesto, el sastrecito se acomodó sobre una rama, de modo que el gigante, que no podía volverse, tuvo de cargar también con él, además de todo el peso del árbol. El sastrecito iba de lo más contento allí detrás, silbando aquella tonadilla que dice: «A caballo salieron los tres sastres», como si la tarea de cargar árboles fuese un juego

de niños.

El gigante, después de arrastrar un buen trecho la pesada carga, no pudo más y gritó:

—¡Eh, tú! ¡Cuidado, que tengo que soltar el árbol!

El sastre saltó ágilmente al suelo, sujetó el roble con los dos brazos, como si lo hubiese sostenido así todo el tiempo, y dijo:

—¡Un grandullón como tú y ni siquiera eres capaz de cargar un árbol!

Siguieron andando y, al pasar junto a un cerezo, el gigante, echando mano a la copa, donde colgaban las frutas maduras, inclinó el árbol hacia abajo y lo puso en manos del sastre, invitándolo a comer las cerezas. Pero el hombrecito era demasiado débil para sujetar el árbol, y en cuanto lo soltó el gigante, volvió la copa a su primera posición, arrastrando consigo al sastrecito por los aires. Cayó al suelo sin hacerse daño, y el gigante le dijo:

—¿Qué es eso? ¿No tienes fuerza para sujetar este tallito enclenque?

—No es que me falte fuerza —respondió el sastrecito—. ¿Crees que semejante minucia es para un hombre que mató a siete de un golpe? Es que salté por encima del árbol, porque hay unos cazadores allá abajo disparando contra los matorrales. ¡Haz tú lo mismo, si puedes!

El gigante lo intentó, pero se quedó colgando entre las ramas; de modo que también esta vez el sastrecito se llevó la victoria. Dijo entonces el gigante:

—Ya que eres tan valiente, ven conmigo a nuestra casa y pasa la noche con nosotros.

El sastrecito aceptó la invitación y lo siguió. Cuando llegaron a la caverna, encontraron a varios gigantes sentados junto al fuego: cada uno tenía en la mano un cordero asado y se lo estaba comiendo. El sastrecito miró a su alrededor y pensó: «Esto es mucho más espacioso que mi taller.»

El gigante le enseñó una cama y lo invitó a acostarse y dormir. La cama, sin embargo, era demasiado grande para el hombrecito; así que, en vez de acomodarse en ella, se acurrucó en un rincón. A medianoche, creyendo el gigante que su invitado estaría profundamente dormido, se levantó y, empuñando una enorme barra de hierro, descargó un formidable golpe sobre la cama. Luego volvió a acostarse, en la certeza de que había despachado para siempre a tan impertinente grillo. A la madrugada, los gigantes, sin acordarse ya del sastrecito, se disponían a marcharse al bosque cuando, de pronto, lo vieron tan alegre y tranquilo como de costumbre. Aquello fue más de lo que podían soportar, y pensando que iba a matarlos a todos, salieron corriendo, cada uno por su lado.

El sastrecito prosiguió su camino, siempre con su puntiaguda nariz por delante. Tras mucho

caminar, llegó al jardín de un palacio real, y como se sentía muy cansado, se echó a dormir sobre la hierba. Mientras estaba así durmiendo, se le acercaron varios cortesanos, lo examinaron por todas partes y leyeron la inscripción: SIETE DE UN GOLPE.

—¡Ah! —exclamaron—. ¿Qué hace aquí tan terrible hombre de guerra, ahora que estamos en paz? Sin duda, será algún poderoso caballero.

Y corrieron a dar la noticia al rey, diciéndole que en su opinión sería un hombre extremadamente valioso en caso de guerra y que en modo alguno debía perder la oportunidad de ponerlo a su servicio. Al rey le complació el consejo, y envió a uno de sus nobles para que le hiciese una oferta tan pronto despertara. El emisario permaneció en guardia junto al durmiente, y cuando vio que éste se estiraba y abría los ojos, le comunicó la proposición del rey.

—Justamente he venido con ese propósito —contestó el sastrecito—. Estoy dispuesto a servir al rey —así que lo recibieron honrosamente y le prepararon toda una residencia para él solo.

Pero los soldados del rey lo miraban con malos ojos y, en realidad, deseaban tenerlo a mil millas de distancia.

—¿En qué parará todo esto? —comentaban entre sí—. Si nos peleamos con él y la emprende con nosotros, a cada golpe derribará a siete. No hay aquí quien pueda enfrentársele.

Tomaron, pues, la decisión de presentarse al rey y pedirle que los licenciase del ejército.

—No estamos preparados —le dijeron— para luchar al lado de un hombre capaz de matar a siete de un golpe.

El rey se disgustó mucho cuando vio que por culpa de uno iba a perder tan fieles servidores: ya se lamentaba hasta de haber visto al sastrecito y de muy buena gana se habría deshecho de él. Pero no se atrevía a despedirlo, por miedo a que acabara con él y todos los suyos, y luego se instalara en el trono. Estuvo pensándolo por horas y horas y, al fin, encontró una solución.

Mandó decir al sastrecito que, siendo tan poderoso hombre de armas como era, tenía una oferta que hacerle. En un bosque del país vivían dos gigantes que causaban enormes daños con sus robos, asesinatos, incendios y otras atrocidades; nadie podía acercárseles sin correr peligro de muerte. Si el sastrecito lograba vencer y exterminar a estos gigantes, recibiría la mano de su hija y la mitad del reino como recompensa. Además, cien soldados de caballería lo auxiliarían en la empresa.

«¡No está mal para un hombre como tú!» se dijo el sastrecito. «Que a uno le ofrezcan una

bella princesa y la mitad de un reino es cosa que no sucede todos los días.» Así que contestó:

—Claro que acepto. Acabaré muy pronto con los dos gigantes. Y no me hacen falta los cien jinetes. El que derriba a siete de un golpe no tiene por qué asustarse con dos.

Así, pues, el sastrecito se puso en camino, seguido por cien jinetes. Cuando llegó a las afueras del bosque, dijo a sus seguidores:

—Esperen aquí. Yo solo acabaré con los gigantes.

Y de un salto se internó en el bosque, donde empezó a buscar a diestro y siniestro. Al cabo de un rato descubrió a los dos gigantes. Estaban durmiendo al pie de un árbol y roncaban tan fuerte, que las ramas se balanceaban arriba y abajo. El sastrecito, ni corto ni perezoso, eligió especialmente dos grandes piedras que guardó en los bolsillos y trepó al árbol. A medio camino se deslizó por una rama hasta situarse justo encima de los durmientes, y, acto seguido, hizo muy buena puntería (pues no podía fallar) pues de lo contrario estaría perdido.

Los gigantes, al recibir cada uno un fuerte golpe con la piedra, despertaron echándose entre ellos las culpas de los golpes. Uno dio un empujón a su compañero y le dijo:

—¿Por qué me pegas?

—Estás soñando —respondió el otro—. Yo no te he pegado.

Se volvieron a dormir, y entonces el sastrecito le tiró una piedra al segundo.

—¿Qué significa esto? —gruñó el gigante—. ¿Por qué me tiras piedras?

—Yo no te he tirado nada —gruñó el primero.

Discutieron todavía un rato; pero como los dos estaban cansados, dejaron las cosas como estaban y cerraron otra vez los ojos. El sastrecito volvió a las andadas. Escogiendo la más grande de sus piedras, la tiró con toda su fuerza al pecho del primer gigante.

—¡Esto ya es demasiado! —vociferó furioso. Y saltando como un loco, arremetió contra su compañero y lo empujó con tal fuerza contra el árbol, que lo hizo estremecerse hasta la copa. El segundo gigante le pagó con la misma moneda, y los dos se enfurecieron tanto que arrancaron de cuajo dos árboles enteros y estuvieron aporreándose el uno al otro hasta que los dos cayeron muertos. Entonces bajó del árbol el sastrecito.

«Suerte que no arrancaron el árbol en que yo estaba», se dijo, «pues habría tenido que saltar a otro como una ardilla. Menos mal que nosotros los sastres somos livianos.»

Y desenvainando la espada, dio un par de tajos a cada uno en el pecho. Enseguida se presentó donde estaban los caballeros y les dijo:

—Se acabaron los gigantes, aunque debo confesar que la faena fue dura. Se pusieron a arrancar árboles para defenderse. ¡Venirle con tronquitos a un hombre como yo, que mata a siete de un golpe!

—¿Y no estás herido? —preguntaron los jinetes.

—No piensen tal cosa —dijo el sastrecito—. Ni siquiera, despeinado.

Los jinetes no podían creerlo. Se internaron con él en el bosque y allí encontraron a los dos gigantes flotando en su propia sangre y, a su alrededor, los árboles arrancados de cuajo.

El sastrecito se presentó al rey para pedirle la recompensa ofrecida; pero el rey se hizo el remolón y maquinó otra manera de deshacerse del héroe.

—Antes de que recibas la mano de mi hija y la mitad de mi reino —le dijo—, tendrás que llevar a cabo una nueva hazaña. Por el bosque corre un unicornio que hace grandes destrozos, y debes capturarlo primero.

—Menos temo yo a un unicornio que a dos gigantes —respondió el sastrecito— Siete de un golpe: ésa es mi especialidad.

Y se internó en el bosque con un hacha y una cuerda, después de haber rogado a sus seguidores que lo aguardasen afuera.

No tuvo que buscar mucho. El unicornio se presentó de pronto y lo embistió ferozmente, decidido a ensartarlo de una vez con su único cuerno.

—Poco a poco; la cosa no es tan fácil como piensas —dijo el sastrecito.

Plantándose muy quieto delante de un árbol, esperó a que el unicornio estuviese cerca y, entonces, saltó ágilmente detrás del árbol. Como el unicornio había embestido con fuerza, el cuerno se clavó en el tronco tan profundamente, que por más que hizo no pudo sacarlo, y quedó prisionero.

«¡Ya cayó el pajarito!», dijo el sastre, saliendo de detrás del árbol. Ató la cuerda al cuello de la bestia, cortó el cuerno de un hachazo y llevó su presa al rey.

Pero éste aún no quiso entregarle el premio ofrecido y le exigió un tercer trabajo. Antes de que la boda se celebrase, el sastrecito tendría que cazar un feroz jabalí que rondaba por el bosque causando enormes daños. Para ello contaría con la ayuda de los cazadores.

—¡No faltaba más! —dijo el sastrecito—. ¡Si es un juego de niños!

Dejó a los cazadores a la entrada del bosque, con gran alegría de ellos, pues de tal modo los había recibido el feroz jabalí en otras ocasiones, que no les quedaban ganas de enfrentarse con él de nuevo.

Tan pronto vio al sastrecito, el jabalí lo acometió con los agudos colmillos de su boca espumeante, y ya estaba a punto de derribarlo, cuando el héroe huyó a todo correr, se precipitó dentro de una capilla que se levantaba por aquellas cercanías. subió de un salto a la ventana del fondo y, de otro salto, estuvo enseguida afuera. El jabalí se abalanzó tras él en la capilla; pero ya el sastrecito había dado la vuelta y le cerraba la puerta de un golpe, con lo que la enfurecida bestia quedó prisionera, pues era demasiado torpe y pesada para saltar a su vez por la ventana. El sastrecito se apresuró a llamar a los cazadores, para que la contemplasen con sus propios ojos.

El rey tuvo ahora que cumplir su promesa y le dio la mano de su hija y la mitad del reino, agregándole: «Ya eres mi heredero al trono».

Se celebró la boda con gran esplendor, y allí fue que se convirtió en todo un rey el sastrecito valiente.

La bella durmiente

Hace muchos años vivían un rey y una reina quienes cada día decían: "¡Ah, si al menos tuviéramos un hijo!" Pero el hijo no llegaba. Sin embargo, una vez que la reina tomaba un baño, una rana saltó del agua a la tierra, y le dijo: "Tu deseo será realizado y antes de un año, tendrás una hija."

Lo que dijo la rana se hizo realidad, y la reina tuvo una niña tan preciosa que el rey no podía ocultar su gran dicha, y ordenó una fiesta. Él no solamente invitó a sus familiares, amigos y conocidos, sino también a un grupo de hadas, para que ellas fueran amables y generosas

con la niña. Eran trece estas hadas en su reino, pero solamente tenía doce platos de oro para servir en la cena, así que tuvo que prescindir de una de ellas.

La fiesta se llevó a cabo con el máximo esplendor, y cuando llegó a su fin, las hadas fueron obsequiando a la niña con los mejores y más portentosos regalos que pudieron: una le regaló la Virtud, otra la Belleza, la siguiente Riquezas, y así todas las demás, con todo lo que alguien pudiera desear en el mundo.

Cuando la décimoprimer de ellas había dado sus obsequios, entró de pronto la décimotercera. Ella quería vengarse por no haber sido invitada, y sin ningún aviso, y sin mirar a nadie, gritó con voz bien fuerte: "¡La hija del rey, cuando cumpla sus quince años, se punzará con un huso de hilar, y caerá muerta inmediatamente!" Y sin más decir, dio media vuelta y abandonó el salón.

Todos quedaron atónitos, pero la duodécima, que aún no había anunciado su obsequio, se puso al frente, y aunque no podía evitar la malvada sentencia, sí podía disminuirla, y dijo: "¡Ella no morirá, pero entrará en un profundo sueño por cien años!"

El rey trataba por todos los medios de evitar aquella desdicha para la joven. Dio órdenes para que toda máquina hilandera o huso en el reino fuera destruido. Mientras tanto, los regalos de las otras doce hadas, se cumplían plenamente en aquella joven. Así ella era hermosa, modesta, de buena naturaleza y sabia, y cuanta persona la conocía, la llegaba a querer profundamente.

Sucedió que en el mismo día en que cumplía sus quince años, el rey y la reina no se encontraban en casa, y la doncella estaba sola en palacio. Así que ella fue recorriendo todo sitio que pudo, miraba las habitaciones y los dormitorios como ella quiso, y al final llegó a una vieja torre. Ella subió por las angostas escaleras de caracol hasta llegar a una pequeña puerta. Una vieja llave estaba en la cerradura, y cuando la giró, la puerta súbitamente se abrió. En el cuarto estaba una anciana sentada frente a un huso, muy ocupada hilando su lino.

"Buen día, señora," dijo la hija del rey, "¿Qué haces con eso?" - "Estoy hilando," dijo la anciana, y movió su cabeza.

"¿Qué es esa cosa que da vueltas sonando tan lindo?" dijo la joven.

Y ella tomó el huso y quiso hilar también. Pero nada más había tocado el huso, cuando el mágico decreto se cumplió, y ella se punzó el dedo con él.

En cuanto sintió el pinchazo, cayó sobre una cama que estaba allí, y entró en un profundo sueño. Y ese sueño se hizo extensivo para todo el territorio del palacio. El rey y la reina quienes estaban justo llegando a casa, y habían entrado al gran salón, quedaron dormidos, y toda la corte con ellos. Los caballos también se durmieron en el establo, los perros en el

césped, las palomas en los aleros del techo, las moscas en las paredes, incluso el fuego del hogar que bien flameaba, quedó sin calor, la carne que se estaba asando paró de asarse, y el cocinero que en ese momento iba a jalarle el pelo al joven ayudante por haber olvidado algo, lo dejó y quedó dormido. El viento se detuvo, y en los árboles cercanos al castillo, ni una hoja se movía.

Pero alrededor del castillo comenzó a crecer una red de espinos, que cada año se hacían más y más grandes, tanto que lo rodearon y cubrieron totalmente, de modo que nada de él se veía, ni siquiera una bandera que estaba sobre el techo. Pero la historia de la bella durmiente "Preciosa Rosa", que así la habían llamado, se corrió por toda la región, de modo que de tiempo en tiempo hijos de reyes llegaban y trataban de atravesar el muro de espinos queriendo alcanzar el castillo. Pero era imposible, pues los espinos se unían tan fuertemente como si tuvieran manos, y los jóvenes eran atrapados por ellos, y sin poderse liberar, obtenían una miserable muerte.

Y pasados cien años, otro príncipe llegó también al lugar, y oyó a un anciano hablando sobre la cortina de espinos, y que se decía que detrás de los espinos se escondía una bellísima princesa, llamada Preciosa Rosa, quien ha estado dormida por cien años, y que también el rey, la reina y toda la corte se durmieron por igual. Y además había oído de su abuelo, que muchos hijos de reyes habían venido y tratado de atravesar el muro de espinos, pero quedaban pegados en ellos y tenían una muerte sin piedad. Entonces el joven príncipe dijo:

- "No tengo miedo, iré y veré a la bella Preciosa Rosa." -

El buen anciano trató de disuadirlo lo más que pudo, pero el joven no hizo caso a sus advertencias.

Pero en esa fecha los cien años ya se habían cumplido, y el día en que Preciosa Rosa debía despertar había llegado. Cuando el príncipe se acercó a donde estaba el muro de espinos, no había otra cosa más que bellísimas flores, que se apartaban unas de otras de común acuerdo, y dejaban pasar al príncipe sin herirlo, y luego se juntaban de nuevo detrás de él como formando una cerca.

En el establo del castillo él vio a los caballos y en los céspedes a los perros de caza con pintas yaciendo dormidos, en los aleros del techo estaban las palomas con sus cabezas bajo sus alas. Y cuando entró al palacio, las moscas estaban dormidas sobre las paredes, el cocinero en la cocina aún tenía extendida su mano para regañar al ayudante, y la criada estaba sentada con la gallina negra que tenía lista para desplumar.

Él siguió avanzando, y en el gran salón vio a toda la corte yaciendo dormida, y por el trono estaban el rey y la reina.

Entonces avanzó aún más, y todo estaba tan silencioso que un respiro podía oírse, y por fin llegó hasta la torre y abrió la puerta del pequeño cuarto donde Preciosa Rosa estaba



dormida. Ahí yacía, tan hermosa que él no podía mirar para otro lado, entonces se detuvo y la besó. Pero tan pronto la besó, Preciosa Rosa abrió sus ojos y despertó, y lo miró muy dulcemente.

Entonces ambos bajaron juntos, y el rey y la reina despertaron, y toda la corte, y se miraban unos a otros con gran asombro. Y los caballos en el establo se levantaron y se sacudieron. Los perros cazadores saltaron y menearon sus colas, las palomas en los aleros del techo sacaron sus cabezas de debajo de las alas, miraron alrededor y volaron al cielo abierto. Las moscas de la pared revolotearon de nuevo. El fuego del hogar alzó sus llamas y cocinó la carne, y el cocinero le jaló los pelos al ayudante de tal manera que hasta gritó, y la criada desplumó la gallina dejándola lista para el cocido.

Días después se celebró la boda del príncipe y Preciosa Rosa con todo esplendor, y vivieron muy felices hasta el fin de sus vidas.

El flautista de Hamelin

Había una vez...

...Una pequeña ciudad al norte de Alemania, llamada Hamelin. Su paisaje era placentero y su belleza era exaltada por las riberas de un río ancho y profundo que surcaba por allí. Y sus habitantes se enorgullecían de vivir en un lugar tan apacible y pintoresco.

Pero... un día, la ciudad se vio atacada por una terrible plaga: ¡Hamelin estaba lleno de ratas!

Había tantas y tantas que se atrevían a desafiar a los perros, perseguían a los gatos, sus enemigos de toda la vida;

se subían a las cunas para morder a los niños allí dormidos y hasta robaban enteros los quesos de las despensas para luego comérselos, sin dejar una miguita. ¡Ah!, y además... Metían los hocicos en todas las comidas, husmeaban en los cucharones de los guisos que

estaban preparando los cocineros, roían las ropas domingueras de la gente, practicaban agujeros en los costales de harina y en los barriles de sardinas saladas, y hasta pretendían trepas por las anchas faldas de las charlatanas mujeres reunidas en la plaza, ahogando las voces de las pobres asustadas con sus agudos y desafinados chillidos.

¡La vida en Hamelin se estaba tornando insoportable!

...Pero llegó un día en que el pueblo se hartó de esta situación. Y todos, en masa, fueron a congregarse frente al Ayuntamiento.

¡Qué exaltados estaban todos!

No hubo manera de calmar los ánimos de los allí reunidos.

-¡Abajo el alcalde! - gritaban unos.

-¡Ese hombre es un pelele! - decían otros.

-¡Que los del Ayuntamiento nos den una solución! - exigían los de más allá.

Con las mujeres la cosa era peor.

- Pero, ¿qué se creen? - vociferaban -. ¡Busquen el modo de librarnos de la plaga de las ratas! ¡O hallan el remedio de terminar con esta situación o los arrastraremos por las calles! ¡Así lo haremos, como hay Dios!

Al oír tales amenazas, el alcalde y los concejales quedaron consternados y temblando de miedo.

¿Qué hacer?

Una larga hora estuvieron sentados en el salón de la alcaldía discutiendo en la forma de lograr atacar a las ratas. Se sentían tan preocupados, que no encontraban ideas para lograr una buena solución contra la plaga.

Por fin, el alcalde se puso de pie para exclamar:

-¡Lo que yo daría por una buena ratonera!

Apenas se hubo extinguido el eco de la última palabra, cuando todos los reunidos oyeron algo inesperado. En la puerta del Concejo Municipal sonaba un ligero repiqueteo.

-¡Dios nos ampare! - gritó el alcalde, lleno de pánico -. Parece que se oye el roer de una rata. ¿Me habrán oído?

Los ediles no respondieron, pero el repiqueteo siguió oyéndose.

-¡Pase adelante el que llama! - vociferó el alcalde, con voz temblorosa y dominando su terror.

Y entonces entró en la sala el más extraño personaje que se puedan imaginar.

Llevaba una rara capa que le cubría del cuello a los pies y que estaba formada por recuadros negros, rojos y amarillos. Su portador era un hombre alto, delgado y con agudos ojos azules, pequeños como cabezas de alfiler. El pelo le caía lacio y era de un amarillo claro, en contraste con la piel del rostro que aparecía tostada, ennegrecida por las inclemencias del tiempo. Su cara era lisa, sin bigotes ni barbas; sus labios se contraían en una sonrisa que dirigía a unos y otros, como si se hallara entre grandes amigos.

Alcalde y concejales le contemplaron boquiabiertos, pasmados ante su alta figura y cautivados, a la vez, por su estrambótico atractivo.

El desconocido avanzó con gran simpatía y dijo:

- Perdonen, señores, que me haya atrevido a interrumpir su importante reunión, pero es que he venido a ayudarlos. Yo soy capaz, mediante un encanto secreto que poseo, de atraer hacia mi persona a todos los seres que viven bajo el sol. Lo mismo da si se arrastran sobre el suelo que si nadan en el agua, que si vuelan por el aire o corran sobre la tierra. Todos ellos me siguen, como ustedes no pueden imaginárselo.

Principalmente, uso de mi poder mágico con los animales que más daño hacen en los pueblos, ya sean topos o sapos, víboras o lagartijas. Las gentes me conocen como el Flautista Mágico.

En tanto lo escuchaban, el alcalde y los concejales se dieron cuenta que en torno al cuello lucía una corbata roja con rayas amarillas, de la que pendía una flauta.

También observaron que los dedos del extraño visitante se movían inquietos, al compás de sus palabras, como si sintieran impaciencia por alcanzar y tañer el instrumento que colgaba sobre sus raras vestiduras.

El flautista continuó hablando así:

- Tengan en cuenta, sin embargo, que soy hombre pobre. Por eso cobro por mi trabajo. El año pasado libré a los habitantes de una aldea inglesa, de una monstruosa invasión de murciélagos, y a una ciudad asiática le saqué una plaga de mosquitos que los mantenía a todos enloquecidos por las picaduras.

Ahora bien, si los libro de la preocupación que los molesta, ¿me darían un millar de florines?
-¿Un millar de florines? ¡Cincuenta millares!- respondieron a una el asombrado alcalde y el concejo entero.

Poco después bajaba el flautista por la calle principal de Hamelin. Llevaba una fina sonrisa en sus labios, pues estaba seguro del gran poder que dormía en el alma de su mágico instrumento.

De pronto se paró. Tomó la flauta y se puso a soplarla, al mismo tiempo que guiñaba sus ojos de color azul verdoso. Chispeaban como cuando se espolvorea sal sobre una llama.

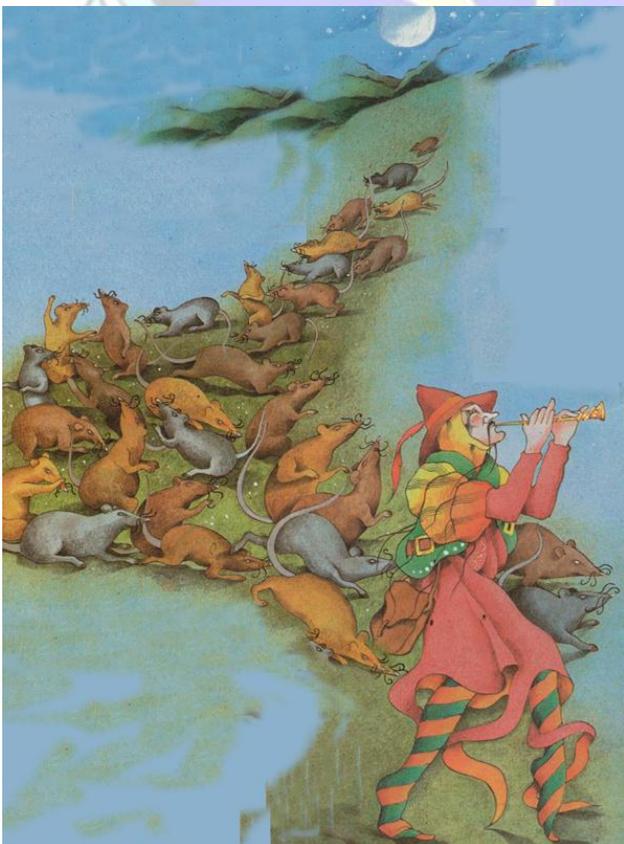
Arrancó tres vivísimas notas de la flauta.

Al momento se oyó un rumor. Pareció a todas las gentes de Hamelin como si lo hubiese producido todo un ejército que despertase a un tiempo. Luego el murmullo se transformó en ruido y, finalmente, éste creció hasta convertirse en algo estruendoso.

¿Y saben lo que pasaba? Pues que de todas las casas empezaron a salir ratas. Salían a torrentes. Lo mismo las ratas grandes que los ratones chiquitos; igual los roedores flacuchos que los gordinflones. Padres, madres, tías y primos ratoniles, con sus tiesas colas y sus punzantes bigotes. Familias enteras de tales bichos se lanzaron en pos del flautista, sin reparar en charcos ni hoyos.

Y el flautista seguía tocando sin cesar, mientras recorría calle tras calle. Y en pos iba todo el ejército ratonil danzando sin poder contenerse. Y así bailando, bailando llegaron las ratas al río, en donde fueron cayendo todas, ahogándose por completo.

Sólo una rata logró escapar. Era una rata muy fuerte que nadó contra la corriente y pudo llegar a la otra orilla. Corriendo sin parar fue a llevar la triste nueva de lo sucedido a su país natal, Ratilandia.



Una vez allí contó lo que había sucedido.
- Igual les hubiera sucedido a todas ustedes. En cuanto llegaron a mis oídos las primeras notas de aquella flauta no pude resistir el deseo de seguir su música. Era como si ofreciesen todas las golosinas que encandilan a una rata. Imaginaba tener al alcance todos los mejores bocados; me parecía una voz que me invitaba a comer a dos carrillos, a roer cuanto quería, a pasarme noche y día en eterno banquete, y que me incitaba dulcemente, diciéndome: “¡Anda, atrévete!” Cuando recuperé la noción de la realidad estaba en el río y a punto de ahogarme como las demás.

¡Gracias a mi fortaleza me he salvado!

Esto asustó mucho a las ratas que se apresuraron a esconderse en sus agujeros. Y, desde luego, no volvieron más a Hamelin.

¡Había que ver a las gentes de Hamelin!

Cuando comprobaron que se habían librado de la plaga que tanto les había molestado,

echaron al vuelo las campanas de todas las iglesias, hasta el punto de hacer retremblar los campanarios.

El alcalde, que ya no temía que le arrastraran, parecía un jefe dando órdenes a los vecinos:

-¡Vamos! ¡Busquen palos y ramas! ¡Hurguen en los nidos de las ratas y cierren luego las entradas! ¡Llamen a carpinteros y albañiles y procuren entre todos que no quede el menor rastro de las ratas!

Así estaba hablando el alcalde, muy ufano y satisfecho. Hasta que, de pronto, al volver la cabeza, se encontró cara a cara con el flautista mágico, cuya arrogante y extraña figura se destacaba en la plaza-mercado de Hamelin.

El flautista interrumpió sus órdenes al decirle:

- Creo, señor alcalde, que ha llegado el momento de darme mis mil florines.
¡Mil florines! ¡Qué se pensaba! ¡Mil florines!

El alcalde miró hoscamente al tipo extravagante que se los pedía. Y lo mismo hicieron sus compañeros de corporación, que le habían estado rodeando mientras mandoteaba.

¿Quién pensaba en pagar a semejante vagabundo de la capa coloreada?

-¿Mil florines... ?- dijo el alcalde -. ¿Por qué?

- Por haber ahogado las ratas - respondió el flautista.

-¿Que tú has ahogado las ratas? - exclamó con fingido asombro la primera autoridad de Hamelin, haciendo un guiño a sus concejales -. Ten muy en cuenta que nosotros trabajamos siempre a la orilla del río, y allí hemos visto, con nuestros propios ojos, cómo se ahogaba aquella plaga. Y, según creo, lo que está bien muerto no vuelve a la vida. No vamos a regatearte un trago de vino para celebrar lo ocurrido y también te daremos algún dinero para rellenar tu bolsa. Pero eso de los mil florines, como te puedes figurar, lo dijimos en broma. Además, con la plaga hemos sufrido muchas pérdidas... ¡Mil florines! ¡Vamos, vamos...! Toma cincuenta.

El flautista, a medida que iba escuchando las palabras del alcalde, iba poniendo un rostro muy serio. No le gustaba que lo engañaran con palabras más o menos melosas y menos con que se cambiase el sentido de las cosas.

-¡No diga más tonterías, alcalde! – exclamó -. No me gusta discutir. Hizo un pacto conmigo, ¡cúmplalo!

-¿Yo? ¿Yo, un pacto contigo? - dijo el alcalde, fingiendo sorpresa y actuando sin ningún remordimiento pese a que había engañado y estafado al flautista.

Sus compañeros de corporación declararon también que tal cosa no era cierta.

El flautista advirtió muy serio:

-¡Cuidado! No sigan excitando mi cólera porque darán lugar a que toque mi flauta de modo muy diferente.

Tales palabras enfurecieron al alcalde.

-¿Cómo se entiende? – bramó -. ¿Piensas que voy a tolerar tus amenazas? ¿Que voy a consentir en ser tratado peor que un cocinero? ¿Te olvidas que soy el alcalde de Hamelin? ¿Qué te has creído?

El hombre quería ocultar su falta de formalidad a fuerza de gritos, como siempre ocurre con los que obran de este modo.

Así que siguió vociferando:

-¡A mí no me insulta ningún vago como tú, aunque tenga una flauta mágica y unos ropajes como los que tú luces!

-¡Se arrepentirán!

-¿Aun sigues amenazando, pícaro vagabundo?- aulló el alcalde, mostrando el puño a su interlocutor -. ¡Haz lo que te parezca, y sopla la flauta hasta que revientes!

El flautista dio media vuelta y se marchó de la plaza.

Empezó a andar por una calle abajo y entonces se llevó a los labios la larga y bruñida caña de su instrumento, del que sacó tres notas. Tres notas tan dulces, tan melodiosas, como jamás músico alguno, ni el más hábil, había conseguido hacer sonar.

Eran arrebatadoras, encandilaban al que las oía.

Se despertó un murmullo en Hamelin. Un susurro que pronto pareció un alboroto y que era producido por alegres grupos que se precipitaban hacia el flautista, atropellándose en su apresuramiento.

Numerosos piecitos corrían batiendo el suelo, menudos zuecos repiqueteaban sobre las losas, muchas manitas palmoteaban y el bullicio iba en aumento. Y como pollos en un gran gallinero, cuando ven llegar al que les trae su ración de cebada, así salieron corriendo de casas y palacios, todos los niños, todos los muchachos y las jovencitas que los habitaban, con sus rosadas mejillas y sus rizos de oro, sus chispeantes ojitos y sus dienteitos semejantes a perlas. Iban tropezando y saltando, corriendo gozosamente tras del maravilloso músico, al que acompañaban con su vocerío y sus carcajadas.

El alcalde enmudeció de asombro y los concejales también.

Quedaron inmóviles como tarugos, sin saber qué hacer ante lo que estaban viendo. Es más, se sentían incapaces de dar un solo paso ni de lanzar el menor grito que impidiese aquella escapatoria de los niños.

No se les ocurrió otra cosa que seguir con la mirada, es decir, contemplar con muda estupidez, la gozosa multitud que se iba en pos del flautista.

Sin embargo, el alcalde salió de su pasmo y lo mismo les pasó a los concejales cuando vieron que el mágico músico se internaba por la calle Alta camino del río.

¡Precisamente por la calle donde vivían sus propios hijos e hijas!

Por fortuna, el flautista no parecía querer ahogar a los niños. En vez de ir hacia el río, se encaminó hacia el sur, dirigiendo sus pasos hacia la alta montaña, que se alzaba próxima. Tras él siguió, cada vez más presurosa, la menuda tropa.

Semejante ruta hizo que la esperanza levantara los oprimidos pechos de los padres. -¡Nunca podrá cruzar esa intrincada cumbre! - se dijeron las personas mayores -. Además, el cansancio le hará soltar la flauta y nuestros hijos dejarán de seguirlo.

Mas he aquí que, apenas empezó el flautista a subir la falda de la montaña, las tierras se agrietaron y se abrió un ancho y maravilloso portalón. Pareció como si alguna potente y misteriosa mano hubiese excavado repentinamente una enorme gruta. Por allí penetró el flautista, seguido de la turba de chiquillos. Y así que el último de ellos hubo entrado, la fantástica puerta desapareció en un abrir y cerrar de ojos, quedando la montaña igual que como estaba.

Sólo quedó fuera uno de los niños. Era cojo y no pudo acompañar a los otros en sus bailes y corridas. A él acudieron el alcalde, los concejales y los vecinos, cuando se les pasó el susto ante lo ocurrido. Y lo hallaron triste y cariacontecido.

Como le reprocharon que no se sintiera contento por haberse salvado de la suerte de sus compañeros, replicó:

-¿Contento? ¡Al contrario! Me he perdido todas las cosas bonitas con que ahora se estarán recreando. También a mí me las prometió el flautista con su música, si le seguía; pero no pude.

-¿Y qué les prometía? - preguntó su padre, curioso.

- Dijo que nos llevaría a todos a una tierra feliz, cerca de esta ciudad donde abundan los manantiales cristalinos y se multiplican los árboles frutales, donde las flores se colorean con matices más bellos, y todo es extraño y nunca visto. Allí los gorriones brillan con colores más hermosos que los de nuestros pavos reales; los perros corren más que los gamos de por aquí. Y las abejas no tienen aguijón, por lo que no hay miedo que nos hieran al arrebatarnos la miel. Hasta los caballos son extraordinarios: nacen con alas de águila.

- Entonces, si tanto te cautivaba, ¿por qué no lo seguiste?

- No pude, por mi pierna enferma- se dolió el niño -. Cesó la música y me quedé inmóvil. Cuando me di cuenta que esto me pasaba, vi que los demás habían desaparecido por la colina, dejándome solo contra mi deseo.

¡Pobre ciudad de Hamelin! ¡Cara pagaba su avaricia!

El alcalde mandó gentes a todas partes con orden de ofrecer al flautista plata y oro con que rellenar sus bolsillos, a cambio de que volviese trayendo los niños.

Cuando se convencieron de que perdían el tiempo y de que el flautista y los niños habían partido para siempre, ¡cuánto dolor experimentaron las gentes! ¡Cuántas lamentaciones y lágrimas! ¡Y todo por no cumplir con el pacto establecido!

Para que todos recordasen lo sucedido, el lugar donde vieron desaparecer a los niños lo titularon Calle del Flautista Mágico. Además, el alcalde ordenó que todo aquel que se atreviese a tocar en Hamelin una flauta o un tamboril, perdiera su ocupación para siempre. Prohibió, también, a cualquier hostería o mesón que en tal calle se instalase, profanar con fiestas o algazaras la solemnidad del sitio.

Luego fue grabada la historia en una columna y la pintaron también en el gran ventanal de la iglesia para que todo el mundo la conociese y recordasen cómo se habían perdido aquellos niños de Hamelin.



Los viajes de Gulliver

LOS VIAJES DE GULLIVER - LILIPUT

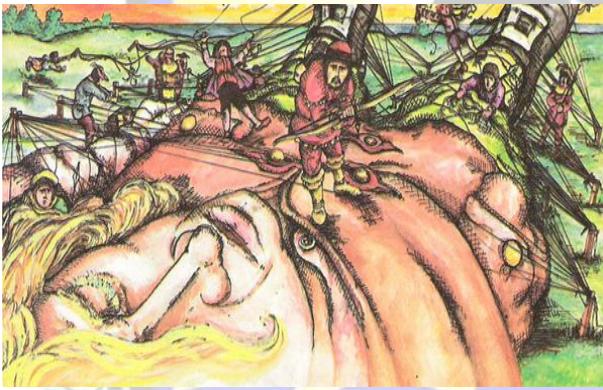
Érase una vez un hombre que se llamaba Gulliver. Era médico de un barco y a menudo emprendía viajes que le llevaban a tierras muy lejanas. En uno de esos viajes, a bordo del mercante Antílope, no podía ni imaginar cuán lejos le llevaría el barco ni qué asombrosas aventuras le aguardaban.

Después de muchos meses navegando, el barco se acercó a las costas de una tierra desconocida. De pronto estalló una terrible tormenta y el viento arrojó al Antílope contra las rocas. Inmediatamente, el barco se partió en dos. Antes de que se hundiera, los tripulantes, aterrados, se tiraron por la borda. Sólo Gulliver consiguió nadar a través del furioso oleaje y llegar a tierra sano y salvo. Los otros marineros se ahogaron todos.

Una vez fuera del agua, Gulliver se arrastró por la playa. Luego, completamente agotado, quedó sumido en un profundo sueño. Al despertar, sin idea de cuánto tiempo había estado durmiendo, el sol brillaba intensamente en sus ojos. Soltó un gemido e intentó estirarse, pero comprobó horrorizado que no podía moverse. ¡Tenía los brazos, las piernas y la espesa cabellera firmemente sujetos al suelo!

Entonces sintió que algo le subía por la pierna. Levantó la cabeza cuanto pudo y vio a un diminuto personaje -no mayor que su dedo meñique- caminando sobre su pecho. Luego vio con asombro que al menos otros cuarenta hombrecillos trepaban por todo el cuerpo ¡armados con pequeños arcos y flechas!

Lanzando un enorme grito, Gulliver trató de liberarse. Rugió tan violentamente que muchos de los hombrecillos que se habían encaramado a él cayeron al suelo; los otros salieron huyendo. Pero al ver que Gulliver no podía soltarse, se volvieron y le lanzaron una lluvia de flechas, tan pequeñas y afiladas como agujas.



—¡Ay! ¡Ay! -exclamó Gulliver al sentir las flechas que le herían en la cara. Más tarde, otra rociada de flechas le dio en el pecho .y en las manos. Retorciéndose de dolor, Gulliver trató desesperadamente de romper los miles de hilos que le sujetaban al suelo.

Pero era inútil luchar: las ligaduras eran demasiado fuertes. Por fin, Gulliver se dio por vencido. Permaneció tendido en silencio y poco a poco le fue venciendo el sueño. Al cabo de un

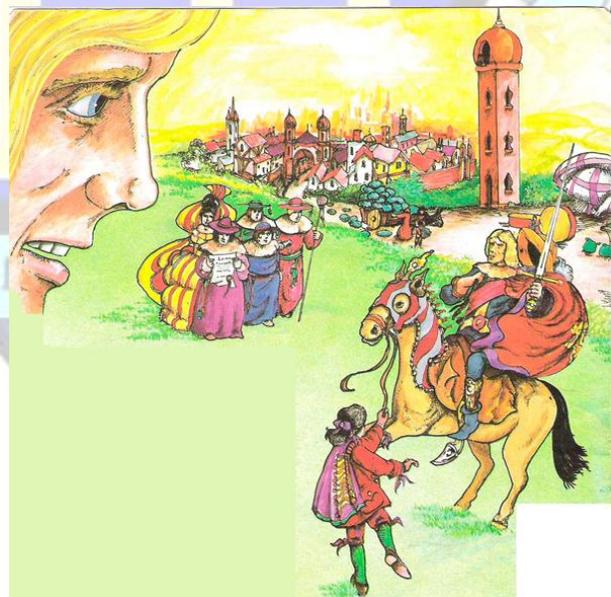
rato le despertó el ruido de martillazos. Volviendo otra vez la cabeza cuanto pudo, vio que junto a él habían construido una pequeña plataforma de madera y un hombrecillo, elegantemente vestido, se encaramaba a ella lentamente.

-¡Hilo bigismo ad poples Liliput! Ig Golbasto magnifelus Emperoribory... -gritó el hombrecillo al oído de Gulliver.

Gulliver le respondió: -No comprendo. ¿Dice usted que su país se llama Liliput?

Gulliver trató de hacerle entender al hombrecillo que estaba hambriento y sediento. Pero cuando le trajeron una bebida, ¡resultó estar drogada! Total que quedó dormido.

Mientras dormía, quinientos carpinteros e ingenieros construyeron una estrecha carreta de madera para trasladarlo a ver al emperador de Liliput. Fueron necesarios novecientos hombres armados con palos para colocarlo sobre la carreta y más de mil caballos para transportarlo a la ciudad.



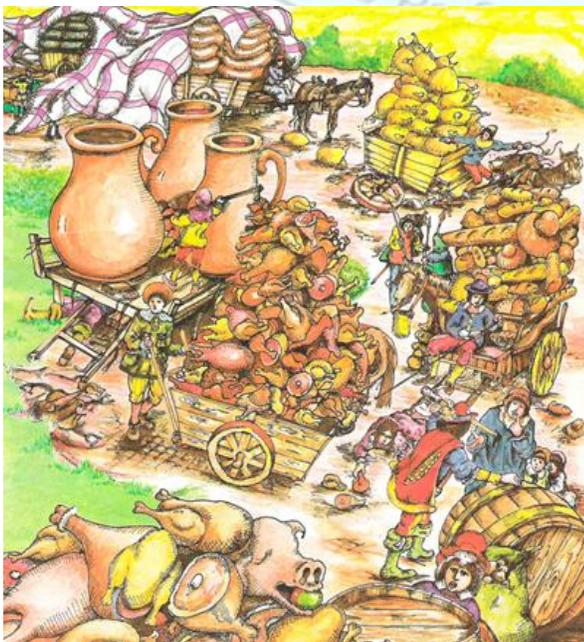
La procesión se detuvo a las afueras de la población, junto a las ruinas de un viejo templo. Allí fue trasladado Gulliver, donde le colocaron pesadas cadenas en las piernas aseguradas con cientos de candados.

Cuando se despertó, Gulliver comprobó que habían cortado todas las ligaduras que le sujetaban. Se levantó despacio y miró a su alrededor. Asombrado, vio a sus pies una ciudad entera en miniatura, con casas, calles y parques. Miles de personajillos le contemplaban con la boca abierta.

A cierta distancia de la muchedumbre había un magnífico caballo, sobre el cual iba sentado el emperador, de porte majestuoso. Más alto y bien parecido que el resto de la gente que había visto hasta entonces Gulliver, el emperador de Liliput lucía un casco de oro, incrustado con piedras preciosas y decorado con un airoso penacho. En su diestra sostenía una espada casi tan grande como él, con la empuñadura engarzada con brillantes. El caballo, al ver a Gulliver, se encabritó asustado; entonces el emperador desmontó y caminó majestuosamente en torno a los enormes pies de Gulliver.

Cerca del templo había una elevada torre, casi tan alta como el propio Gulliver y, con mucho, el edificio más alto de Liliput. El emperador y sus cortesanos subieron las escaleras de la torre para ver mejor a Gulliver. Luego se dirigieron a él a través de bocinas. Pero aunque Gulliver les habló en inglés, alemán, francés, español e italiano, aquéllos parecían no entender una palabra de lo que les decía, y él no lograba entenderles a ellos. El emperador bajó de la torre y dio unas palmadas. De inmediato le fueron llevadas al gigante veinte carretas repletas de carne y pan.

Al mirar a la multitud que había congregada a sus pies, Gulliver pudo distinguir a las damas de la corte por sus lujosos ropajes. Cuando se inclinaron ante él con una reverencia, sus mantos de raso y las colas plateadas lanzaban destellos. Eran todas tan bonitas que Gulliver sintió deseos de tomar a una en sus manos para examinar "más de cerca sus diminutos vestidos. Pero era demasiado educado para hacer semejante cosa.



Las elegantes damas de la corte parecían escandalizadas y se taparon los ojos cuando vieron a Gulliver tomar cada carreta una por una y engullir la comida que le habían ofrecido. Al verle tragar barriles enteros de vino algunas hasta se desmayaron.

Al fin terminó la visita real y Gulliver se quedó a solas en el templo..., a solas, exceptuando a los cientos de soldaditos que le custodiaban.

Pero no todos los habitantes de Liliput se sentían felices de tener a un gigante encadenado tan cerca de la población. Aquella noche, un grupo de hombres se deslizaron furtivamente entre los guardias y atacaron a Gulliver con sus flechas,



lanzas y cuchillos. Rápidamente fueron rodeados por la guardia personal del emperador, que les ataron las manos a la espalda. Con el puño de su afilada lanza, el capitán de la guardia fue empujando a los atacantes más y más cerca de las manos extendidas de Gulliver, al tiempo que parecía decir:

-Han intentado matarte, gigante. ¡Encárgate tú de ellos!

Gulliver tomó en sus manos a sus atacantes y se metió a cinco en el bolsillo. Al sexto lo sostuvo frente a su boca abierta como si fuera a tragárselo. ¡Cómo gritaba y chillaba aquel hombrecillo!

Pero Gulliver lo depositó suavemente en el suelo y luego colocó a los otros cinco junto a él. Rápidos como el rayo, todos salieron corriendo tan deprisa como se lo permitían sus piernecillas.

Toda Lilibut estaba asombrada de la benevolencia mostrada por Gulliver hacia los hombres que habían intentado matarlo y corrieron a darle la noticia al emperador. Todos los ministros de Estado se hallaban reunidos en la corte para discutir lo que había de hacerse con el extraño gigante que las olas habían arrojado a la playa de Lilibut.

-¡Ehg, likibugal bigismo avidaly! -dijo el emperador, lo cual significaba: "está claro que es un gigante amigable, no hay nada que temer". Pero Gulliver se sentía muy solo encadenado en el templo y deseaba poder huir y volver a su casa junto a su esposa y sus hijos.

Al descubrir que Gulliver no quería hacerles ningún daño y que era un hombre pacífico y amable, la gente de Lilibut lo desató y lo dejó en libertad.

—Pero debes dar vuelta a tus bolsillos —dijo el emperador— para asegurarnos de que no llevas armas peligrosas.

Gulliver, que ya entendía algunas palabras del idioma lilibutiense, se vació los bolsillos y colocó sus pertenencias en el suelo. El emperador se sorprendió tanto de lo que vio que dejó que toda la gente de Lilibut se acercase a mirar aquellos objetos maravillosos.

—Ahora debes prometerme que vivirás en paz con todos los lilibutienses -dijo el emperador Golbasto— y que defenderás a Lilibut de sus enemigos.

—Me sorprende oír que tenéis enemigos, Majestad —dijo Gulliver, cortés.

—¡Oh, sí! Estamos en guerra con la gente de Blefuscu. ¿No lo sabías? Viven en una isla del

otro lado del mar.

Poniéndose de puntillas, Gulliver pudo ver la isla. En realidad, no estaba muy lejos: sólo un estrecho la separaba de Liliput.

El puerto de Blefuscu se encontraba al amparo de los acantilados de la isla, y en él había una flota de cincuenta barcos de guerra, que no eran más grandes que los barcos de juguete con los que había jugado Gulliver de pequeño.

—Traedme cincuenta barras de hierro —dijo Gulliver.

La gente de Liliput se esforzaba y sudaba bajo el peso de las cincuenta vigas. Eran del tamaño de un alfiler.

Gulliver las dobló una tras otra, transformándolas en anzuelos.

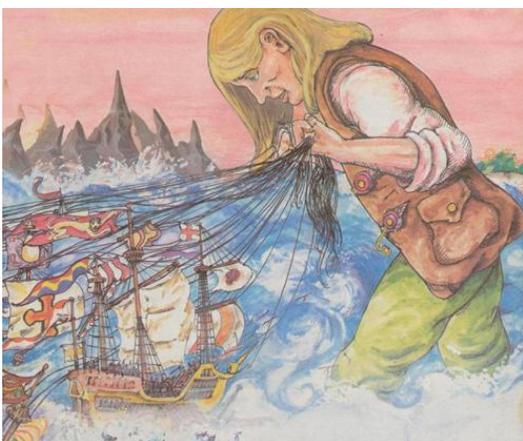
—Ahora traedme la cuerda más fuerte del país.

Los liliputienses le llevaron un fino hilo. Gulliver ató el hilo a los anzuelos y entró en el agua caminando.

Nadó unos minutos en dirección a Blefuscu. Al llegar a aguas poco profundas, Gulliver se puso en pie y caminó hacia la costa.

En la playa se habían reunido treinta mil soldados y marinos de Blefuscu, que iban a invadir Liliput. Pero la aparición de Gulliver, que surgió de las aguas, llenó sus treinta mil corazones de pánico.

—¡Giganticus! —gritaron, creyendo que Liliput había contratado a un horrible gigante para luchar contra ellos—. ¡Gentelilli enviagor ferrífero gigante! ¡Mató ranos!



Los marineros de las cincuenta naves de guerra se tiraron por la borda y escaparon nadando para salvarse. Los soldados arrojaron sus arcos y sus flechas, y huyeron a esconderse en las montañas del interior del país.

Gulliver se detuvo en la playa, sacó los hilos y los anzuelos que llevaba y los fue enganchando uno tras otro a la proa de todos los barcos del puerto. Cortó las cadenas de las anclas con su cortaplumas y, luego, tirando de los cincuenta hilos, sacó los barcos del puerto y los llevó a Liliput.

La gente de Liliput gritó hasta quedar ronca al ver a Gulliver acarreando la flota con las cincuenta cuerdecillas. Cuando llegó a tierra, le aclamaron.

—¡Tres hurras para el Hombre Montaña! Ha salvado a Liliput.

Gulliver llevó los barcos al Puerto Real y luego fue a visitar al emperador.

—Ahora explicadme —dijo, agachándose junto a palacio— ¿Por qué estáis en guerra con Blefuscu?

—¡Porque son muy malos! —contestó el emperador Golbasto, que aún bailaba de alegría por la noticia de la victoria—. ¡Comen los huevos pasados por agua agujereando la parte redonda! ¿Te lo imaginas? ¡Es una costumbre repugnante! Pero ahora los hemos derrotado y los obligaremos a comerlos por la parte puntiaguda.

Gulliver no podía creer lo que oía.

—¿Estáis en guerra por eso? De haberlo sabido, nunca os habría ayudado.

De repente, se sintió muy solo entre toda aquella gente. Tenía ganas de volver a casa.

Le daban mucha pena los blefuscus que había derrotado y decidió visitar la isla para disculparse. Cuando el emperador Golbasto se enteró de lo que había hecho, se puso furioso.

—¡Traición! ¡Es un traidor a Liliput! ¡Lo mataré! ¡Envenenad su bebida!

¡Incendiad su casa! ¡Probablemente en este momento esté comiendo un huevo por la parte redonda!

El primer ministro señaló que les era muy útil tener un gigante a su servicio.

—No creo que tengamos que matar al Hombre Montaña, Majestad.

-Bueno -replicó Golbasto—, en vez de eso, le arrancaré los ojos.

Enviaron al heraldo de la corte a anunciar el castigo. Gulliver acababa de volver de Blefuscu y se había echado al sol mientras se le secaban las ropas. El heraldo se detuvo junto a su oreja y tocó una rara trompeta.

-Oh, Hombre Montaña, extranjero y traidor —leyó en un pergamino—, el glorioso emperador Golbasto ha decidido perdonarte la vida.

Gulliver se puso de pie y miró al heraldo.

—Pero como has traicionado a la nación de Liliput, los arqueros reales te arrancarán los ojos con sus agudas flechas, mañana al mediodía. ¡Dios salve a Golbasto!

Gulliver recogió sus escasas pertenencias y atravesó corriendo la ciudad hasta el puerto. Allí se encontraba el galeón real de Golbasto, que era el barco más grande de toda la flota liliputiense.

Cargó su chaqueta, su pistola y su sombrero en el galeón, lo sacó del pequeño puerto y salió nadando al mar. No miró atrás ni una sola vez; lo único que oía era el sonido de las olas a su alrededor.

Después de un rato, trepó al galeón. Era del tamaño de una cuna y se veía obligado a sacar los brazos y las piernas por el borde. El viento y la corriente del agua lo llevaron a través del océano. Arrullado por el suave movimiento del galeón, Gulliver cayó en un profundo sueño.

Entonces, desde lo alto del palo mayor de un barco mercante, un marinero descubrió el galeón con su catalejos.

Primero pensó que era un barril que había caído al mar, pero después vio a Gulliver.

En seguida despacharon un bote para recogerle.

Gulliver dio las gracias al capitán por haberle salvado; con el galeón bajo el brazo, descendió a su camarote. ¡Por primera vez en varios meses, iba a dormir en una cama! Durante el largo viaje a casa, se sentó todas las noches a cenar en la mesa del capitán y le contó sus extraordinarias aventuras en Liliput.





El cóndor de fuego

Hace mucho tiempo, un hombrecillo llamado Inocencio, que era tan bueno y candoroso como su nombre, trabajaba en los fértiles valles de Pozo Amarillo, en plenos Andes.

Cerca de Inocencio, vivía otro hombre de nombre Rufián. Rufián, al contrario de Inocencio, era un hombre ambicioso y malvado.

Una tarde que Inocencio volvía de su trabajo, encontró caída junto a una roca a una pobre india vieja que se quejaba de terribles dolores.

—¡Pobre anciana! —exclamó nuestro hombre, y levantándola del suelo, se la llevó a su choza, donde la atendió lo mejor que pudo.



Los ojos de la india se abrieron y se fijaron en Inocencio con gratitud.

—Eres muy bueno, hermanito —suspiró—, ¡tú has sido el único hombre que, al pasar por el camino, se ha apiadado de la pobre Quitral y la ha recogido! ¡Por tu bondad, mereces ser feliz y tener riquezas que puedas repartir entre los necesitados! ¡Yo te las daré!

—¿Tú? Una pobre india...

—Yo siempre he vivido miserablemente —contestó la anciana— más poseo el secreto de la

cumbre y sé dónde anida el codiciado Cóndor de Fuego.

—¡El Cóndor de Fuego! —exclamó Inocencio, con el mayor estupor, al recordar una leyenda antiquísima que le habían narrado sus padres—, Dime... ¿Cómo es?

—¡Es un cóndor enorme y su plumaje es del rojo color de oro, como los rayos del sol! ¡Su guarida está sobre las nubes, en la cima más alta de nuestra cordillera! ¡Allí se encierran más riquezas que todas las que hoy existen en el mundo conocido!

Esos tesoros, por una tradición de mis antepasados, deberán caer en manos de un hombre bueno y generoso. ¡Ese hombre eres tú, Inocencio!

—Entonces... ¿me dirás dónde se encuentra el Cóndor de Fuego? —preguntó Inocencio.

—En el dedo meñique de mi mano derecha llevo un anillo con una piedra verde —contestó la india— y sobre mi pecho cuelga de una cadena una llavecita de oro. El anillo te servirá para que el Cóndor de Fuego te reconozca como su nuevo amo y te guíe hasta la entrada del tesoro... La pequeña llavecita es de un cofre que está enterrado en las laderas del Aconcagua, la enorme montaña de cúspide blanca, dentro de la cual encontrarás el secreto para entrar a los escondidos sitios donde se halla tanta riqueza. ¡Ya te lo he dicho todo! Me voy tranquila al lugar misterioso donde me esperan mis antepasados.

Y diciendo estas últimas palabras, la vieja india cerró los ojos para siempre.

Mucho lloró Inocencio la muerte de la anciana, y cumpliendo sus deseos la enterró junto a su cabaña, después de sacarle el anillo de la piedra verde y la llavecita que guardaba sobre su pecho.

Al día siguiente empezó su camino, en busca del Cóndor de Fuego.

Pero la desgracia rondaba al pobre Inocencio. El malvado Rufián, que había escuchado tras la puerta de la cabaña las palabras de la india, acuciado por una terrible sed de riquezas, no vaciló ni un segundo en arrojarle como un tigre furioso sobre el indefenso labrador, haciéndole caer desvanecido.

—¡Ahora seré yo quien encuentre tanta fortuna! —exclamó el temible Rufián al ver a Inocencio tendido a sus pies— ¡Seré inmensamente rico y así podré dominar al mundo con mi oro, aunque haya de sucumbir la mitad de la humanidad!

Rufián quitó el maravilloso talismán de la piedra verde a Inocencio, pero olvidó llevarse la pequeña llavecita.

Una tarde que cruzaba un valle solitario, escuchó sobre su cabeza el furioso ruido de unas enormes alas. Miró hacia los cielos y vio con asombro un monstruoso cóndor que desde lo alto lo contemplaba con sus ojos llameantes.

—¡Ahí está! —exclamó el malvado.

El fantástico animal era tremendo. Su cuerpo era cuatro veces mayor que los cóndores comunes y su plumaje, rojo oro, parecía sacado de un trozo de sol. Sus garras enormes y afiladas despedían fulgores deslumbrantes. Su pico alargado y rojo se abría de cuando en cuando, para dejar pasar un grito estridente que paralizaba a todos los seres vivientes de la montaña.



Rufián tembló al verlo, pero, repuesto en seguida, alzó la mano derecha y le mostró el precioso talismán de la piedra verde.

El Cóndor de Fuego, al contemplar la misteriosa alhaja, detuvo su vuelo de pronto y se quedó como prendido en el espacio. Después voló sobre Rufián y tomándolo suavemente entre sus enormes garras lo elevó hacia los cielos. El Cóndor lo transportó por los aires, en un viaje de varias horas, hasta que, casi a la caída del sol, descendió a gran velocidad sobre las mismas cumbres de la enorme montaña llamada del Aconcagua. Habían llegado.

—¡Ahí es! ¡Ya el tesoro es mío! -gritó el malvado—. ¡Ahora el mundo temblará ante mi poder sin límites!

En pocos pasos estuvo a la entrada de la misteriosa profundidad, pero... se encontró con que ésta se hallaba cerrada por una gran puerta de piedra.

—¿Cómo haré para abrirla? —se preguntó Rufián impaciente— ¡La haré saltar con la pólvora de mis armas!

Mientras preparaba los cartuchos, el Cóndor de Fuego lo contemplaba en silencio desde muy cerca, y sus ojos fulgurantes parecían desconfiar del nuevo poseedor de la alhaja.

Rufián, sin recordar al monstruo e impulsado por su codicia sin límites, prendió fuego a la mecha y muy pronto una terrible explosión conmovió la montaña.

Miles de piedras saltaron y la enorme puerta que defendía el tesoro cayó hecha trizas, dejando expedita la entrada a la misteriosa y oscura caverna.

—¡Es mío! ¡Es mío! —gritó el demente entre espantosas carcajadas. Pero una terrible sorpresa lo aguardaba.

El Cóndor de Fuego, el eterno guardián de los tesoros que indicara la india Quitral, al darse cuenta de que el poseedor de la piedra verde desconocía el secreto de la llave de oro, con un bramido que atronó el espacio, cayó sobre el intruso y elevándolo más allá de las nubes, lo dejó caer entre los agudos riscos de las montañas, en donde el cuerpo del malvado Rufián se estrelló, como castigo a su perversidad y codicia.

Desde entonces, el tesoro del Cóndor de Fuego ha quedado escondido para siempre en las nevadas alturas del Aconcagua y allí continuará, custodiado desde los cielos por el fantástico monstruo alado de plumaje rojo oro como los rayos del sol.

Los duendes y el zapatero





La mujer del zapatero dijo inquieta a su marido: -¿No puedes trabajar más rápido, querido?

El zapatero sonrió: -Claro que podría. Podría cortar el cuero con menos cuidado y dar puntadas más grandes. Pero quiero ofrecer a mis clientes lo mejor de lo mejor. Y eso lleva tiempo.

-Lo sé, querido, pero no queda dinero para comprar más cuero. Vas tan despacito que un par de zapatos te lleva dos días.



-Hago lo que puedo -respondió con tristeza el zapatero-. Mi vista no es tan buena como antes, y mis dedos ya no son tan ágiles.

El zapatero siguió con su lento y meticuloso trabajo. Y así, pronto se acabó el dinero y se terminaron el ante y las pieles para hacer zapatos. En la mesa sólo quedaba una tira de cuero. Su esposa le preguntó:

-¿Qué vamos a hacer mañana, cuando ya no quede cuero ni zapatos que vender?

El zapatero sonrió. -Mañana nos preocuparemos.

Pasó el día entero cortando un calzado con aquella última tira de cuero. Pensaba... "seguramente éste será el último par de zapatos que haré en mi vida, así que me gustaría que fuera el mejor".

Se fue a la cama dejando las plantillas ya cortadas en su mesa de trabajo.

-Qué pena que seamos pobres -le dijo a su mujer antes de dormirse.

-Tú ya haces lo que puedes -le consoló ella- No se puede pedir más.



A la mañana siguiente, el zapatero se limpió las gafas, enhebró la aguja y buscó los pedazos de cuero. Pero algo increíble había ocurrido. En el centro de la mesa había unos zapatos terminados, perfectos y brillantes hasta la última hebillas. Alguien los había acabado mientras él dormía.

-¡Fíjate qué maravilla! -exclamó, y se los mostró a su esposa-. ¡Mira qué hermosas puntadas! ¿Quién habrá hecho el trabajo?

Era un par de zapatos tan perfecto que lo vendieron por el doble de dinero. Aquel día el viejo zapatero pudo comprar otra tira de cuero y cortó dos pares de zapatos. De noche los dejó en la mesa y se fue a dormir mucho más

contento. A la mañana siguiente encontró los dos pares acabados hasta los mismos cordones con sus remates.

-¡Es una obra de arte! -dijo el zapatero a su mujer. Los zapatos se vendieron a un precio tan estupendo que esta vez pudo comprar cuero para cuatro pares. Por la noche unas manos misteriosas cosieron los cuatro pares.

-¡Qué magnífica hechura! -exclamaban los clientes. Y vinieron de muy lejos a comprarle zapatos. El zapatero vendió a las damas zapatillas de baile, en bonito terciopelo, y botas de montar, largas y relucientes, a los caballeros.

-¡Tenemos cuero para toda la vida! -dijo, feliz, la mujer del zapatero- ¡Y viene tanta gente a comprar esos zapatos que casi somos ricos!

Pero el zapatero estaba pensativo.

-¿No te gustaría saber quién nos ayuda por las noches? Ya es hora de que lo averigüemos.

Así que una noche fría, la víspera de Navidad, el zapatero dejó sobre la mesa el cuero cortado y se escondió con su mujer en un rincón.

Al dar la medianoche, seis duendecillos desnudos salieron uno tras otro de detrás del reloj. Subieron a la mesa y al momento se pusieron a coser y a martillar, a hacer nudos y a dar lustre. De cuando en cuando paraban para soplar las manos heladas, para calentarse los pies brincando en el suelo, o para acurrucarse unos contra otros y así combatir el frío del invierno. Tiritaban de la cabeza a los pies.

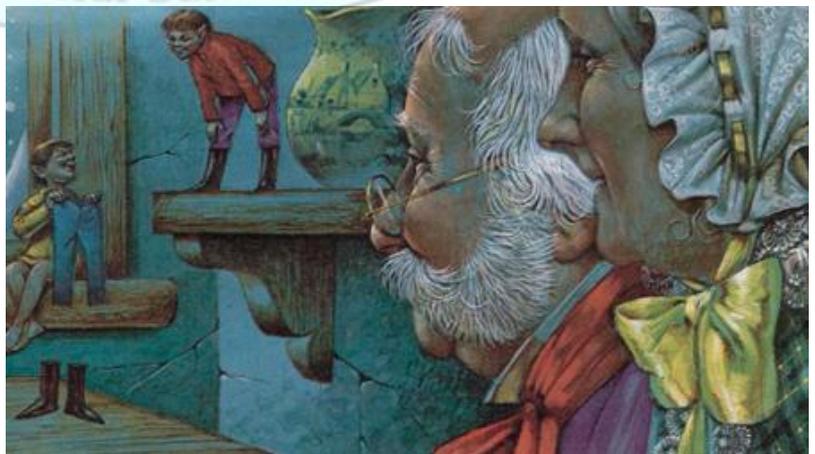
-Pobres criaturas -dijo la mujer- Tanto trabajar para nosotros y... no tienen ni siquiera una camisa y unas botas.

-Deberíamos hacerles un regalo para agradecerles sus servicios -respondió el zapatero.

Al día siguiente, muy temprano, su esposa empezó a coser camisas y pantalones de una tela abrigada y alegre. El zapatero sacó su aguja más fina y su cuero más blando e hizo un par de lindas botas para cada uno.

La noche de Navidad, pusieron sobre la mesa estos regalos y se escondieron en el rincón. Hacía un frío tremendo. Los duendecillos salieron tiritando y dando diente con diente; de sus bocas salían humaredas de aliento que se helaba en contacto con el aire. Al principio se quedaron asombrados al no encontrar cuero para coser. Pero luego vieron la ropa y comprendieron que era para ellos.

Se la pusieron y empezaron a bailotear, riendo y dando palmadas con las manos ya calientes gracias a sus nuevos guantes de lana.



-¡Se acabó el hacer zapatos! ¡Ahora somos gente elegante!

Y cantando y bailando salieron a la calle por la puerta de la tienda.

-Nos hemos quedado sin la ayuda de los duendecillos -dijo riendo la mujer del zapatero-.
¿Qué vas a hacer ahora que viene tanta gente a comprarte calzado?

-Sencillamente, haré todo lo mejor que pueda- respondió el zapatero.

- Seguro que sí, querido- dijo su mujer- como siempre.

Mi pequeño caracol



Cuando una mañana de domingo Marta se despertó, enseguida pensó en dar de comer a sus peces, la noche anterior estaba muy cansada y se fué a dormir enseguida. Con alegría se acercó a su pecera y con gran asombro descubrió que increíblemente se había metido un caracol en ella. Rápidamente llamó a su madre para que lo viera.

"Vaya qué pequeño es", dijo la mamá mientras miraba al pequeño caracol de agua. "Sólo un punto negro."

"Seguro que crece y se hace muy grande", dijo Marta y bajo corriendo a desayunar. Por la noche y antes de acostarse encendió la luz de su tanque de

peces.

Vio los peces de colores naranja que eran grandes y gordos, que estaban dormitando en el interior del arco de piedra. Mandíbulas estaba despierto, y nadaba a lo largo de la parte delantera del depósito moviendo rápidamente la cola y haciendo que en el agua se formara espuma y muchas burbujas. Tardó Marta un tiempo en encontrar al pequeño caracol y lo encontró pegado en la parte inferior del acuario, justo al lado de la grava.

Cuando llegó al cole al día siguiente contó a todas sus amigas el descubrimiento del caracol y les dijo que era tan pequeño que se le podía confundir con un pedazo de grava. Todas se pusieron a reír y una de las chicas de su clase dijo que parecía una mascota ideal para ella, ya que Marta era un poco bajita.

Esa noche Marta encendió la luz para encontrarlo, y estaba aferrado a la punta de una pequeña banderita que salía de la maleza del acuario. Estaba cerca del filtro de agua y se balanceaba con las burbujas de aire que salían de este .

"Esto debe ser muy divertido", pensó. Trató de imaginar como debe ser el tener que aferrarse a las cosas todo el día y decidió que probablemente era muy agotador. Después de darles de comer, se sentó al lado para observar como los peces nadaban, se perseguían y jugaban entre ellos. Entonces observó como uno de los peces de color naranja estaba absorbiendo grava y volviendola a lanzar, cuando en una de esas se tragó al pobre caracol que estaba paseando tranquilamente por la grava. Marta saltó de su silla, pero de pronto lo vio salir escupido del pez. Así continuó haciendo el pez de color naranja, varias veces, hasta que el pobre caracol flotó hasta la parte inferior del tanque entre la grava de color. Marta no podía parar de reír.

"Creo que ha crecido un poco", le dijo a su mamá en el desayuno al día siguiente.

"Menos mal, sino se lo van a tragar todos los días varias veces", dijo su mamá, tratando de ponerse el abrigo y comer tostadas al mismo tiempo.

"Pero yo no quiero que sea demasiado grande o no será tan bonito. Las cosas pequeñas son más bonitas que las grandes, ¿no es así?".

"Sí lo son. Pero las cosas grandes también pueden ser muy bonitas. Ahora date prisa, voy a perder el tren."

En la escuela, ese día, Marta dibujó un elefante. Necesitaba dos pedazos de papel para hacer los colmillos pero a su maestra no le importaba porque estaba contenta con el dibujo y quería ponerlo en la pared de la clase. En la esquina del dibujo, Marta escribió su nombre completo, y dibujó pequeños caracoles sobre las "a" de su nombre. La maestra dijo que era muy creativa.

Ese fin de semana decidieron que había que limpiar el acuario. "Hay una gran cantidad de algas en los laterales", dijo mamá.

Se llevaron los peces con mucho cuidado y los pusieron en un bol muy grande que tenía mamá para cocinar mientras vaciaban un poco de agua. Mamá usaba una aspiradora especial para limpiar la grava, mientras que Marta recortaba la maleza del estanque para dejarla a un tamaño adecuado y frotó el arco y el tubo de filtro. Mamá vertió agua nueva en el acuario.

"¿Dónde está el pequeño caracol?" Preguntó Marta.

"En el lado", dijo mamá. Estaba ocupada concentrándose en echar el agua. "No te preocupes he tenido mucho cuidado con él."

Marta miró por todos los lados del acuario. No había ni rastro del caracol de agua.

"Probablemente está en la grava", dijo su mamá. "Vamos a acabar el trabajo, que tengo que

hacer la comida todavía." Saco todos los peces del bol y los dejó caer en el agua limpia del acuario. Los peces no dejaban de nadar y daban vueltas y vueltas, alegrándose de tener un agua tan limpia.

Esa noche, Marta volvió a comprobar el acuario. El agua se había instalado y se veía preciosa y clara, pero no había ni rastro del pequeño caracol. Se tumbó en la cama e hizo algunos ejercicios, estirando sus piernas y los pies apuntando al cielo. El estiramiento era bueno para los músculos y cuando Marta terminó, se arrodilló a mirar otra vez el acuario, pero seguía sin haber rastro del caracol.

Bajó las escaleras, su madre estaba en el estudio, rodeada de papeles. Tenía sus gafas puestas y el pelo todo revuelto en el lugar donde había estado pasando sus manos, se notaba muy concentrada. Marta le dijo que seguía sin ver al caracolito y que estaba muy preocupada.

"Ya aparecerá no te preocupes, es muy pequeño y se puede esconder en cualquier sitio." fue todo lo que dijo. "Ahora a la cama Marta. Tengo montañas de trabajo que hacer para ponerme al día."

"Lo has aspirado ¿verdad," dijo ella con un tono de voz y una cara que denotaban su enorme enfado.

"No lo he hecho. Tuve mucho cuidado. Pero es muy pequeño."

"¿Qué hay de malo en ser pequeño?"

"Nada en absoluto. Pero se hace más difícil de encontrar que si fuese grande."

Marta salió corriendo de la habitación y se fue a su cuarto con lágrimas en los ojos, tumbándose en la cama.

La puerta del dormitorio se abrió y la cara de mamá apareció. Marta trató de ignorarla, pero era difícil cuando se acercó a la cama y se sentó junto a ella. Estaba sosteniendo una enorme lupa en sus manos.

"He recordado que papa tiene esta lupa gigante para ver bien su colección de sellos", dijo. "Extra de gran alcance, para la caza del caracol". Marta sonrió a su madre y saltó de la cama rápidamente..

Se sentaron una junto a la otra y empezaron a mirar por todas las partes del acuario, en las esquinas entre las grandes piedras, en la grava y la espiga de agua.

"¡Ajá!" Mamá de repente gritó.

"¿Qué?" Marta cogió la lupa y miró donde su madre estaba señalando.

Allí, escondido en la curva del arco, perfectamente oculta en la piedra oscura, estaba sentado el pequeño caracol. Y sorprendentemente junto a él había otro caracol de agua, incluso más pequeño que él.

"¿Pero de dónde ha salido?"

"Estoy empezando a sospechar que la hierba del acuario es buenísima ¿no crees?"

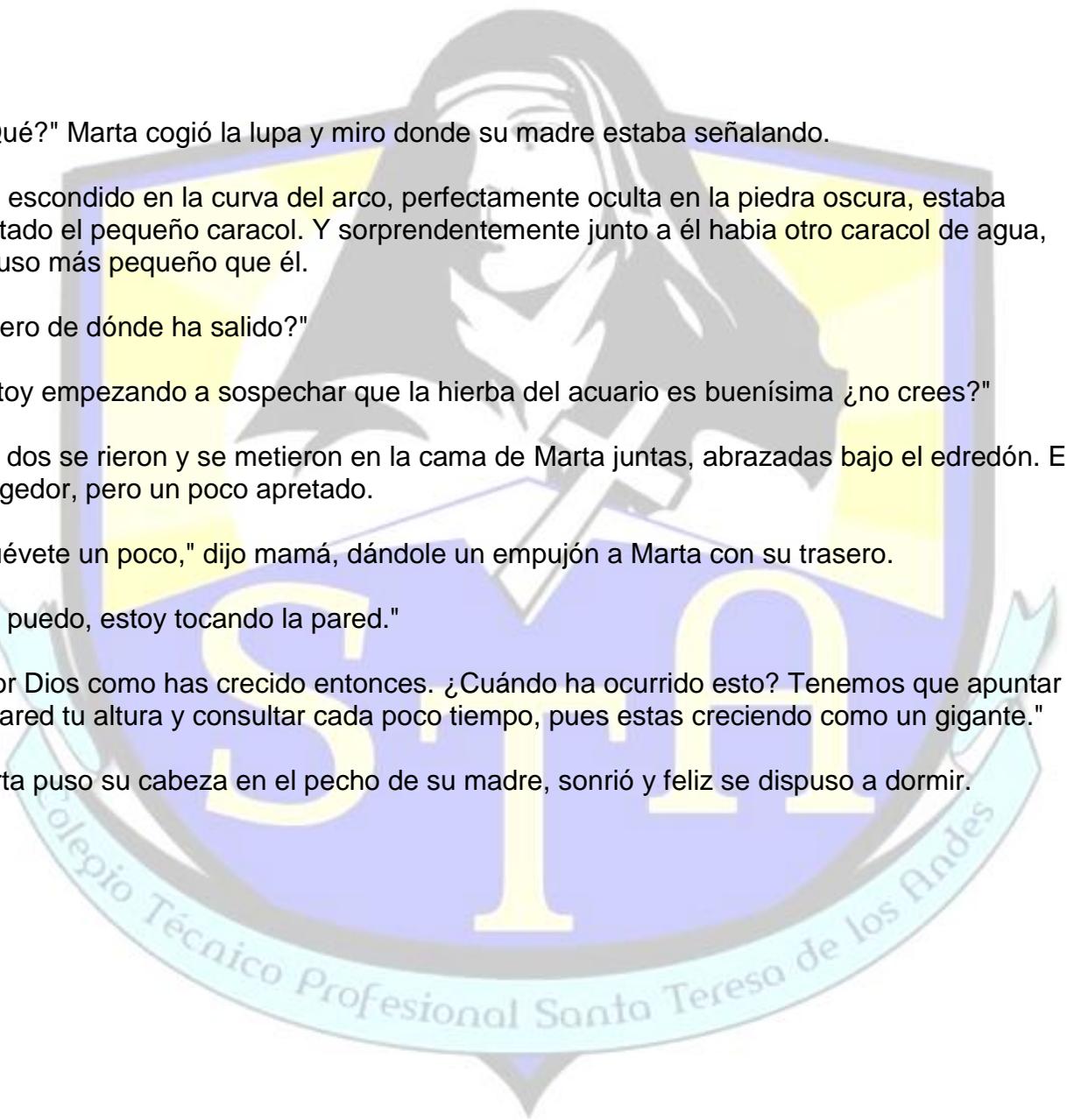
Los dos se rieron y se metieron en la cama de Marta juntas, abrazadas bajo el edredón. Era acogedor, pero un poco apretado.

"Muévete un poco," dijo mamá, dándole un empujón a Marta con su trasero.

"No puedo, estoy tocando la pared."

"¡Por Dios como has crecido entonces. ¿Cuándo ha ocurrido esto? Tenemos que apuntar en la pared tu altura y consultar cada poco tiempo, pues estas creciendo como un gigante."

Marta puso su cabeza en el pecho de su madre, sonrió y feliz se dispuso a dormir.





Rapunzel Cuento

Un cuento de los hermanos Grimm Hermanos Grimm

Había una vez un hombre y una mujer que vivían solos y desconsolados por no tener hijos, hasta que, por fin, la mujer concibió la esperanza de que Dios Nuestro Señor se disponía a satisfacer su anhelo. La casa en que vivían tenía en la pared trasera una ventanita que daba a un magnífico jardín, en el que crecían espléndidas flores y plantas; pero estaba rodeado de un alto muro y nadie osaba entrar en él, ya que pertenecía a una bruja muy poderosa y temida de todo el mundo. Un día asomóse la mujer a aquella ventana a contemplar el jardín, y vio un bancal plantado de hermosísimas verdezuelas, tan frescas y verdes, que despertaron en ella un violento antojo de comerlas. El antojo fue en aumento cada día que pasaba, y como la mujer lo creía irrealizable, iba perdiendo la color y desmirriándose, a ojos vistas. Viéndola tan desmejorada, le preguntó asustado su marido: "¿Qué te ocurre, mujer?" - "¡Ay!" exclamó ella, "me moriré si no puedo comer las verdezuelas del jardín que hay detrás de nuestra casa." El hombre, que quería mucho a su esposa, pensó: "Antes que dejarla morir conseguiré las verdezuelas, cueste lo que cueste." Y, al anochecer, saltó el muro del jardín de la bruja, arrancó precipitadamente un puñado de verdezuelas y las llevó a su mujer. Ésta se preparó enseguida una ensalada y se la comió muy a gusto; y tanto le y tanto le gustaron, que, al día siguiente, su afán era tres veces más intenso. Si quería gozar de paz, el marido debía saltar nuevamente al jardín. Y así lo hizo, al anochecer. Pero apenas había puesto los pies en el suelo, tuvo un terrible sobresalto, pues vio surgir ante sí la bruja. "¿Cómo te atreves," díjole ésta con mirada iracunda, "a entrar cual un ladrón en mi jardín y robarme las verdezuelas? Lo pagarás muy caro." - "¡Ay!" respondió el hombre, "tened compasión de mí. Si lo he hecho, ha sido por una gran necesidad: mi esposa vio desde la ventana vuestras verdezuelas y sintió un antojo tan grande de comerlas, que si no las tuviera se moriría." La hechicera se dejó ablandar y le dijo: "Si es como dices, te dejaré coger cuantas verdezuelas quieras, con una sola condición: tienes que darme el hijo que os nazca. Estará bien y lo cuidaré como una madre." Tan apurado estaba el hombre, que se avino a todo y, cuando nació el hijo, que era una niña, presentóse la bruja y, después de ponerle el nombre de Verdezuela; se la llevó.

Verdezuela era la niña más hermosa que viera el sol. Cuando cumplió los doce años, la hechicera la encerró en una torre que se alzaba en medio de un bosque y no tenía puertas ni escaleras; únicamente en lo alto había una diminuta ventana. Cuando la bruja quería entrar, colocábase al pie y gritaba:

"¡Verdezuela,
Suéltame tu cabellera!"

Verdezuela,

Verdezuela tenía un cabello magnífico y larguísimo, fino como hebras de oro. Cuando oía la voz de la hechicera se soltaba las trenzas, las envolvía en torno a un gancho de la ventana y las dejaba colgantes: y como tenían veinte varas de longitud, la bruja trepaba por ellas.

Al cabo de algunos años, sucedió que el hijo del Rey, encontrándose en el bosque, acertó a pasar junto a la torre y oyó un canto tan melodioso, que hubo de detenerse a escucharlo. Era Verdezuela, que entretenía su soledad lanzando al aire su dulcísima voz. El príncipe quiso subir hasta ella y buscó la puerta de la torre, pero, no encontrando ninguna, se volvió a palacio. No obstante, aquel canto lo había arrobado de tal modo, que todos los días iba al bosque a escucharlo. Hallándose una vez oculto detrás de un árbol, vio que se acercaba la hechicera, y la oyó que gritaba, dirigiéndose a o alto:

"¡Verdezuela,
Suéltame tu cabellera!"

Verdezuela,

Verdezuela soltó sus trenzas, y la bruja se encaramó a lo alto de la torre. "Si ésta es la escalera para subir hasta allí," se dijo el príncipe, "también yo probaré fortuna." Y al día siguiente, cuando ya comenzaba a oscurecer, encaminóse al pie de la torre y dijo:

"¡Verdezuela,
Suéltame tu cabellera!"

Verdezuela,

Enseguida descendió la trenza, y el príncipe subió.

En el primer momento, Verdezuela se asustó mucho al ver un hombre, pues jamás sus ojos habían visto ninguno. Pero el príncipe le dirigió la palabra con gran afabilidad y le explicó que su canto había impresionado de tal manera su corazón, que ya no había gozado de un momento de paz hasta hallar la manera de subir a verla. Al escucharlo perdió Verdezuela el miedo, y cuando él le preguntó si lo quería por esposo, viendo la muchacha que era joven y apuesto, pensó, "Me querrá más que la vieja," y le respondió, poniendo la mano en la suya: "Sí; mucho deseo irme contigo; pero no sé cómo bajar de aquí. Cada vez que vengas, tráete una madeja de seda; con ellas trenzaré una escalera y, cuando esté terminada, bajaré y tú me llevarás en tu caballo." Convinieron en que hasta entonces el príncipe acudiría todas las noches, ya que de día iba la vieja. La hechicera nada sospechaba, hasta que un día Verdezuela le preguntó: "Decidme, tía Gothel, ¿cómo es que me cuesta mucho más subiros a vos que al príncipe, que está arriba en un santiamén?" - "¡Ah, malvada!" exclamó la bruja, "¿qué es lo que oigo? Pensé que te había aislado de todo el mundo, y, sin embargo, me has engañado." Y, furiosa, cogió las hermosas trenzas de Verdezuela, les dio unas vueltas alrededor de su mano izquierda y, empujando unas tijeras con la derecha, zis, zas, en un abrir y cerrar de ojos cerró de ojos se las cortó, y tiró al suelo la espléndida cabellera. Y fue tan despiadada, que condujo a la pobre Verdezuela a un lugar desierto, condenándola a una vida de desolación y miseria.

El mismo día en que se había llevado a la muchacha, la bruja ató las trenzas cortadas al gancho de la ventana, y cuando se presentó el príncipe y dijo:

"¡Verdezuela,
Suéltame tu cabellera!"

Verdezuela,

la bruja las soltó, y por ellas subió el hijo del Rey. Pero en vez de encontrar a su adorada Verdezuela hallóse cara a cara con la hechicera, que lo miraba con ojos malignos y perversos: "¡Ajá!" exclamó en tono de burla, "querías llevarte a la niña bonita; pero el pajarillo ya no está en el nido ni volverá a cantar. El gato lo ha cazado, y también a ti te sacaré los ojos. Verdezuela está perdida para ti; jamás volverás a verla." El príncipe, fuera de sí de dolor y desesperación, se arrojó desde lo alto de la torre. Salvó la vida, pero los espinos sobre los que fue a caer se le clavaron en los ojos, y el infeliz hubo de vagar errante por el bosque, ciego, alimentándose de raíces y bayas y llorando sin cesar la pérdida de su amada mujercita. Y así anduvo sin rumbo por espacio de varios años, mísero y triste, hasta que, al fin, llegó al desierto en que vivía Verdezuela con los dos hijitos los dos hijitos gemelos, un niño y una niña, a los que había dado a luz. Oyó el príncipe una voz que le pareció conocida y, al acercarse, reconoció Verdezuela y se le echó al cuello llorando. Dos de sus lágrimas le humedecieron los ojos, y en el mismo momento se le aclararon, volviendo a ver como antes. Llevóla a su reino, donde fue recibido con gran alegría, y vivieron muchos años contentos y felices.



El cuento de Ricitos de Oro.

Érase una vez una tarde, se fue Ricitos de Oro al bosque y se puso a coger flores. Cerca de allí, había una cabaña muy bonita, y como Ricitos de Oro era una niña muy curiosa, se acercó paso a paso hasta la puerta de la casita. Y empujó.

La puerta estaba abierta. Y vio una mesa.

Encima de la mesa había tres tazones con leche y miel. Uno, era grande; otro, mediano; y otro,

pequeño. Ricitos de Oro tenía hambre, y probó la leche del tazón mayor. ¡Uf! ¡Está muy caliente!

Luego, probó del tazón mediano. ¡Uf! ¡Está muy caliente! Después, probó del tazón pequeñito, y le supo tan rica que se la tomó toda, toda.

Había también en la casita tres sillas azules: una silla

era grande, otra silla era mediana, y otra silla era
pequeñita. Ricitos de Oro fue a sentarse en la silla
grande, pero esta era muy alta. Luego, fue a
sentarse en la silla mediana. Pero era muy ancha.
Entonces, se sentó en la silla pequeña, pero se dejó
caer con tanta fuerza, que la rompió.

Entro en un cuarto que tenía tres camas. Una, era
grande; otra, era mediana; y otra, pequeña.

La niña se acostó en la cama grande, pero la
encontró muy dura. Luego, se acostó en la cama
mediana, pero también le pareció dura.

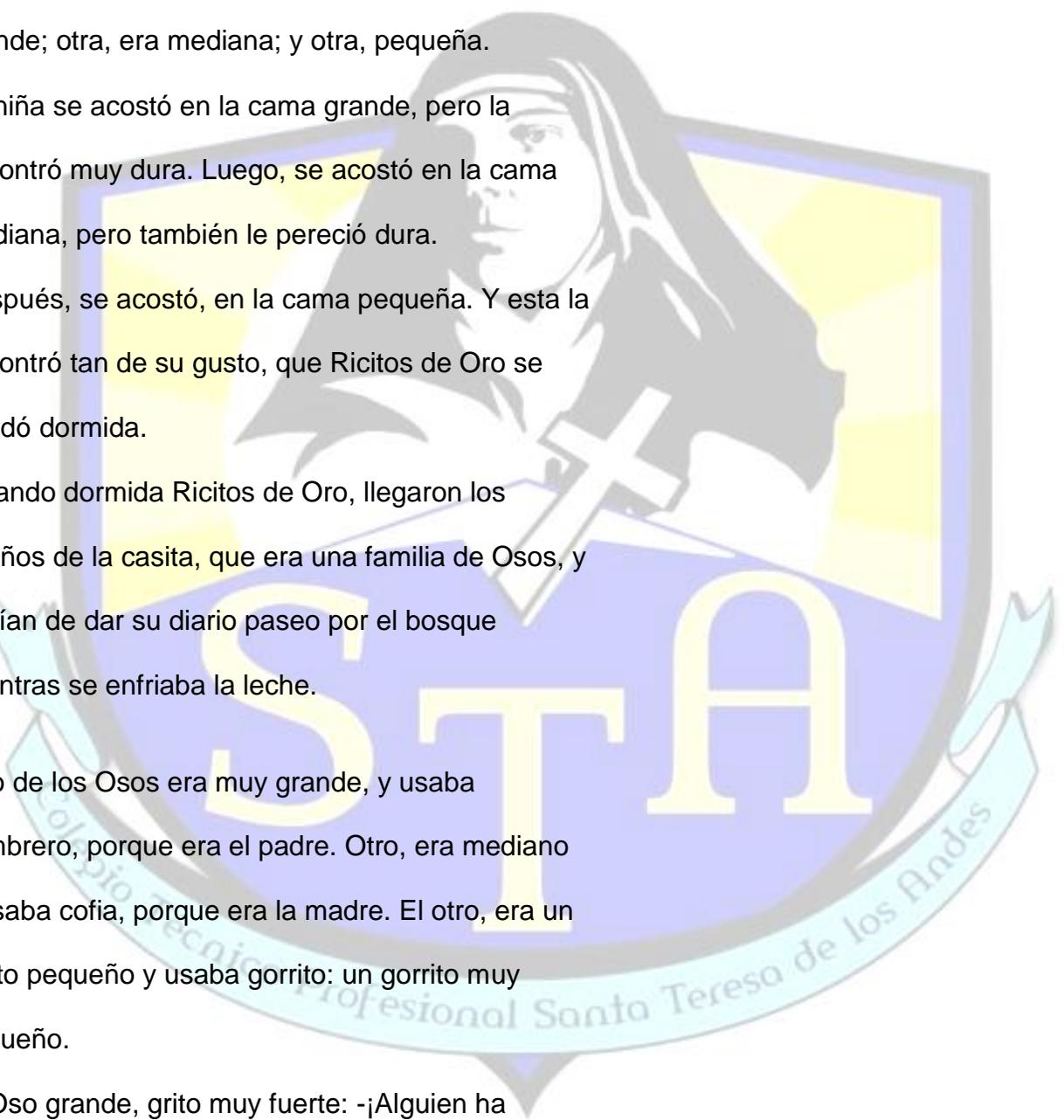
Después, se acostó, en la cama pequeña. Y esta la
encontró tan de su gusto, que Ricitos de Oro se
quedó dormida.

Estando dormida Ricitos de Oro, llegaron los
dueños de la casita, que era una familia de Osos, y
venían de dar su diario paseo por el bosque
mientras se enfriaba la leche.

Uno de los Osos era muy grande, y usaba
sombbrero, porque era el padre. Otro, era mediano
y usaba cofia, porque era la madre. El otro, era un
Osito pequeño y usaba gorrito: un gorrito muy
pequeño.

El Oso grande, grito muy fuerte: -¡Alguien ha
probado mi leche! El Oso mediano, gruño un poco
menos fuerte:

-¡Alguien ha probado mi leche! El Osito pequeño
dijo llorando con voz suave: se han tomado toda
mi leche!



Los tres Osos se miraron unos a otros y no sabían que pensar.

Pero el Osito pequeño lloraba tanto, que su papa quiso distraerle. Para conseguirlo, le dijo que no hiciera caso, porque ahora iban a sentarse en las tres sillas de color azul que tenían, una para cada uno.

Se levantaron de la mesa, y fueron a la salita donde estaban las sillas.

¿Que ocurrió entonces?.

El Oso grande grito muy fuerte: -¡Alguien ha tocado mi silla! El Oso mediano gruño un poco menos fuerte...

-¡Alguien ha tocado mi silla! El Osito pequeño dijo llorando con voz suave: se han sentado en mi silla y la han roto!

Siguieron buscando por la casa, y entraron en el cuarto de dormir. El Oso grande dijo: -¡Alguien se ha acostado en mi cama! El Oso mediano dijo:

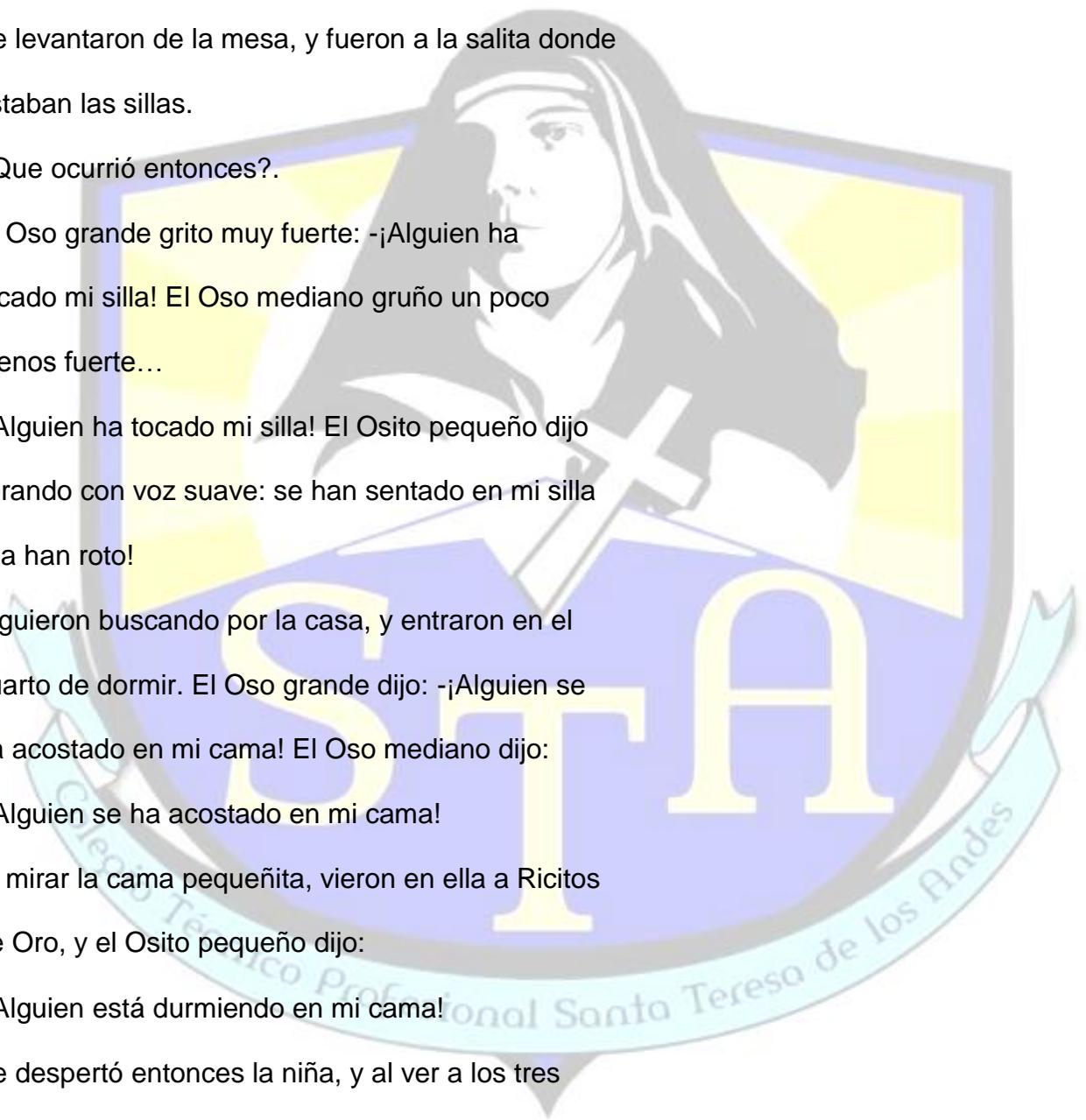
-¡Alguien se ha acostado en mi cama!

Al mirar la cama pequeñita, vieron en ella a Ricitos de Oro, y el Osito pequeño dijo:

-¡Alguien está durmiendo en mi cama!

Se despertó entonces la niña, y al ver a los tres Osos tan enfadados, se asustó tanto, que dio un salto y salió de la cama.

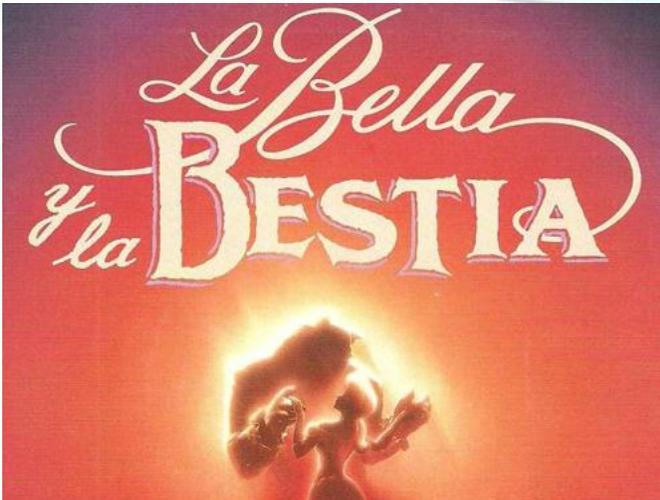
Como estaba abierta una ventana de la casita, saltó por ella Ricitos de Oro, y corrió sin parar por el bosque hasta que encontró el camino de su casa.





La bella y la bestia

Había una vez un hombre muy rico que tenía tres hijas. De pronto, de la noche a la mañana, perdió casi toda su fortuna. La familia tuvo que vender su gran mansión y mudarse a una casita en el campo.



Las dos hijas mayores se pasaban el día quejándose por tener que remendar sus vestidos y porque ya no podían ir a las fiestas. En cambio la pequeña, a la que llamaban Bella por su dulce rostro y su buen carácter, estaba siempre contenta.

Un día su padre se fue a la ciudad a ver si encontraba trabajo. Cuando montó en su caballo, preguntó a sus hijas qué les gustaría tener, si él ganaba suficiente dinero para traerles un regalo a cada una. Sin apenas pensarlo, las dos hijas mayores gritaron:

-Para mí un vestido precioso.

-Y un collar de plata para mí.

Con su candorosa voz, Bella murmuró:

-Yo solamente quiero que vuelvas a casa sano y salvo. Eso me basta.

Su padre insistió:

-¡Oh, Bella, debe de haber algo que te apetezca!

-Bueno, una rosa con pétalos rojos para ponérmela en el pelo. Pero como estamos en invierno, comprenderé que no puedas encontrar ninguna.

-Haré todo cuanto pueda por, complaceros a las tres, hijas mías.

Diciendo esto emprendió la marcha a todo galope.

En la ciudad, todo le fue mal. No encontró trabajo en ninguna parte. Los únicos regalos que pudo comprar fueron frutas y chocolate para sus dos hijas mayores, pero no consiguió la flor para Bella. Cuando regresaba a casa, su caballo se hizo daño en una pata y tuvo que desmontar.

De repente se desató una tormenta de nieve y el desgraciado hombre se encontró perdido en medio de un oscuro bosque.

Entonces percibió, a través de la ventisca, un gran muro y unas puertas con rejas de hierro forjado bien cerradas. Al fondo del jardín, se veía una gran mansión con luces tenues en las ventanas.

-Si pudiera cobijarme aquí... No había terminado de hablar cuando las puertas se abrieron. El viento huracanado le empujó por el sendero hacia las escaleras de la casa. La puerta de entrada se abrió con un chirrido y apareció una mesa con unos candelabros y los manjares más tentadores.

Miró atrás, a través de los remolinos de nieve, y vio que las puertas enrejadas se habían cerrado y su caballo había desaparecido.

Entró. La puerta chirrió de nuevo y se cerró a sus espaldas.

Mientras examinaba nerviosamente la estancia, una de las sillas se separó de la mesa, invitándole claramente a sentarse. Pensaba...

"Bien, está visto que aquí soy bien recibido. Intentaré disfrutar de todo esto."

Tras haber comido y bebido todo lo que quiso, se fijó en un gran sofá que había frente al fuego, con una manta de piel extendida sobre el asiento. Una esquina de la manta aparecía levantada como diciendo: "Ven y tumbate." Y eso fue lo que hizo.

Cuando se dio cuenta, era ya por la mañana. Se levantó, sintiéndose maravillosamente bien, y se sentó a la mesa, donde le esperaba el desayuno. Una rosa con pétalos rojos, puesta en un jarrón de plata, adornaba la mesa. Con gran sorpresa exclamó:

-¡Una rosa roja! ¡Qué suerte! Al fin Bella tendrá su regalo.

Comió cuanto pudo, se levantó y tomó la rosa de su jarroncito.

Entonces, un rugido terrible llenó la estancia. El fuego de la chimenea pareció encogerse y las velas temblaron. La puerta se abrió de golpe. El jardín nevado enmarcaba una espantosa visión.

¿Era un hombre o una bestia? Vestía ropas de caballero, pero tenía garras peludas en vez de manos y su cabeza aparecía cubierta por una enmarañada pelambrea. Mostrando sus terribles colmillos gruñó:

-Ibas a robarme mi rosa ¿eh? ¿Es ésta la clase de agradecimiento con que pagas mi hospitalidad?

El hombre casi se muere de miedo.

-Por favor, perdonadme, señor. Era para mi hija Bella. Pero la devolveré al instante, no os preocupéis.

-Demasiado tarde. Ahora tienes que llevártela... y enviarme a tu hija en su lugar.

-¡No! ¡No! ¡No!

-Entonces te devoraré.

-Prefiero que me comas a mí que a mi maravillosa hija.

-Si me la envías, no tocaré un solo pelo de su cabeza. Tienes mi palabra.

Ahora, decide.

El padre de la chica accedió al horrible trato y la Bestia le entregó un anillo mágico. Cuando Bella dio tres vueltas al anillo, se encontraría ya en la desolada mansión.

Fuera, en la nieve, esperaba el caballo, sorprendentemente curado de su cojera, ensillado y listo para la marcha. La vuelta a casa fue un calvario para aquel hombre, pero aún peor fue la llegada cuando les contó a sus hijas lo que había sucedido. Bella le preguntó...

-¿Dijo que no me haría ningún daño, de verdad, papá?

-Me dio su palabra, cariño.

-Entonces dame el anillo. Y por favor, no os olvidéis de mí.

Se despidió con un beso, se puso el anillo y le dio tres vueltas.

Al segundo, se encontró en la mansión de la Bestia.

Nadie la recibió. No vio a la Bestia en muchos días. En la casa todo era sencillo y agradable. Las puertas se abrían solas, los candelabros flotaban escaleras arriba para iluminarle el camino de su habitación, la comida aparecía servida en la mesa y, misteriosamente, era recogida después...

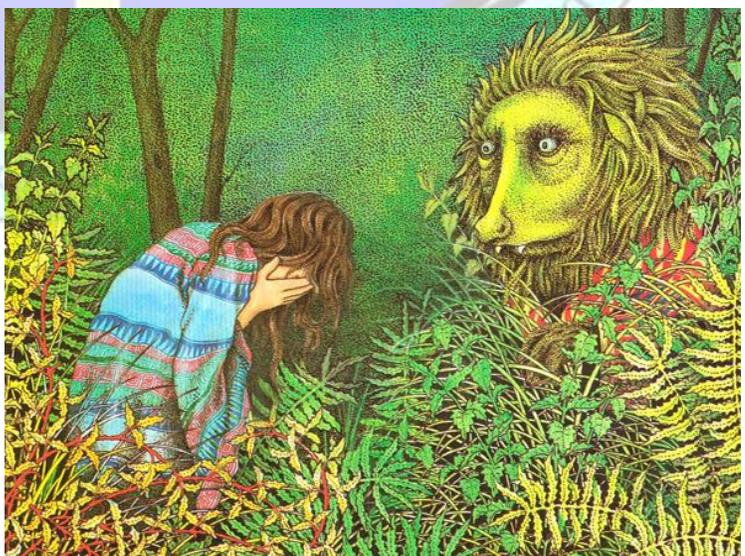
Bella no tenía miedo en una casa tan acogedora, pero se sentía tan sola que empezó a desear que la Bestia viniera y le hablara, por muy horrible que fuera.

Un día, mientras ella paseaba por el jardín, la Bestia salió de detrás de un árbol. Bella no pudo evitar un grito, mientras se tapaba la cara con las manos. El extraño ser hablaba tratando de ocultar la aspereza de su voz.

-¡No tengas miedo. Bella! Sólo he venido a desearte buenos días y a preguntarte si estás bien en mi casa.

-Bueno... Preferiría estar en la mía. Pero estoy bien cuidada, gracias.

-Bien. ¿Te importaría si paseo un rato contigo?



Pasaron los dos por el jardín y a partir de entonces la Bestia fue a menudo a hablar con Bella. Pero nunca se sentó a comer con ella en la gran mesa.

Una noche, Bella le vio arrastrándose por el césped, bajo el claro de luna. Impresionada, intuyó en seguida que iba a la caza de comida. Cuando él levantó los ojos, la vio en la

ventana. Se cubrió la cara con las garras y lanzó un rugido de vergüenza.

A pesar de su fealdad. Bella se sentía tan sola y él era tan amable con ella que empezó a desear verle.

Una tarde, mientras ella leía sentada junto al fuego, se le acercó por detrás.

-Cásate conmigo, Bella.

Parecía tan esperanzado que Bella sintió lástima.

-Realmente te aprecio mucho, Bestia, pero no, no quiero casarme contigo. No te quiero.

La Bestia repitió a menudo su cortés oferta de matrimonio. Pero ella siempre decía "no", con suma delicadeza.

Un día, él la encontró llorando junto a una fuente del jardín.

-¡Oh, Bestia! Me avergüenza llorar cuando tú has sido tan amable conmigo. Pero el invierno se avecina. He estado aquí cerca de un año. Siento nostalgia de mi casa. Echo muchísimo de menos a mi padre.

Con alegría oyó que la Bestia le respondía:

-Puedes ir a casa durante siete días si me prometes volver.

Bella se lo prometió al instante, dio tres vueltas al anillo de su dedo y... de pronto apareció en la pequeña cocina de su casa a la hora del almuerzo. La alegría fue tan grande como la sorpresa.

Total, que pasaron una maravillosa semana juntos. Bella contó a su familia todas las cosas que le habían sucedido con su extraño anfitrión y ellos le contaron a su vez todas las buenas nuevas. La feliz semana pasó sin ninguna palabra o señal de la Bestia. Pensaba..."Quizá se ha olvidado de mí. Me quedará un poquito más."

Pasó otra semana y, para su alivio, nada ocurrió. La familia también respiró con tranquilidad. Pero una noche, mientras se peinaba frente al espejo, su imagen se emborronó de repente y en su lugar apareció la Bestia. Yacía bajo el claro de luna, cubierta casi completamente de hojas. Bella, llena de compasión, exclamó:

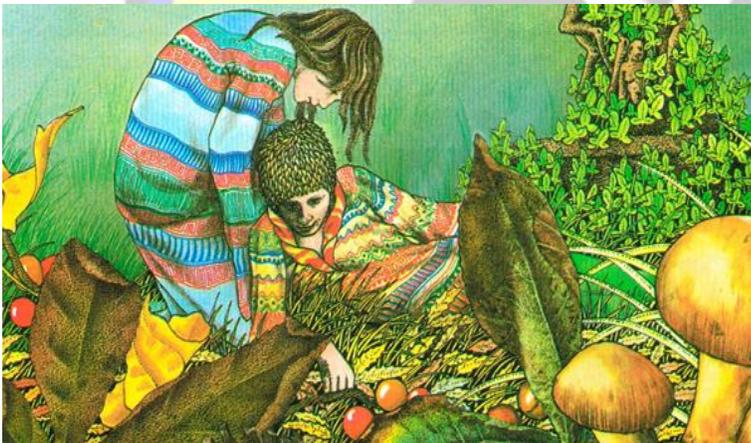
-¡Oh, Bestia! Por favor, no te mueras. Volveré, querida Bestia.

Al instante dio vuelta al anillo tres veces y se encontró a su lado en el jardín. Acomodó la enorme cabeza de la Bestia sobre su regazo y repitió: -Bestia, no quiero que te mueras. Bella

intentó apartar las hojas de su rostro. Las lágrimas brotaban de sus ojos y rociaban la cabeza de la Bestia.

De repente, una voz con timbre diferente se dirigió a Bella.

-Mírame, Bella. Seca tus lágrimas. Bella bajó la vista y observó que estaba acariciando una cabeza de pelo dorado. La Bestia había desaparecido y en su lugar se encontraba el más hermoso de los seres humanos.



El joven tomó su cabeza entre las manos y Bella preguntó: -¿Quién eres?

-Soy un príncipe. Una bruja me maldijo y me convirtió en una bestia para siempre. Sólo el verdadero amor de una mujer me ha librado de la

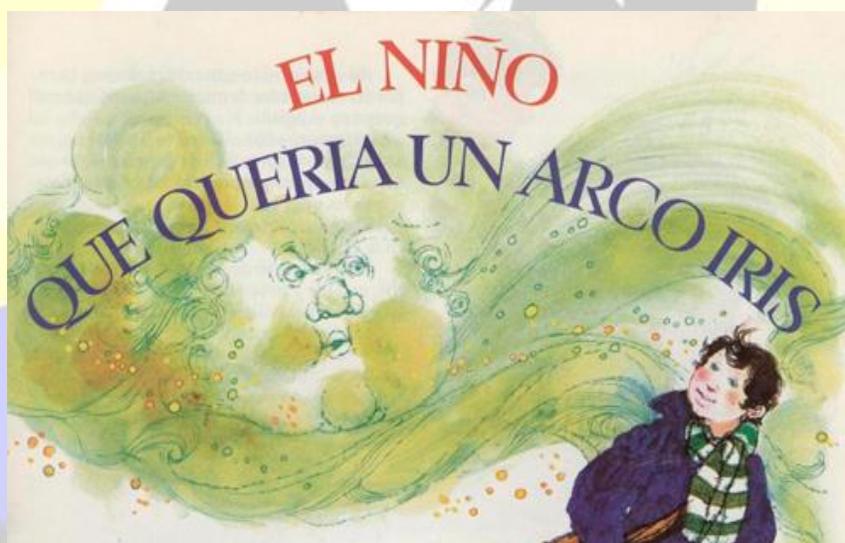
maldición. Oh, Bella, estoy tan contento de que hayas regresado... Y ahora, dime, ¿te casarás conmigo?

-Pues claro que sí, mi príncipe.

Desde aquel momento los dos vivieron llenos de felicidad.

El niño que quería un arco iris

Todos los días, Juanito volvía andando de la escuela por un verde y delicioso valle, en el que crecían las campanillas y pacían las ovejas. Siempre iba silbando. Juanito sabía silbar más canciones que todos sus amigos; se acordaba de todas las canciones que escuchaba porque había nacido en un molino, en el momento justo en que el viento cambiaba del sur al oeste. También podía ver cómo soplaba el viento, y esto es algo que muy poca gente puede observar.



Un día, al caminar hacia casa por el sendero, Juanito oyó al viento del oeste que se quejaba y suspiraba.

-¡Ay de mí! ¡Ay! ¡Oh, soplar y resoplar! ¡La he olvidado!

-¿Qué es lo que has olvidado, Viento? -preguntó Juanito, volviéndose para mirarlo. Estaba pardo, azul y tembloroso, y tenía manchas doradas.

-¡Mi canción! ¡He olvidado mi canción favorita!

Juanito silbó una melodía y preguntó al viento:

-¿Es ésta tu canción?

El viento se quedó encantado.

-¡Sí! ¡Esa es! ¡Qué listo eres, Juanito! -y revoloteó a su alrededor, jugueteando amable y despeinándole.

-Te haré un regalo -dijo, y siguió cantando la melodía que le había silbado Juanito-. Será un tesoro: una llave de plata y un rizo de oro.

Juanito no sabía para qué podían servirle estas cosas, de modo que se apresuró a decir:

-¡Oh, no! Por favor, preferiría un arco iris para mí solo.

Y es que, con frecuencia, en el cielo de aquel valle salían preciosos arco iris, aunque para Juanito siempre desaparecían demasiado pronto.

-¿Un arco iris para ti solo? Es difícil -dijo el Viento-. Muy difícil. Toma un cubo y ve caminando por el campo hasta que llegues al Salto del Pavo Real. Llena el cubo de gotas de agua. Tardarás bastante. Pero cuando lo tengas lleno, encontrarás dentro algo que puede darte un arco iris.

Por suerte, el día siguiente era sábado. Juanito cogió su almuerzo y un cubo, y caminó por el campo hasta las cataratas, llamadas "Salto del Pavo Real", en donde el agua, al saltar por las rocas, formaba unas gotitas que resplandecían con unos colores maravillosos, como los de un pavo real.

Juanito permaneció todo el día en las cataratas, recogiendo con el cubo las gotas de agua. Por fin, ya cuando se iba a poner el sol, tuvo todo el cubo lleno, justo hasta el borde. Entonces vio dentro del cubo algo que se movía de aquí para allá, y que relucía con los brillantes colores del arco iris.

Era un pececillo.

-¿Quién eres? -dijo Juanito.

-Soy el Genio de la catarata. Echame otra vez al agua y te recompensaré con un regalo.

-Sí -dijo el niño-, te echaré al agua, pero, por favor, ¿puedes darme un arco iris que me quepa en el bolsillo?

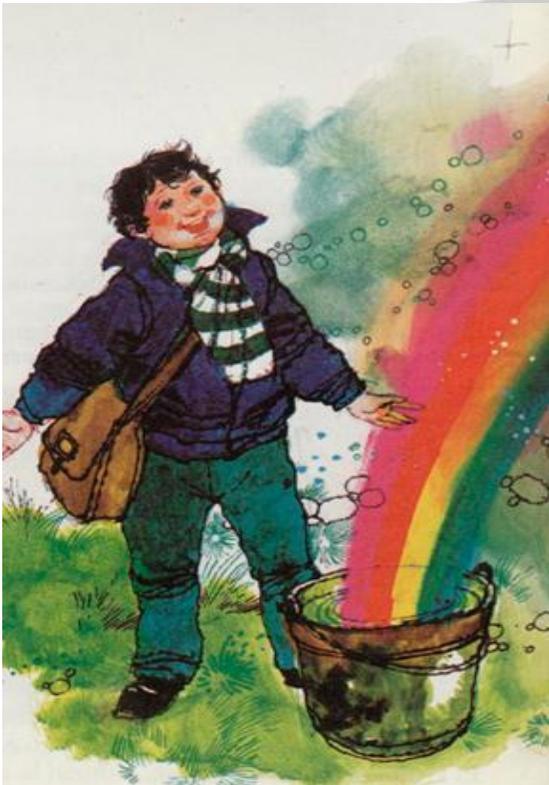
-¡Hmmm! -dijo el Genio-. Te daré un arco iris, pero no es fácil de guardar. Creo que ni siquiera conseguirás llevártelo a casa. Pero si quieres uno, aquí lo tienes.

El genio saltó del cubo y se sumergió en la cascada.

Entonces salió de las gotas de agua un arco iris, que fue a posarse en el cubo de Juanito.

-¡Qué maravilla! -exclamó. Tomó el arco iris con las dos manos, sosteniéndolo como una bufanda, y se quedó admirado de sus brillantes colores. Lo enrolló con gran cuidado y se lo guardó en el bolsillo. Luego emprendió el camino de regreso hacia su casa.

Al atravesar el bosque oyó que alguien lloraba, escondido en un rincón oscuro entre los árboles. Se acercó para averiguar qué era y vio a un tejón que había caído en una trampa.



-Querido niño -gimió el tejón-, déjame salir, o vendrán los hombres y los perros y me matarán.

-Me gustaría ayudarte, pero para abrir esa trampa necesitaría una llave.

-Con la punta de ese arco iris que veo en tu bolsillo podrás forzar la puerta.

Y así fue. Cuando Juanito empujó la punta del arco iris entre los bordes, la trampa se abrió y el tejón pudo escapar.

-Muchas gracias, muchas gracias -masculló, y desapareció en su guarida.

Juanito enrolló de nuevo el arco iris y se lo guardó en el bolsillo. Pero los afilados dientes de la trampa habían rasgado un gran trozo del arco iris, y el trozo se disipó.

En el lindero del bosque había una casita en la que vivía la vieja señora Benita. Tenía muy mal carácter. Si por casualidad caía una pelota en su jardín, la cocinaba en el horno hasta convertirla en carbón. Y todo lo que comía era de color negro: pan quemado, té negro, aceitunas negras. Llamó a Juanito y le dijo:

-Oye, chico, ¿me das un pedacito de ese arco iris que te asoma por el bolsillo? Estoy muy enferma. El médico me ha recomendado un pastel de arco iris para curarme.

A Juanito no le apetecía nada darle un pedazo de su tesoro, pero la mujer parecía muy enferma. De mala gana entró en la cocina y ella cortó un gran pedazo de arco iris con un cuchillo de pan. Luego preparó una pasta dura con harina y leche hervida, añadió el trozo de arco iris y cocinó la mezcla. Dejó enfriar el pastel, lo cortó en pedazos y se los comió con mantequilla y azúcar. Juanito también probó un trozo. Estaba delicioso.

-Es lo mejor que he comido en todo el año -dijo doña Benita- Estoy harta del pan negro. Noto que este pastel me está sentando muy bien.

Tenía mejor aspecto. Se le colorearon las mejillas y empezó casi a sonreír. Juanito, por su parte, después de haber comido su pedazo de pastel, creció tres centímetros.

-Más vale que no sigas comiendo -dijo la señora.

Juanito guardó en el bolsillo el pedazo de arco iris. Ya no quedaba mucho.

Cerca del molino de viento donde vivía, su hermana Marita le salió al encuentro. Tropezó con una piedra, cayó al suelo y se hizo una herida en la pierna. La herida sangraba, y Marita, que sólo tenía cuatro años, empezó a llorar.

-¡Mi pierna! ¡Me duele muchísimo! ¡Por favor, Juanito, ponme una venda, date prisa!

Bueno, ¿qué iba a hacer él? Sacó del bolsillo lo que le quedaba del arco iris y vendó con éste la pierna de Marita. Pero todavía pudo quedarse con un trocito muy pequeñito que sobró.

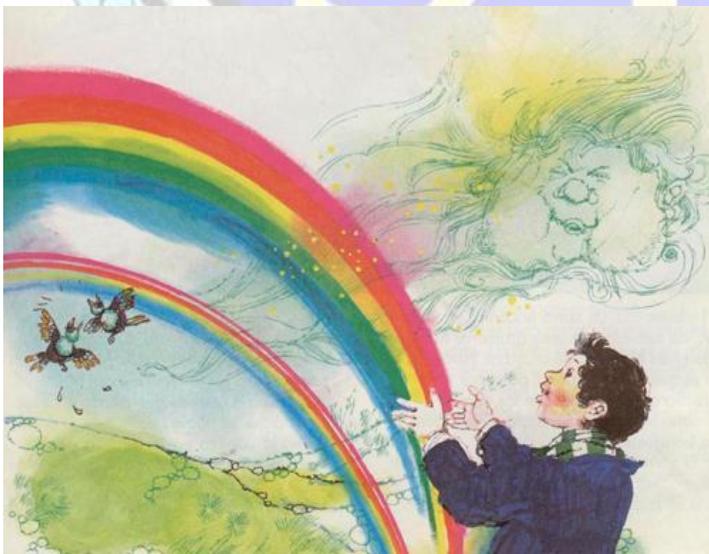
Marita estaba embelesada viendo el arco iris alrededor de la pierna.

Gritaba...

-¡Es maravilloso! ¡He dejado de sangrar!

Y se marchó bailando para enseñárselo a todo el mundo.

Juanito se quedó tristísimo con la pizca de arco iris que aún le quedaba. Al momento, oyó un susurro, se dio media vuelta y vio los volatines de su amigo, el viento del oeste, vestido de amarillo, marrón y rosa.



-Bueno -dijo el Viento-. ¡El genio de la cascada ya te advirtió que es difícil conservar un arco iris! Y aunque ya no lo tengas, eres un chico con suerte. Puedes oír mi canción y has crecido tres centímetros en un solo día.

-¡Es verdad! -dijo Juanito.

-Abre la mano -le ordenó el viento. Juanito extendió la mano, en la que guardaba el arco iris, y el viento le sopló como se hace con unos tizones para avivar el fuego. Y al soplar, el pedazo de

arco iris fue creciendo y creciendo hasta llegar al punto más alto del cielo. No era un arco iris simple, sino que se había convertido en dos, y el de debajo resultaba ser el más grande y brillante que Juanito había visto en su vida. Muchos pájaros se asombraron tanto al verlo, que dejaron de volar y cayeron a tierra o chocaron entre sí en el aire.

El arco iris se deshizo luego y desapareció.

-¡No importa! -dijo el viento-. Habrá otro arco iris mañana. Y si no, la semana próxima.

-Y yo podré tenerlos de nuevo en la mano -dijo Juanito orgulloso.

Los tres deseos

Cuando Federico llegó a su casa una noche, malhumorado y refunfuñando como de costumbre, encontró a su mujer sentada en la silla de la cocina con una expresión muy rara. En el regazo tenía una carta arrugada.



-¿Qué te pasa? -preguntó él de malos modos.

-Entra y cierra la puerta, Federico. No vas a creértelo, pero he recibido una carta de las hadas. ¡Nos han concedido que expresemos tres deseos!

El cogió la carta bruscamente y la leyó despacio.

-Hemos de sacarle a esto el máximo provecho, Magda. No debemos precipitarnos. Tres deseos que pueden hacernos ricos, importantes, famosos. Pero debemos pedir lo que más nos convenga.

Magda se levantó de un salto y dijo:

-Ya tengo hecha una lista.

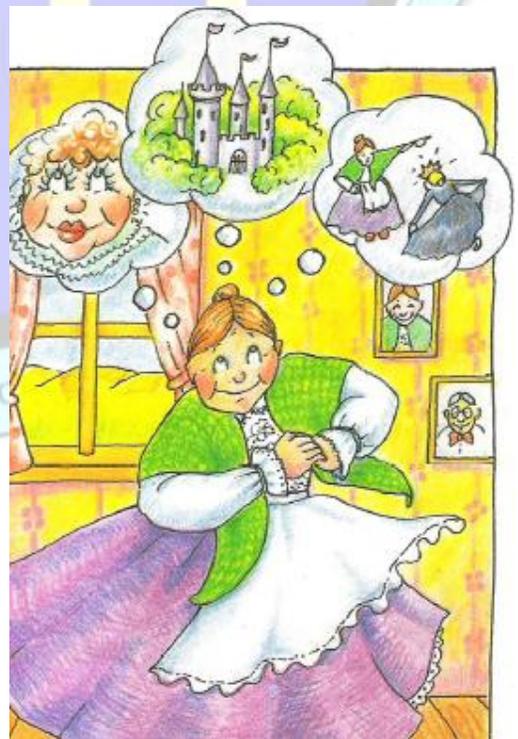
Mira: un palacio para mí y una corona de rey para ti. Para mí he pedido belleza, para ti larga vida. Pediremos una reina que nos haga de criada y oro y joyas... ¡He estado tan ocupada haciendo la lista que no me ha dado tiempo de preparar la cena!

Federico exclamó irritado: -¿Cómo? ¿Que no está la cena? ¿Cómo voy a tomar decisiones importantes con el estómago vacío? No creo que sea pedir mucho. ¡Qué gandula eres, Magda! ¡Ojalá hubiera algo preparado..., aunque fueran unas pocas salchichas!

Se oyó un curioso zumbido, como el batir de alas de hadas y, ¡plop!, sobre el plato de la mesa de la cocina apareció una sarta de salchichas. Federico las observó humeando en el plato y relamió sus labios.

Magda le dio con una hogaza de pan en la cabeza, gritando:

-¡Has desperdiciado un deseo! ¡Qué estúpido eres! Si hay que hacer algo, lo haré yo, qué torpe eres, Federico, me pones mala...





¡Ojalá que esas salchichas te colgaran de la punta de la nariz!

Se oyó un ruidito mágico, como de hadas cantando, y, ¡clac!, las salchichas saltaron del plato y fueron a engancharse a la punta de la nariz de Federico.

Él se quedó mirando y rompió a llorar. Ambos tiraron, tiraron y tiraron de las salchichas, pero fue inútil.

-¡Hay, qué calientes están! -exclamó -¡No te muevas! Las cortaré con un -¡Deja ese cuchillo, mujer! ¡Cómo has podido hacerme esto!

Pero las salchichas estaban firmemente sujetas.

En esto, llamaron a la puerta. Federico y Magda se miraron.

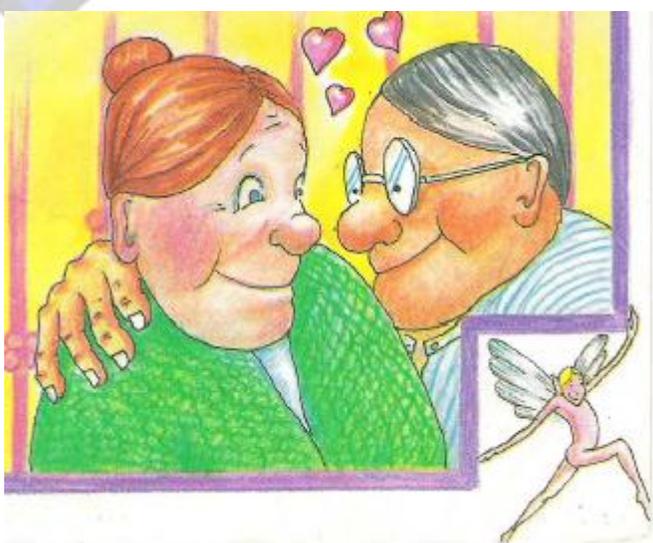
-¡No vayas! ¿Quieres que todos los vecinos sepan que llevas unas salchichas pegadas en la nariz?

-¡Cómo! ¡No voy a pasarme el resto de la vida escondiéndome! ¡Ay!, ahora me doy cuenta de lo afortunado que era antes cuando tenía una nariz normal y corriente. ¡Ojalá no estuviéramos siempre peleando!

-Sí, es verdad, no sabes cuánto lo siento -dijo Magda. -No, no, la culpa no es tuya, querida. Ojalá que las hadas se hubieran guardado sus deseos y todo siguiera como antes.

-Tienes razón -sollozó Magda. Entonces se oyó un ruidito, como de hadas riéndose, y, ¡blip!, las salchichas se desprendieron de la nariz de Federico.

Federico y Magda se abrazaron, rieron y se pusieron a bailar por la cocina. Y las hadas que estaban en la puerta salieron apresuradamente a echar otra carta al correo.



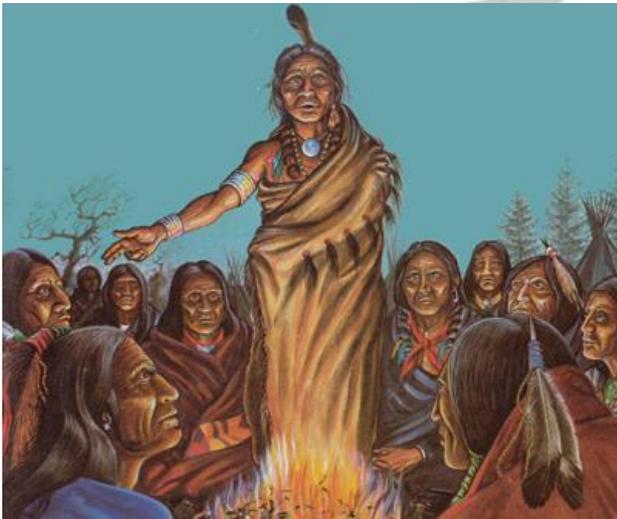


La creación del hombre

Era una noche oscura en que brillaban las estrellas, un grupo de pieles rojas se acurrucó alrededor del fuego. De pronto, el guerrero más anciano se puso en pie. Tenía el rostro tan viejo y tan oscuro como la tierra: estaba envuelto en una manta de colores brillantes. Allí y entonces comenzó a relatar la historia del nacimiento del mundo...

«Cuando Coyote, el perro del desierto, terminó de hacer el mundo, tomó el viento, que tenía forma de caracola, y le dio vuelta para hacer el cielo. Puso colores brillantes en los cinco rincones del mundo y de pronto brotó un arco iris que separó la noche del día. Entonces se sentó y empezó a silbar; el Sol y la Luna comenzaron a moverse.

Coyote puso árboles, estanques, montañas y ríos en las praderas, y creó todos los animales.



-Y finalmente, haré al Hombre-se dijo Coyote en voz alta.

Los animales le oyeron y quisieron ayudarlo. Así pues, todos se sentaron en círculo en medio del bosque: Coyote, el oso pardo, el león, el oso colmenero, el ciervo, el carnero, el castor, la lechuza y el ratón.

-Puedes darle la forma que quieras -dijo el león-, pero creo que tendría que tener unos dientes afilados para morder la carne, y también unas garras largas.

-¿Cómo las tuyas? -preguntó Coyote.

-Bueno... sí, como las mías -dijo el león-. Necesitará pelo, por supuesto. Y una gran voz para rugir.

-¿Cómo la tuya? -preguntó Coyote.

-Sí. Como la mía -respondió el león.

-Nadie quiere una voz como la tuya -interrumpió el oso pardo-. Tú espantas a todo el mundo. En cambio, el Hombre debería poder caminar sobre las patas traseras para acercarse a las cosas y apretarlas entre sus brazos hasta aplastarlas.

-¿Cómo tú? -preguntó Coyote.

-Bueno, sí, como yo -replicó el oso pardo.

El ciervo, que temblaba nervioso y no paraba de echar miradas por encima del hombro, dijo:

-¿Por qué habláis de morder carne y aplastar cosas? Eso no está bien. El Hombre debe saber cuándo corre peligro para poder escapar. Debe tener unas orejas de caracol para poder oír hasta los ruidos más débiles.

Y ojos como la Luna, que lo ve todo.

Y una cornamenta, claro. Necesitará una cornamenta.

-¿Cómo la tuya? -preguntó Coyote. -Bueno, sí. Como la mía -repuso el ciervo.

-¿Cómo la tuya? -intervino el carnero, despectivo-. ¿Para qué sirve una cornamenta?

Son largas y puntiagudas y se enganchan en todas las ramas y los arbustos. No sirven para embestir, Pero si tuviera unos cuernos...

-¿Cómo los tuyos? -preguntó Coyote. El carnero dio un respingo. No le gustaba que lo interrumpieran.

Entonces se levantó el castor y dijo: -Os estáis olvidando de lo más importante: la cola. Supongo que las colas finas y largas estarán muy bien para espantar a las moscas. Pero el Hombre tiene que tener una cola ancha y plana. ¿Cómo, si no, va a construir diques en los ríos?

-¿Cómo tú? -preguntó Coyote.

-No hay nadie que pueda construir diques como yo -dijo el castor, fanfarroneando.

-Me parece que el Hombre es demasiado grande -chilló el ratón-. Sería mucho mejor si fuese pequeño.

-¡Estáis todos locos! -gritó la lechuza- ¿Y las alas? Si queréis que el Hombre sea el mejor de los animales, tenéis que ponerle alas.

-¿Como las tuyas? -preguntó Coyote.

-¿Sólo sabes decir eso? -se quejó la lechuza-. ¿Acaso no tienes ninguna idea?

Coyote se puso en pie de un salto y se colocó en el centro del círculo.

-¡Qué animales más tontos! ¡No sé en qué estaría pensando cuando os hice! Todos queréis que el Hombre sea exactamente igual a vosotros.

-Yo supongo que el Hombre debe ser exactamente como tú. Coyote -gruñó el oso colmenero.

-¿Entonces, cómo podrían distinguirnos? -respondió Coyote- Me señalarían diciendo: "Ahí va el Hombre". Y señalando al Hombre dirían: "Ahí va Coyote", No, no, no, no. El Hombre tiene que ser distinto.

-¡Pero con cola! -gritó el castor.

-¡Y alas! -gritó la lechuza.

-¡Y cuernos! -baló el carnero.

-¡Que ruja! -rugió el león.

-¡Y muy pequeño! -chilló el ratón.

Nadie escuchó al ratón. Estaban todos demasiado ocupados peleándose. Se mordían, se arañaban y se embestían: los animales luchaban en el bosque mientras Coyote se mantenía apartado, con el ceño fruncido. Volaban los pelos, las plumas, las pezuñas y los cuernos.

Coyote los recogió y, juntándolos, hizo toda clase de animales nuevos y raros, como el camello y la jirafa.



Después de la pelea los animales quedaron tumbados en el suelo, sin fuerzas para seguir luchando.

-Creo que tengo la solución -dijo al fin Coyote.

Los animales lo miraron; algunos gruñeron. Pero Coyote se dirigió a todos por igual.

-El oso tenía razón cuando dijo que el Hombre tenía que andar sobre las patas traseras. Eso significa que podrá alcanzar los árboles. El ciervo estaba en lo cierto al decir que el Hombre debía tener buen oído y buena vista. Pero si el Hombre tuviera alas, como propuso la lechuza, se daría de cabeza contra el cielo. La única parte de pájaro que necesita son las largas garras del águila. Creo que las llamaré dedos. Y el león acertó al decir que el Hombre tenía que tener una voz muy fuerte, pero al mismo tiempo debe tener una voz débil, para que no asuste tanto. Creo que el Hombre debería ser suave como el pez, que no tiene pelos que le den calor ni picores. Pero lo más importante -concluyó Coyote- ¡es que el Hombre debe ser más listo y más astuto que todos vosotros!

-Como tú -mascullaron todos los animales.

-Bueno, sí, gracias -dijo Coyote-. Como yo.

Se oyeron muchos gruñidos y silbidos airados, y los animales gritaron:

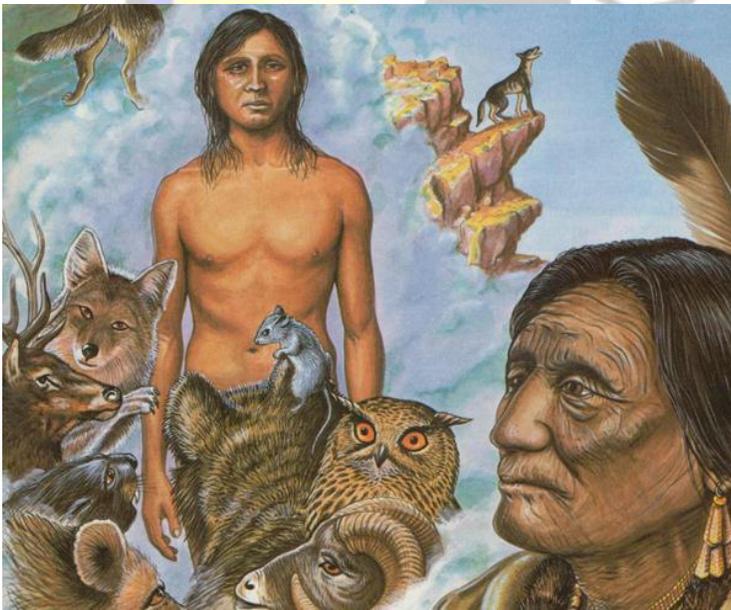
-¡Siéntate, Coyote! ¡No nos gustan tus tonterías!

-Bueno -dijo Coyote, paciente- Hagamos un concurso. Cada uno de nosotros hará un modelo de Hombre en barro. Mañana veremos todos los modelos y decidiremos cuál es el mejor.

Así fue como todos los animales salieron corriendo a buscar agua para hacer barro. La lechuza hizo un modelo con alas. El ciervo hizo uno con orejas muy grandes y unos ojos inmensos. El castor modeló un animal con una cola ancha y plana. El ratón hizo un modelo

muy pequeño. Pero Coyote hizo al Hombre.

El Sol se puso antes de que ninguno hubiera terminado su modelo. Se echaron sobre la tierra, en el bosque. Todos dormían, excepto Coyote, que trajo agua del río y la echó sobre todos los otros modelos. La cola de barro del castor se cayó. La cornamenta de barro que



había hecho el ciervo también, y lo mismo sucedió con las alas de barro de la lechuza.

Coyote sopló en la nariz del modelo de Hombre que había hecho. Y cuando los demás animales se despertaron, descubrieron que había un animal nuevo en el bosque. Era el Hombre.

Tras contar este fantástico relato, el viejo guerrero se sentó, arrebujándose en su manta. Mientras se apagaba el resplandor de la hoguera, estuvo sentado, callado como la propia tierra, mirando hacia la oscuridad. En la distancia, se pudo escuchar el grito del

Coyote que resonó por toda la pradera.